

2009-01-01

En los ojos, el vacío

Camilo Castillo-Rojas

University of Texas at El Paso, ccastillo@miners.utep.edu

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd



Part of the [Latin American Literature Commons](#)

Recommended Citation

Castillo-Rojas, Camilo, "En los ojos, el vacío" (2009). *Open Access Theses & Dissertations*. 224.
https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/224

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

EN LOS OJOS, EL VACÍO

CAMILO CASTILLO ROJAS

Department of Creative Writing

APPROVED:

José de Piérola, Ph. D., Chair

Fernando García, Ph. D.

Benjamin Alire Sáenz, Ph. D.

Patricia D. Witherspoon, Ph.D.
Dean of the Graduate School

*a Francisco e Isabel
a Ángela y Natalia
y a Clari*

*En la persona de su verdugo
estaba abriendo los ojos
de ella a la depravación humana
en otra de sus múltiples formas.
En las personas de las víctimas del verdugo
le estaba recordando que todos somos
criaturas desdichadas, hendidas
y temblorosas.
¿Qué hay de malo en eso?
J.M. Coetzee*

EN LOS OJOS, EL VACÍO

by

CAMILO CASTILLO ROJAS

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2009

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi gratitud a José de Piérola, por su guía y claros consejos en la creación y desarrollo de la novela. También quiero extender mi agradecimiento a Juan Pablo Román, por su precisión y comentarios en la corrección del texto. Gracias a George McAlmon, sin su incesante preocupación por la injusticia de Latinoamérica, sin sus reflexiones sobre la paz y Colombia, esta novela no habría visto la luz. Gracias a mi gran amigo Daniel Orizaga, sus apreciaciones literarias y sus cuestionamientos sobre el oficio de escritor fueron pautas indispensables en este trabajo.

Por último, agradezco profundamente a Clarisa Lemus por su apoyo, su ánimo y su fe.

TABLA DE CONTENIDOS

AGRADECIMIENTOS.....	v
TABLA DE CONTENIDOS.....	vi
Capítulos	
1	1
2	16
3	37
4	52
5	63
6	77
7	95
8	108
9	120
10	136
11	157
12	173
CURRICULUM VITA.....	190

Sucede unos minutos después de su llegada a la barbería. Antonio abre, y pone en pie el anuncio de metal, adornado con rayas horizontales blancas y rojas. Refugio-Barbería. Se ha puesto su viejo guardapolvo y ha sacudido la silla de cuero bermejo con brazos de madera blancos, cuando el hombre llega con su costal hartado de latas, botellas y periódicos. El hombre se sienta enfrente, en el principio de un zaguán, un diente de baldosa fuera de la casa. Llovizna. Oscuras y espesas nubes anuncian un aguacero. El hombre se defiende de la llovizna bajo el alero largo de la casa. Estira las piernas y levanta la mirada: los ojos, puñales. Viene a matarme, piensa Antonio.

El hombre se distrae con las gotas que caen del alero. Antonio imagina el ruido: tic, tic. El hombre saca una bolsa de pan de su bolsillo. Rocía frente a él un polvo amarillento, un puñado de migajas. Pronto bajan de su escondrijo entre el cielorraso y el alero dos palomas azuladas. Las palomas hunden el pico en el asfalto y zurean. No les importa que llueva ni que las migajas estén húmedas. El hombre fija su mirada en las palomas: danzan frente a él temblorosas, desconfiadas. Viste un saco abierto de corte elegante, deshecho en las mangas y del color de la calle. Bajo el saco lleva una camiseta negra con unas letras rojas que Antonio no alcanza a leer desde la barbería. ¿Lisboa? ¿Londres? Solo distingue con

claridad la primera L. Sus pantalones grises, manchados de grasa y tierra, ocultan su verdadero color. Alcanza a ver las suelas de sus zapatos. Cruza las piernas estiradas. Las palomas dan un salto leve y pronto regresan a su danza. El pelo enmarañado le tapa parte de una cara barbada, brumosa; pero el blanco de los ojos, aureola de un iris oscuro, se le ve desde la barbería. Es negro.

Quizás el hombre no tenga intenciones de matarlo, quizás sea solo un indigente, un verdadero indigente de los que abundan en esta ciudad, de los que pasean fumando por los barrios o que recogen monedas pidiendo de persona en persona. Tal vez éste espera a que escampe para seguir su camino, y paró para prender su pipa y hartarse de humo. Qué paranoia, piensa Antonio. Estoy jodido. Pero el blanco de sus ojos es una punzada que viene desde más allá de su ropa, lo congela, no lo deja ni coger la escoba. Al dar la espalda, vuelve a sentir la mirada del hombre en la nuca. Viene por él.

Sin dejar de mirarlo, toca a la puerta que conduce del local al interior de la casa. Feliciano abre.

—Quiubo —dice Antonio.

—¿Cómo le fue, papi? —lo saluda con un beso en la mejilla. Ella aún viste una pijama larga de color azul pastel. Tiene el pelo crespo apretado en una moña y sus ojos grandes lo miran con prisa. Los dedos de los pies despuntan de unas chancletas rosadas. Zumba desde la cocina la olla a presión.

—Bien —ve al hombre regar el pan en círculos. Otra paloma, blanca con negro, se ha unido al picoteo de las otras—. Mija, ¿usted conoce a ese tipo? —lo señala con la boca.

Feliciano, como un gato, inclina el cuello hacia la izquierda y asoma su cabeza por la puerta.

—Ah, ese es otro gamín.

—Pues sí, pero ¿lo había visto antes?

Entrecierra los ojos tratando de ver más lejos, un gesto que heredó de su madre.

—Me parece haberlo visto acostado en las escaleras de la iglesia pidiendo. ¿Lo está molestando?

—No. Sino que es la primera vez que lo veo. Es como raro, ¿no?

—¿Raro? Raro sería que no hubiera gamines —ella echa otra mirada al negro, quien lanza al aire las migajas.

—No me da confianza —dice Antonio.

—Eso sí: no hay que confiarse de esos pordioseros. Más si hay dos o tres. Si estuviera con otro, si fueran dos gamines o más, la cosa sería diferente. Cuando hay más de dos ahí sí cuídese, algo se traen —sentencia Feliciano. Sonríe irónica.

La olla pita y se pierde el chancleteo de Feliciano por el patio. El olor de las lentejas cocidas se extiende y se alcanza a colar hasta la barbería. Un poco más tranquilo, cierra la puerta y detiene el aroma. Finalmente, coge la escoba. Bajo el mesón siempre quedan pelitos. Motas ruedan enredadas y se van uniendo al montón de pelos y tierra en el centro del local. Se hacen grises bolas de polvo. Levanta la mesa que le sirve de escritorio, la pone a un lado y barre los cuadrados marcados por las patas. Las sillas de la barbería son demasiado pesadas. No las mueve. Les da vueltas y, con una bayetilla roja, sacude el polvo de los espaldares, de los asientos, de los brazos y de los intersticios entre el espaldar y la base.

El aguacero sacude las tejas. El ruido del agua baja por las canaletas. Ráfagas de gotas embisten la ventana, y el vidrio, valiente, soporta el ataque. Un aire emparamado se cuela por la puerta. La mañana se oscurece: incluso los postes de luz se encienden traicionados por las nubes simuladoras de la noche.

Prende el foco y la barbería se ilumina gracias al reflejo de los espejos. El hombre ya no está ahí. Vacío queda el escalón de entrada de la casa. Habrá tenido que esconderse de la lluvia en otro lado: el alero no le bastaba para semejante diluvio, piensa. Temiendo que el agua entre, se acerca a la puerta. Antes de cerrar, ve una enorme mancha gris de pie junto a la ventana: el hombre, justo debajo del corto alero de la barbería, a menos de tres brazos de su cara, está mirando la lluvia.

—¿Qué quiere? —el temor y quizás el frío le hacen rugosa la voz.

El hombre no contesta. Gira un poco la cabeza y lo mira: hunde sus ojos en Antonio. La piel negra se ve gredosa por la mugre bañada en su rostro. Desentierra los ojos filosos de su cara, se vuelve a ver la lluvia.

—¿No oye? ¿Que qué quiere, qué se le ofrece?

—¿Señor Valbuena? —el gamín sigue viendo la lluvia desplomarse. Un pequeño riachuelo empieza a correr cerca de la acera.

—¿Quién pregunta? —Tal vez lo diga para intimidarlo, tal vez él no quiera asesinarlo, tal vez solo quiere robarle las ganancias de la barbería. Pero ¿a quién se le ocurre venir a robar en la mañana, cuando apenas el negocio empieza? ¿Cómo es que sabe su nombre? Sí, viene a matarlo. Antonio agarra la escoba. Si el gamín se acercara un poco, vería el temblor en las manos largas y pálidas apretando al palo de la escoba, vería en su rostro los ojos

resignados ante el miedo. Si se acercara, no tendría compasión de él. Antonio cree ver al gamín abriendo el costal. Va a sacar un arma. Lo va a matar. Uno o dos balazos. Se acabó esta joda.

—Soy Leandro, señor Valbuena —una voz carrasposa sale de la mancha gris.

—¿Leandro? ¿Cuál Leandro?

—Leandro Cubillos.

El hombre voltea un poco la cara. Antonio ya no ve el blanco de sus ojos. Ve, más bien, un iris ahogado. Bajo ese pelambre y mugre parece ocultarse la cara del dueño del estanco de Refugio. Una imagen de Leandro destapando cervezas y poniéndolas sobre el mostrador se le viene a la cabeza. Las manos aflojan la escoba.

—¿Leandro?... ¿Qué pasó, mijo?

—Me morí, señor Valbuena.

Un acre olor a orines se desprende de su cuerpo. Días, quizás meses sin baño hieden en su piel. De la punta del zapato izquierdo, una uña negra de tierra. La barba es una maraña. Gotas de agua bajan del dorso de su mano huesuda del color de la ceniza. Una grasa pegajosa rodea parte de los huesos de sus mejillas. No queda mucho de ese hombre macizo y de rostro duro que provocaba temor. Parece que una sombra se lo hubiera tragado.

—Pase.

—Me da pena ensuciarle el negocio.

—Qué se va a quedar ahí mojándose.

Leandro limpia sus pies en el tapete de caucho. No sabe bien si levantar la cabeza, si mirarse al espejo o si devolverse a la calle. Se queda junto a la puerta. Antonio suelta la escoba y se apresura a buscar una toalla. Un rayo se dibuja en el cielo, un trueno revienta. Los dos miran el resplandor en la calle. Leandro recibe la toalla, seca su cabeza y sus manos. La toalla blanca queda manchada.

—Qué pena —dice, entregando la toalla sucia.

—Tengo otras. ¿Quiere algo?

Él niega con la cabeza. Su mirada sigue baja, quizás al mirar el piso se siente mejor, evita dar explicaciones. Se le ve avergonzado, tímido. La sombra que se lo tragó lo cambió del todo. Antonio solo tiene una visión lejana de él: sentado junto al mostrador con un libro en la mano y la mirada perdida en las letras, Leandro pasaba el tiempo y las páginas.

—¿Qué lee? —preguntó entonces mientras Antonio pagaba por un cigarrillo.

—Un libro de miedo, de Edgar Allan Poe —le respondió sin levantar la mirada del libro.

—¿Quién es ese?

—Un borracho que cuenta unas historias —alzó la mirada. Tenía los ojos asombrados y una sonrisa extraña— loquísimas, señor Valbuena.

Sin entender, observa el rostro de Leandro descompuesto, guiñapo de barba sucia. Ruinas, piensa. Una buena cantidad de gotas de agua se resiste a desaparecer del remedo de pantalón mugroso y de su saco.

—¿Tiene hambre? ¿Quiere un tinto? —insiste Antonio.

Él se niega otra vez. Antonio entreabre la puerta del zaguán. Aún queda algo del olor a lentejas en el aire. La lluvia resuena en una marquesina interna.

—¡Felician! ¿Me regala un tinto, por favor?

—¡Ya va! —se oye con sordina su voz.

Leandro sigue de pie al lado de la puerta. Echa un ojo a las cosas sobre el mesón. Ve los peines, las lociones, las navajas. Mira el diploma de barbería enmarcado por una lámina dorada. Una guitarra colgada a la que le faltan dos cuerdas. Observa las revistas y los diarios apilados en el banco de madera junto a la ventana. El radio negro, desconectado, con la antena de metal levantada. El cuero rojo de los espaldares de las sillas despunta brillos.

—Todo está muy limpio.

—¡Qué va, hombre! Venga, siéntese —le señala el banco de madera—. Espérese, el tinto de Felician es bien sabroso.

Se sienta en el banco de madera. Sus ojos parpadean lento.

—¿No que usted se había quedado en Refugio?

—Llevo como cuatro años acá.

—¿Tanto? Yo ya llevo siete años, desde que me sacaron corriendo.

—Yo también salí corriendo.

La puerta del patio se entreabre y aparece Felician con el tinto. Ahora viste un saco de lana gris y un jean. Se sorprende al ver a Leandro. Lo mira con esa desconfianza que provoca la indigencia, esa mezcla de asco y temor. Antonio recibe el plato con la taza humeante y se la da a Leandro.

—¿Se acuerda de Leandro? —pregunta Antonio.

Feliciana mira con esfuerzo la figura gris, mas no puede reconocer o no quiere reconocer a ese borrón de hombre sentado en el banco.

—Buenos días, niña Feliciana —dice el negro con voz carrasposa.

—¿Leandro? ¿El del estanco? —sus ojos han descubierto el misterio. Trata de sonreír— Quiubo, Leandro. ¿Qué le pasó?

El negro solo hunde la cabeza.

—¿Tiene algo de comer que me regale? —interrumpe Antonio.

—No, papá, no hay.

—Mija... Algo tiene que haber.

—Lentejas —dice ella en voz baja.

—¿Le gustan las lentejas, Leandro?

Él asiente con la cabeza hundida todavía. No ofrece su mirada a ninguno de los dos.

—Regáleme, entonces, un plato de lentejas, hija. Se lo agradezco.

Ella se va no sin antes hacerle una mirada de reclamo. Tiene razón: esta casa es de ella y de Marco, su esposo. Les paga por el alquiler del local, pero casi siempre se tarda en reunir la plata, depende del trabajo que salga. Le cobran veinticinco mil pesos al mes, casi nada, apenas para pagar la electricidad. Y ni eso. Sabe que lo hacen por ayudarlo, pero no puede estar de gratis en la casa de su hija.

Recién llegados a Bogotá, Feliciana y Marco les dieron posada unos días mientras se acomodaban. Insistieron en que se quedaran ahí en la casa, que cómo iban a pagar por una pieza si ellos no tenían ni un peso. Carmen y él se quedaron un par de meses con ellos; pero la mezcla de nostalgia por Refugio y esa miserable vergüenza de verse arrinconados,

auxiliados por su familia, como dos viejos desahuciados, era insoportable. Entonces buscaron un lugar, un apartamento diminuto con una pequeña azotea. Ahí Carmen podía poner sus matas. Feliciano pagó el arriendo del primer mes (y de otros tantos que él ya no quiere contar), y él ha tratado de pagar el resto. Incluso después de la muerte de Carmen, él ha querido seguir solo con las cuentas. No soporta la idea de depender de su hija o de Marco.

Acordaron, entonces, poner el local ahí, en ese cuarto que tenían para arrendar y que tenía una entrada independiente de la casa, ideal para la barbería. También le prestaron dinero para conseguir la silla de barbería y le han prestado el resto de muebles. Se siente en deuda, pero no sabe cómo pagarles. Lo mejor que puede hacer es vivir fuera, que no le den de comer o dormir. Eso lo mantiene a flote.

No quisiera dar más pereque, pero tampoco puede dejar a Leandro a la intemperie. No puede quedarse viendo cómo la desgracia lo viste y no hacer algo por él.

Leandro bebe el café a sorbos. Sostiene el pocillo con manos trémulas.

—Está muy bueno el tinto —hace un mohín parecido a una sonrisa.

Antonio se ríe ampliamente. Observa sus movimientos: es como un insecto recién salido de la tierra, que no sabe cómo moverse en la superficie.

Fija la mirada sobre el montón de periódicos, apilados cerca del escritorio.

—¿Le gusta Coetzee? —dice sin dejar de ver el montón.

—¿Quién?

—Coetzee, el de ese libro. *Esperando a los bárbaros* —señala en el montón un lomo apenas apreciable entre el gris del periódico.

Antonio saca el libro y lo lleva.

—Nunca lo he leído. Alguien lo dejó y ahí se ha quedado —lo pone sobre el peinador. Leandro lo mira, inquieto— ¿Lo quiere?

El negro asiente. Se mete el libro entre el pantalón. Luego vuelve a sorber el tinto.

Un silencio.

—¿Todavía toca la guitarra? —Leandro señala a la pared.

—No, ya no. A esta no le he conseguido dos cuerdas y la tengo ahí para acordarme de comprarlas. Pero se me olvida —observa la guitarra. Un polvo terso se escurre por los espacios del clavijero y el diapasón. Hace años no toca. Quizás si volviera a tomarla, si sacara un poco de tiempo y volviera a rasguitarla, algo bueno saldría. Su padre decía que la música era la mujer más ingrata de todas porque si uno la olvida, ella lo olvida el doble. La música ya no se acuerda ni de su nombre.

—¿Usted sabe por qué vine? —Leandro interrumpe su meditación.

—No —le hace cierta gracia escuchar el dejo campesino en las palabras de Leandro. Como si estuviera metido en un pantano, Leandro es un niño atrapado que va saliendo, sus palabras son brazos extendidos, y Antonio, un socorrista, debe jalarlo con sus palabras hasta tierra firme antes de que vuelva a hundirse en el fango.

—A pagar una promesa que le hice a Martín —dice Leandro mientras el pocillo levantado con las dos manos cubre sus labios gredosos y parte de su barba.

A Antonio lo golpea la cara de su hijo. El recuerdo le quema el pecho, la cabeza. Un incendio.

—Ya estoy viejo para esta vaina —la sonrisa se le apaga. Mira a Leandro con el ardor en los ojos.

—No es chiste.

—¿Está vivo?

—No sé.

—¿Cómo así? ¿Está vivo, o no?

—No.

Feliciano abre la puerta. El aroma de las lentejas se abre campo en la barbería. El humo del plato sube a través de la luz y deja su vaho en los espejos. Un carro pasa: se oyen las ruedas salpicando el agua de los charcos. El aguacero ha amainado. La lluvia sigue su paso. Antonio está inclinado, los codos sobre los muslos, las manos le tapan los ojos.

—¿Qué pasó? —pregunta ella con el plato en la mano.

—Me lo mataron esos hijueputas.

—¿Quiénes? ¿A quién mataron?

—A Martín.

Feliciano deja el plato en el mesón junto a las navajas, se agacha para consolarlo.

Leandro los mira. Se levanta y se para bajo el alero. Quizás quiere huir, tal vez no le gusta presenciar el dolor, tal vez se siente culpable por hacer llorar a un viejo. Antonio se levanta hasta la puerta sosteniéndose de la pared.

—Leandro —dice desde la puerta—, venga, cómase las lentejas.

Leandro se niega, pero Antonio lo coge del brazo y lo obliga a entrar.

Leandro come despacio, sin hambre.

Antonio abraza a Feliciana.

—Sabía que me lo iban a matar, yo sabía.

Feliciana se repone un poco.

—Déjeme le aviso a Marco —ella se levanta y se va tras la puerta.

—Vengo a pagar una promesa, señor Valbuena —Leandro deja la cuchara en el plato.

—¿Ah?

—Martín me hizo prometerle que usted iba a ir a enterrarlo. Yo tengo que llevarlo.

Sorprendido, Antonio mira al negro, quien ahora lo encara con decisión. Sus manos tiemblan, el plato se le caerá en cualquier instante.

—¿A Refugio? —Antonio saca un pañuelo.

—No, más allá de San Lázaro.

Antonio no esperaba ver a Martín vivo; pero habría querido no saber que había muerto. Lo imaginaba escondido en una montaña, sumido en la espesura de la selva, cruzando una frontera y perdiéndose en uno de los puertos del Amazonas. Habría escapado de las legiones y, ahora, con un nuevo peinado, unos kilos de más, barba y bigote abundantes, trabajaría en una barbería junto al río. Estaría afeitando a hombres de piel indígena junto a un espejo amarillento. El sol de la tarde iría desapareciendo tras el amparo de unos árboles gigantescos. Había imaginado a su hijo lejos, salvado de toda esta miseria, sin temor.

Ya no había que pensar ni imaginar. Leandro había traído la certeza de la muerte.

Leandro deja el plato en el mesón y se levanta.

—¿Cómo sabe que Martín está muerto? —pregunta Antonio. Leandro come sus lentejas.

—Porque yo estuve con él allá. Él me ayudó a volarme.

—¿Usted se salvó y él no?

—Ya le dije que me volé. Él no alcanzó.

—¿Y desde cuándo sabe que está muerto?

—Hace rato.

—¿Hasta ahora viene a decirme? —dice Antonio contrariado.

—¿Cómo iba a encontrarlo en esta ciudad? Llevo años perdido, yo no soy de acá, y ni siquiera sabía si usted estaba vivo. Lo encontré de casualidad, preguntando en todas partes, buscando quién sabe en cuántos barrios. Martín me dijo que ustedes tenían familia acá, pero no me dijo el barrio, ni nada. Me he recorrido un montón de calles y barrios hasta que al fin... —Leandro se detiene— lo encontré, señor Valbuena.

Antonio no puede decir nada más. Ya no quiere oír más el boquete de dolor que abren las palabras del negro.

Leandro mira la calle: la lluvia empieza a desvanecerse, el gris del cielo se deja permear por tímidos brillos blancos. Se rasca atrás de la cabeza. Sale, se acomoda el libro entre la pretina, coge su costal y va hacia la avenida. En el mismo sentido baja el agua a la alcantarilla.

¿Cuánto tiempo habrá pasado desde la muerte? ¿No se habrán comido los chulos su cuerpo? Sus pensamientos giran, le arde una punzada en el pecho.

—¿Papá? —el tono agudo de Feliciano lo saca de su agujero.

—¿Sí?

—Marco ya viene para acá.

—Qué pena con Marco, hija. Yo no hago sino meterlo en problemas.

—Papá...

Salen al corredor y se acomodan en el patio. Ella lo sostiene de un brazo para que no se derrumbe. El patio, cubierto por una marquesina de vidrio, es un poco más cálido que la barbería. Bajo esa luz blancuzca y el sonido de la lluvia, ella ha puesto un par de sillas. Antonio se sienta. Feliciano trae más café. Cada uno bebe el suyo. Ella pregunta, pero él no reconoce bien lo que dice. Le pregunta por Leandro, por Martín. Él responde, mas no está seguro. Es como si letreros salieran sopladados por su boca y flotaran. En su cuerpo, solo hay esa punzada, ese dolor.

Cierra los ojos y ve a Martín de pequeño. De niño tenía su carita sonriente, una mirada astuta. Lo ve sentado en el escritorio de la barbería haciendo la tarea, todavía con la camisa blanca del uniforme puesta, mientras mueve el lápiz de un lado al otro. ¿Tendrá ocho, siete años? Le hace preguntas: ¿cuánto es ocho por siete?; ¿cuál es la capital del Cauca?; mientras él pasa la cuchilla afilada por la barba de un hombre, o lee el periódico, o escucha la radio, la misma radio negra de marca *Silver* que tiene ahí fuera. A veces se acerca a verlo peluquear. Cuidado, hijo, no se vaya a cortar. Con los ojos bien abiertos, Martín viene a él, a verlo trabajar. Mira las tijeras con esos ojitos cafés, y mueve las manos en el aire, imitándolo, con un cliente invisible al que le corta el cabello... Ve cómo afila la cuchilla en la badana de cuero. Quédese ahí, hijo, que esto es peligroso, le dice. Luego lo ve solo, remedándolo,

afilando lápices, peinillas, reglas, tijeras en la badana. Luego, la navaja. La mano se le ve pequeñita junto a la navaja desplegada. Pone su mano sobre la del niño. El filo ondula de un lado al otro, silba, deslizándose en el cuero. La manita cálida y morena entre su mano blanca, sujetan el puño de la navaja entre los dos para no cortarse. ¿Así, papá?, dice. Pero con cuidado, con fuerza en la muñeca porque la navaja a veces es traidora.

En la iglesia no lo han visto. Pregunta en la panadería, justo en la esquina de la iglesia, y no le dan razón. Sí vieron al gamín. Había pedido pan y después se había ido, pero no saben qué rumbo tomó. Antonio decide irse hacia la carrera 24, quizás ha ido a mendigar en los comercios de allí.

Los tenderos de la 24 no lo han visto. A lo mejor él pasó por allí, pero les resultó invisible. Antonio toma el camino hacia el sur. Ha visto a otros indigentes pasear por el lado del caño.

Una cuadra más adelante, una mujer andrajosa, aspirando pegante, se acerca a pedirle una moneda. La acompañan dos perros, uno amarillo pequeño y otro negro, más grande y de mirada hosca.

—¿Ha visto al negro?

—¿Cuál negro?

—El que pide al lado de la iglesia.

—Yo no sé, yo no sé, patrón —retuerce la cara en una mueca. Los huesos afilados sobresalen en su mentón y alcanza a ver otra parte de su pelo. Bajo aquella marisma de pelo todavía hay algunos cabellos claros.

Antonio le da una moneda de quinientos.

—Ese berraco debe estar en el hueco —señala con la boca hacia el caño—. Regáleme una moneda.

—Ya le di.

El caño es un pequeño chorro de aguas negras que corre en sentido oriente-occidente. Antes tal vez fue un río. Está a casi cuatro metros bajo el nivel de la carretera. Las riberas son terrenos pastosos que se abren a lado y lado. El cauce del riachuelo está cementado. En algunos puntos hay unos árboles delgados, agitados por una brisa fría. Bolsas negras y blancas de basura se apilan a lado y lado del pastal. Una rata roe un plástico, pero al sentir sus pasos se camufla bajo la tierra. Siente repugnancia: el olor de comida podrida y quizás el hedor de un cuerpo mortecino, envuelve las bolsas y el aire. Las aguas negras del caño llevan el aliento corrosivo a sifón. Pasa por entre un delgado alambre de púas y descende por una senda no trazada. El pasto resbaloso es un deslizadero. Por suerte, esta mañana la lluvia amainó, este camino con lluvia debe de ser un martirio. Quisiera poder sostenerse del suelo o de algún punto, mas la sola idea de poner una mano en esa tierra infecta le da más asco. Otra rata cruza el pasto justo en su zapato, para luego perderse quién sabe en qué escondrijo. Antonio da un pequeño salto como si sintiera una descarga eléctrica.

El riachuelo no está crecido. Incluso hay bastante espacio entre el agua, una línea negra, y los bordes del cauce. Decide bajar hasta el surco de cemento, y caminar en tierra firme. A unos quince metros ve la entrada de un amplio desagüe, un túnel. Avanza despacio. Prefiere meter las manos en los bolsillos del saco, no vaya a ser que una rata salte y lo muerda. Pasa bajo un puente peatonal, un par de niños lo miran. Debe ser curioso un

hombre de terno y sombrero caminando por el caño. ¿Qué diría Carmen si lo viera en esas?
Del túnel sale un rastro de humo.

—¿Leandro?

Dentro, hay cajas de cartón, montones de periódicos y brillos metálicos que no reconoce en un primer vistazo. Leandro está desgonzado en una caja que le sirve de silla. Simula leer un libro. De un cigarrillo pecoso que cala, se desprende el repulsivo aroma del basuco. Los ojos desorbitados tratan de leer *Esperando a los bárbaros*.

—Soy yo.

—¿Qué? —tiene la voz pegada a la garganta.

Se levanta rápido. Saca un cuchillo.

—Tranquilo, hermano —Antonio ha levantado las manos a la altura del pecho, como si fuera necesario que el animal lo olfateara para no ser atacado.

—¿Qué quiere?

—Que me ayude a buscar a Martín. ¿Se acuerda?

Baja el arma. Se rasca la cara y el pecho con pulso alterado, como si tuviera un ratón entre las costillas y estuviera intentando sacarlo o aplastarlo dentro de sí. Su rostro está congestionado. Se refriega violentamente los ojos enrojecidos. Tiembla. Suda. El pelo sigue siendo un enredo que ahora secado por el sol se ve más sucio. Antonio retrocede y sus talones pisan el agua negra.

—No —dice Leandro. Guarda el cuchillo, entra al túnel. Se pierde en la oscuridad. Solo queda el reflejo metálico, son latas de cerveza que cuelgan de todas partes.

—¿Cómo que no? —pregunta Antonio, y el eco se va a través del vacío del desagüe sin agua.

—Ya no.

Antonio se queda sin respuesta. Mira el puente peatonal en lo alto. Una mujer arrastra un carrito en el que lleva varias bolsas blancas de rayas azules. Debe venir de la plaza de mercado.

—Usted me dijo que era una promesa —se resbala un poco, pero alcanza a sostenerse de la pared de la entrada del túnel—. Ayúdeme —su voz se ahoga en la negrura.

Leandro regresa a la entrada. Da vueltas a los periódicos, a las cajas, revuelca los objetos, pareciera buscar algo. Las latas colgadas ondean en el aire, un centenar de péndulos sin tiempo se agitan en la negrura. Luego, saca el costal de abajo del cartón y tira más latas al suelo. Un estruendo. Intenta salir, se devuelve, va, vuelve. Mira a Antonio.

—¡Ah! ¡Putá vida! —grita. Va a sacar el cuchillo. Se detiene—. Ellos me quieren matar. ¡Esos hijueputas me van a matar! —Mira al puente. Señala a dos muchachos que pasan en bicicleta. Uno va sentado; el otro va parado en los tornillos de la llanta de atrás y se apoya en los hombros del primero. Se detienen a la mitad del puente y los observan

—¡Malparidos! —Leandro grita.

—¡Malparida su abuela! —dice uno de ellos. Antes de marcharse, le tiran una piedra que falla en el blanco.

—¡Estos hijueputas! ¡Los voy a matar! —Leandro grita, toma la misma piedra que le han lanzado y la tira inútilmente hacia ellos.

—Tranquilo —dice Antonio, pero no sabe bien qué hacer, si detenerlo o si atraparlo. Nunca ha sabido qué hacer en estos casos.

Cuando Saúl Robledo perdió la cabeza, sucedió lo mismo. Saúl era un compañero de su colegio. Tenían doce u once años. El padre, un carpintero, recién había fallecido. Unos dicen que se ahorcó de una viga porque su esposa le había puesto los cuernos. Otra gente dice que lo ahorcaron por denunciar a unos delincuentes que así habían tomado venganza. Tal parece que la primera versión era la real, pero la que su familia contaba era la segunda.

Saúl fue quien lo encontró. Abrió la puerta de la carpintería, que quedaba al fondo de su casa, y vio el cuerpo colgado.

Al velorio, Saúl, un muchacho casi niño, entró trastabillando con aliento a aguardiente y con un machete en alto en la mano. Dijo que iba a matar a todos los que estaban ahí porque todos eran culpables de la muerte del padre. Lanzó un machetazo a uno de los asistentes, pero éste lo esquivó con velocidad. El padre de Antonio se levantó de golpe e intentó atenazar a Saúl por la espalda. Otros tres hombres lo rodearon mientras el niño, con rostro descompuesto, lanzaba machetazos al aire. Al fin, dos de los hombres sujetaron su brazo derecho, el tercero le torció la mano izquierda, y su padre, desde atrás, le quitó el machete. Mientras tanto, Antonio lo único que había atinado a hacer era a ocultarse tras las sillas, espantado por el brazo rabioso. Nunca pensó en enfrentarlo o en apaciguarlo. Otros se encargaron de él.

Leandro le recuerda a Saúl: un niño rabioso con un machete en alto. Desearía estar oculto tras las sillas.

Leandro mira el riachuelo. La furia parece irse con el agua.

—Págueme, Valbuena —dice, y luego se mete a su madriguera.

—¿Cómo? ¿Con qué? —su voz se hace eco en el túnel.

—Necesito plata ya, Valbuena —la voz rugosa se contrae entre las latas.

—No tengo.

El olor pútrido de las eses fecales le produce náuseas. Leandro se acerca a toda velocidad desde el fondo. Los cientos de latas aplastadas, de diferentes colores, colgadas de alambres dulces, se mueven a su paso.

—Sin billete, no hay negocio —se acerca hasta a él y le clava los ojos.

No los dejan entrar a la cafetería. El dueño dice que no se permite la entrada de indigentes. Frente a la panadería está la amplia glorieta de cemento. En el centro, cubierta por una vitrina brumosa, está la virgen de Fátima: viste su capa blanca de cordeles dorados, observa con ojos tristes los buses que toman el sur. Con las manos unidas en posición de oración y con un escapulario colgante en sus dedos, desde su altura parece rezar por los pasajeros que se dirigen a los barrios que han crecido sin medida en las montañas erosionadas. Su corona, alguna vez dorada, ahora es ocre. Permanece de pie sobre una nube de color marfil y un pedestal de mármol ahora amarillento gracias al paso del tiempo y a la contaminación. Pocos buses transitan a esa hora. Leandro ha escogido sentarse en el muro de concreto que enmarca el círculo de la rotonda. Ensimismado mira a la virgen quien, quizás, corresponde a su mirada con una plegaria.

Un camión de gas recorre la glorieta. El conductor hace repiquetear la campana que anuncia su presencia. Leandro se cubre los oídos.

Antonio trae gaseosas y empanadas. Vendedores de aguacates, de naranjas, de cebolla, afilan sus carretas rojas alrededor de la esquina de la cafetería. De vez en cuando pregonan sus productos, sobre todo cuando pasan señoras cargadas con bolsas de la plaza de mercado.

Se sienta junto a Leandro. El terno gris y el sombrero al estilo cachaco lo hacen ver más alto. Leandro, en cambio, está completamente desgonzado. Cuando Antonio lo vio de lejos parecía un bulto gris. Al acercarse, lo ha notado más flaco, de huesos delgados, como de balso.

—Coma.

Leandro recibe la empanada con manos tembleques. Come sin prisa.

—“Se arrastra a mis ojos la ciudad confusa y sosegada”

—¿Ah?

—“Se arrastra a mis ojos la ciudad confusa y sosegada”, dice un poema de Bernardo Soares.

—¿Sí? —Antonio intenta sonreír.

Blancas nubes gruesas se mueven lentamente en el cielo, ocultan el sol. A veces se abren boquetes y el sol alcanza a lanzar un zarpazo de luz y calor y, entonces, la ciudad se aclara. Los edificios enanos, de tres o cuatro pisos, que rodean su vista, enmarcan el círculo de la virgen. Los buses con su barahúnda hacen temblar el silencio de la santa. Un grupo de palomas zurea y picotea el suelo de la rotonda. Allá en el andén, una mujer de tacos altos y pelo largo camina con su cartera apretada. Pasa junto a ella otra mujer, quizá ama de casa, con dos bolsas en la mano. Una pareja de ancianos, tomada de gancho, camina a paso lento y parece hablar. Estudiantes en uniforme entran al trote a una papelería.

—La pura verdad, señor Valbuena, es que no se llama Bernardo Soares —dice Leandro.

—¿Quién?

—El poeta —dice y mastica un poco más de empanada—. Se llama Fernando Pessoa.

—¿Fernando Persona?

—No. O sí.

—¿Y por qué se cambió el nombre?

—No se lo cambió, es un heterónimo: una persona que también es él, pero que no es él.

—¿Entonces sí es él o no es él?

—Sí y no —dice Leandro. Tres camiones de basura pasan en estampida y dejan una huella de humo y polvo—. Es una cosa complicada, y linda.

—¿O sea que él es otros?

—No, él es él y también es los otros.

—Ajá —dice Antonio sin entender del todo.

—¿Sabe qué ciudad es bonita? Lisboa —sigue Leandro—. Es la ciudad de Pessoa.

—¿Ha estado allá?

—No, no la conozco. La he leído y soñado. Lisboa me ha visitado en sueños. Me he paseado por las callecitas, por el centro, he ido hasta el faro. Me tomo un oporto, me fumo un cigarrillo, escucho un fado cantado por una lusitana. Luego me encuentro con Fernando al lado del río Tajo y hablo en portugués con él. Yo lo llamo así: Fernando. Aunque no sé si al man le guste que le diga Fernando, o si preferirá que le diga Bernardo o Ricardo. Cuando

me lo encuentro, vamos a uno de esos restaurantes de los que él habla. Lo invito a un tinto o a un vino. Aunque no sé si ese man se deje invitar un café —hace una pausa, tal vez ve una calle de Lisboa.

—¿Ese Persona vive en Lisboa?

—Sí —dice Leandro y vuelve a morder la empanada—. Dicen los libros que se murió, pero es pura carreta. Lo mismo dicen de Bruce Lee y de José Asunción Silva, pero todos están vivos, aunque uno no los vea.

Luego vuelve a hablar, todavía masticando.

—Hace años, me hubiera ido en barco a Portugal, a Europa. Habría hecho mi vida de marinero. O de pronto me habría quedado en Portugal y habría trabajado en los puertos o algo así. De pronto habría ido hasta África —mira el cielo que se va abriendo de a pocos—. Pero me dejé ir por otro camino.

Antonio se da cuenta de que Leandro abre y cierra los párpados por momentos. La luz le incomoda. De vez en cuando, el negro echa una mirada a la virgen, sintiéndose observado. Mastica despacio, casi se puede escuchar cada mascada. El tiempo del mundo parece no importarle. Descubre en su boca de labios partidos y secos la ausencia de dos dientes: un incisivo en la parte de abajo, al lado derecho y una muela del lado del colmillo izquierdo. Sus encías se notan maltratadas, enrojecidas. Quizás por eso deba comer despacio, piensa Antonio. Una mosca empieza a rodearlo, mas Leandro no hace ningún esfuerzo por espantarla.

—¿Cuándo vamos a ir por Martín?

Leandro se rasca la cabeza, y la mosca da un pequeño salto, sorprendida por el movimiento.

—Cuando me pague.

—No tengo —lo mira a los ojos—. Usted sabe que soy pobre.

—¿Y esa barbería? Seguro que ahí tiene su billete.

—No está bueno el negocio.

—Entonces no sé qué día nos vamos —dice Leandro y bebe la gaseosa.

—Pago el transporte, las comidas y la quedada —dice Antonio, suplicante.

—¿No más? Señor Valbuena, allá está peligroso, y estoy arriesgando el pellejo por usted.

Antonio calla un instante.

—Cuando volvamos, le doy la silla de la barbería —dice, de pronto.

—¿Una silla? ¿Para qué putas me sirve una silla?

—Esas se venden caras.

Leandro bebe la gaseosa. Medita un segundo.

—¿La roja? —pregunta Leandro.

—Es la que me queda.

Un silencio.

—¿Qué día es hoy?

—Miércoles.

—Podríamos irnos mañana.

Antonio bebe su gaseosa. Muerde un poco la empanada. Le sabe rancia.

—No, mañana no. El viernes o el sábado.

—Si ya sabe para qué pregunta —dice Leandro.

Antonio sonríe. Leandro lanza una carcajada en la que aparecen claramente los agujeros de sus dientes. En la piel seca y deteriorada, se marcan implacables las arrugas. Debe tener la edad de Martín, pero parece veinte años mayor.

— Se va a comer esa empanada?

—No —se la entrega. Leandro empieza a comerla despacio.

— Me puede cortar el pelo antes de que nos vayamos? —dice de pronto.

Mira la maraña de pelo y la barba sucia y enredada. Su cuerpo apesta. Le parece ver un piojo caminando por la frente. Desearía no negociar más.

—Pero eso hace parte del pago.

Una buseta que iba en sentido sur, da media vuelta a la glorieta y se devuelve hacia el norte. La mosca se para en el hombro de Leandro, pero Antonio, en cuanto la ve, la espanta.

Feliciana prefiere que vayan al lavadero de la terraza y no se queden en el patio, pues tiene la seguridad de que el reguero de agua y shampoo que harán será nocivo para sus plantas y su paciencia.

Desde lo alto, la terraza debe parecer una escuadra que cerca la marquesina rectangular. En la parte posterior, se encuentra una pequeña enramada que oculta de la lluvia un montón de ropa colgada en ganchos. A la mitad de la terraza del lado izquierdo, a unos cuantos metros de la enramada, est  el lavadero de cemento con su grifo de metal.

Antonio acomoda una silla de madera de respaldo y asiento de cuero, inclinada hacia el lavadero. La cabeza de Leandro queda detenida por una toalla enrollada justo al borde. La silla no se desliza gracias a unos tres bloques pesados y aguanta el peso de Leandro. Antonio abre la llave y deja que tibie el agua caliente que han subido en una olla ancha. Lista el agua, Antonio se pone unos guantes médicos comprados para la ocasión. También lleva puesto el guardapolvo. Debe parecer un cirujano.

Riega con un platón pequeño el agua sobre la cabeza del cliente. Leandro cierra los ojos al sentir el primer chorro tibio. Antonio destapa el shampoo con permetrina, rocía un poco en sus manos y pone otro tanto en la cabeza mojada de Leandro. Apenas las manos enguantadas tocan su cabeza, Leandro sonrío plácido. Antonio masajea el rugoso cuero cabelludo con la punta de los dedos: apoya sus pulgares al lado de las primeras vértebras cervicales, hace círculos con las puntas entre éstas y los occipitales. El resto de dedos, como patas de araña, se posan entre la coronilla y los parietales. Luego, adentra como peines los dedos entre el cabello, que ahora destila un color pardo, agarra porciones y las frota en las yemas. Piojos negros quedan adheridos a sus guantes ahora azules. No recuerda haberse encontrado antes cabello tan deshecho. En ciertos sectores incluso está quemado, en otros se cae con solo tantearlo.

—No me acordaba de sus manos, señor Valbuena.

¿Serán ocho o nueve años desde la última vez que le cortó el pelo? En aquella época, lo único que tenía que hacer era desbastarle con la máquina las puntas del pelo crespo y delgado que le iban creciendo.

—¿Siguió leyendo? —dice Antonio, mientras enjuaga los guantes manchados por los piojos cafés.

—No. No tengo libros —dice con voz ronca—. De vez en cuando leo periódicos. Es difícil que acá presten libros. ¿Si sabe que no me dejan entrar a las bibliotecas? Alguna vez quise entrar a una, pero un man, un celador, me sacó corriendo a palazos.

Después de asentado el shampoo, le pone una bolsa plástica blanca de supermercado amarrada a la cabeza. Deben esperar mientras los bichos terminan de ahogarse.

Se quita los guantes y los cuelga con las pinzas en las cuerdas de la ropa.

—Desde que llegué acá, casi no leo libros —sonríe al tocarse la bolsa en la cabeza—. Solo los que deja la gente en las canecas.

La piel de Leandro se descascara. Líneas de su tez se cuarteán y, si él se rasca, pedazos diminutos, polvorientos, ruedan por sus mejillas.

—Debí haberme quedado leyendo. Pero me entregué al río y me escupió a esta ciudad. —Saca su paquete de cigarrillos sin filtro. Enciende uno y convida a Antonio. Fuman. El rastro de humo primero sube en línea recta, después se alborota con el viento.

—¿Por qué no me buscó?

—Lo busqué. Apenas llegué fui a la Policía, pregunté si me podían ayudar, y lo que hicieron fue mandarme a un albergue. Después me echaron de ese albergue. Y después —da una calada—, un remolino de mugre me llevó al abismo. Me morí.

Antonio lo mira. Brotan lentas sus palabras.

—Cuando uno está abajo —dice Leandro, mirando el cigarrillo—, uno vive pegado a la muerte. Ella se sienta a comer la misma basura que uno, pide pan con uno, se acuesta con

uno y se abraza a los mismos periódicos que uno ha recolectado, ¿sí? Es una mujer linda, es linda, rubia, como actriz de cine. Es raro ver una mujer tan guapa escarbando basura. Unos días se va, desaparece. Esos días como que vuelve a verse luz, como que no está tan oscuro. Son días en los que uno se ríe fácil. Pero al siguiente día vuelve: llega en la noche, como el que llega a su casa después del trabajo, ¿sí? Deja caer su cuerpo junto a uno. Como le da frío, viene a que uno la caliente, a que le dé cariño. En el día se la pasa caminando de aquí para allá, abrazándose al primer solitario que vea en la calle o al primero que se la quede viendo a los ojos. A veces se le monta a tuta a uno y hay que cargarla por donde ella pida, como a una niña consentida. Por eso uno termina en los basureros rodeado de chulos y plásticos: porque la flaca lo ha empujado, como si uno fuera un caballo o un burro, dándole patadas con espuelas de soledad. Después, cuando ya lo tiene a uno vencido entre cáscaras y tristezas, ella espera a que las ratas se lo coman. Porque ella no mata, ¿sí? Ella no es la que mata. Ella espera a que otras cosas lo maten a uno. Ella lo que hace es conquistarlo y llevarlo al abismo. Ni siquiera tiene la valentía de matar.

Se acaban las palabras. Solo el humo.

Quizás tenga razón. Tal vez la muerte esté justo ahí, sentada junto a él en esa azotea, o camine entre las sábanas colgadas. Señora, ¿está ahí? ¿Por qué se lo llevó? Era apenas un muchacho.

Se ha levantado, tal vez la intenta ver entre las sábanas colgadas. Entrecierra los ojos y aspira el tabaco. Las sábanas son agitadas por el viento.

Leandro se carcajea cuando le pasa el secador. Antonio se contagia y ríe un par de veces junto a él. Su risa llena la barbería con un eco grueso, sonoro.

Al terminar, Leandro se mira al espejo y se divierte haciendo formas.

—Véame: tengo un afro —sonríe y alborota un poco su pelo.

—No por mucho tiempo —dice Antonio. Con las tijeras listas para el corte, aguarda a que Leandro se acomode recto nuevamente. La capa plástica blanca, atada a su nuca, sella el inicio.

La tarde soleada conquista el día, y un aroma de ciudad en calma se levanta del suelo. Enciende la radio *Silver*. Suena un punteo de tiple y luego de guitarra, la letra de la canción surge naturalmente de su boca: “Qué me dejó tu amor, que no fueran pesares...”, canta en voz baja, con tono afinado, mientras las tijeras ondean sobre la cabeza de Leandro. El pelo rueda despacio. En un tono menor, la canción entra a la desilusión. Las voces del dúo, cargadas de nostalgia, hablan de una cuita venida de las montañas.

Antonio, con la melodía todavía en la boca, saca la máquina eléctrica de un cajón. Con un cepillo de dientes, limpia los espacios entre las rendijas. Pone una gota de aceite que rueda por los intersticios y entonces conecta el aparato. La enciende y la apaga por turnos. Con el pelo ya desbastado, Leandro se mira un par de cráteres, agujeros de pelo caído, que se ven al lado derecho de su cabeza.

—¿Ahorita se me cayó el pelo o usted me lo quitó?

—Ni lo uno ni lo otro. Usted ya tenía esos huecos de pelo. ¿Se arranca el pelo?

—De pronto. Yo no me conozco siempre.

Se toca con los dedos el cuero cabelludo como si estuviera descubriendo algo. Incluso hace un gesto de molestia, quizás arde. Al sentir el zumbido de la máquina, baja las manos y deja que Antonio tome con un peine partes de su maltratado cabello. La máquina trasquila desde atrás, desde la nuca, hasta adelante.

El suelo se llena del antiguo Leandro.

Rapado se ve más joven. Sobre todo más limpio. Pasa la piedra pomes y después aplica un poco de talcos con una brocha para suavizar.

—¿Qué dice de la barba? ¿Se la quito también?

—Hágale.

A Antonio le incomoda sobremanera ese nido. Es de esas imperfecciones que no puede soportar, como una mesa coja, una señal ruidosa de la radio o un reloj detenido. Extiende la silla de manera que Leandro queda casi acostado, y acomoda el cojín adicional para el cuello. Primero, con la máquina, poda la barba que crece casi hasta el esternón. Sostiene en la mano izquierda un peine que le ayuda a estirar los vellos. Quita lo que más puede del bigote y todo el mentón. A la altura del cuello, como babero, inserta un paño blanco. Leandro mira en el techo efímeros brillos de sol que se desprenden de los autos al cielorraso.

Esparce con su brocha una mano de crema de afeitar y luego pone la toalla humedecida antes en agua caliente. Se ve ahora una nariz negra despuntando de una ondulación blanca en el rostro de Leandro. Antonio afila la navaja en el cuero descolorido, silba la tonada de la radio. Quita la toalla y limpia el rezago de espuma. Leandro, soñoliento, abre los párpados. El barbero aplica una capa de espuma ancha. Rasura con pulso fino la

mejilla derecha. Estira la piel hacia arriba con las yemas de los dedos. La navaja se desliza fuerte sobre la mejilla espumosa. Leandro se ve descansado. Las manos de Antonio se ven precisas, expertas.

Después de la segunda rasurada, Antonio se pone un poco de loción en las palmas y luego la esparce en las mejillas del ya renacido Leandro. El refrescante olor a menta inunda el cuarto. Le pasa un espejo de mango largo para que se mire. Leandro parece buscarse en el reflejo.

Sacude sus hombros con una escobilla de cerda suave, le quita la toalla y la capa. Nuevamente, le pone talco en el cuello. Leandro se levanta de un salto, se sacude, se acerca al espejo.

—Me quitó veinte años.

El frío de la madrugada lo despierta a empujones. Recuerda un retazo de sueño. Era una inundación. Estaba con Carmen. También le parece haber visto a Martín, pero él tenía el pelo largo, estaba irreconocible. Antonio se cubre bien con las cobijas, se revuelve en la cama. Se queda boca arriba revisando en su cabeza el sueño, tratando de poner en claro las imágenes, los colores.

Se levanta. Entra al baño, escupe y orina. Al salir, echa una mirada a la sala. Enroscado, como concha de caracol, Leandro descansa. No está seguro de que haya podido dormir. Le pareció escuchar sus pasos pasearse por la sala. Seguro se siente encerrado. Antonio cerró con llave y no lo ha dejado salir una sola vez. Prefiere tener la fiera enjaulada dando vueltas en la sala y no que se le escape otra vez al caño.

La ventana de la sala está abierta. Seguro fumó mientras él dormía, pues hay un delgado olor a ceniza en el aire. O de pronto, piensa, Leandro ya está acostumbrado a dormir abrazado al frío de la ciudad, y dormir tan abrigado, bajo techo, no le conviene. Pasa junto a él y cierra la ventana. La calle está detenida. La luz amarilla del poste baña la acera. Ni siquiera hay un perro husmeando entre las basuras apiladas en la esquina. Vuelve a mirarlo.

Leandro despierta de un brinco.

—¿Qué le pasa? —pregunta, azorado.

—Nada. Solo vine a cerrar la ventana —responde Antonio—. Perdone, no quería despertarlo.

—Pensé que me iban a robar.

—Ja —mira a la calle otra vez.

—Uno nunca sabe.

Un silencio.

—¿Cómo estaba Martín?

—¿Qué?

—¿Cómo estaba la última vez que lo vio? ¿Flaco, gordo, barbudo, mechudo?

Leandro se queda con la cabeza en la almohada. Antonio no alcanza a ver si tiene los ojos abiertos. Se rasca la cabeza.

—Estaba flaco y barbudo. No como yo esta mañana, pero sí tenía su buena barba. También le había crecido el pelo.

—¿Cómo estaba de ánimo?

—A veces estaba bien; a veces, mal. Cuando uno está allá, uno se siente solo, oscuro. A veces, entra al páramo un baño de luz y uno se siente mejor, refrescado —dobla el brazo, pone el codo en el suelo y se apoya en la palma de la mano. Su cara apenas es un bosquejo por la breve luz.

—A veces se ponía a hablar de cortes de pelo y de afeitadas. Se ponía a decirnos a cada uno cómo deberíamos cortarnos el pelo: que usted, échesele para este lado; este otro, mejor rapado; a este man, la barba le quedaría mejor así. Cuando hablaba de cortes y peluqueadas, nadie lo callaba, era una lora mojada.

Recuerda una de las últimas noches, en las que tardaba en llegar.

Carmen, Feliciano y él veían televisión. Los tres ya andaban preocupados: eran casi las nueve, mala hora para la época en que las legiones empezaron a escurrirse por todas partes. Después del toque de queda de las diez, casi siempre sonaban unos disparos. Al siguiente día, aparecía un cuerpo baleado.

Sonó la puerta, el ronroneo de la bicicleta en el corredor.

—Buenas —su voz alegre apagó la preocupación.

Carmen se levantó, lo saludó y fue a la cocina. Él entró a la sala. Olía a sudor, a grasa de bicicleta. Traía en la mano su estuche de peluquería de cuero negro. Se quitó el saco, lo colgó tras la silla y se acomodó la camisa. Se le veía un poco acalorado, sudoroso; pero tan solo la luz del televisor iluminaba el cuarto, así que Antonio no podría decir si estaba sonrojado.

—Quiubo, ¿cómo le fue? —le preguntó al acercarse.

—Bien —le respondió con voz cansina.

Su voz era suave, no muy gruesa. Carmen vino a él con un plato de caldo humeante en la mano. Ahí pudo verle la cara agotada, con ojeras largas.

—Gracias, mamá.

Se tomó el caldo sentado junto a él. Feliciano, desde una silla aparte, miraba a su hermano.

—Hoy me tocó ir hasta más allá de la carrilera. Me tocó dejar la bicicleta en la casa de misia Rosalba, y echar pata pa'rriba del cerro. Le corté el pelo a una señora, a dos niños y al esposo —dijo y sacó un manojito de billetes que Antonio no esperaba.

—¿Se hizo todo eso?

—Ajá —dijo sin mirarlo.

—¿No es mucho?

—La gente aprecia mi trabajo —dijo, y cuchareó el caldo. El olor del cilantro picado rodeaba el aire.

Martín había decidido ir a la casa de los clientes en vez de quedarse en la barbería de su papá. Desde que las legiones se habían asentado, muchos campesinos no se atrevían a bajar al pueblo, ni siquiera a la peluquería. Martín, entonces, empezó a ofrecer corte a domicilio. Decía que a la gente le gustaba que él se tomara el tiempo de subir a las veredas entre semana. Así empezó a cortar y afeitar a gente entre las montañas. Tal vez se equivocó.

Antes de que terminara el caldo, sonaron cuatro disparos en la calle.

Leandro lo interrumpe.

—Era un buen man. Un día que nos llevaban a otro lado, andábamos por ahí amarrados, fue él quien dijo que nos echáramos a correr, ¿sí? Corrimos como alma que lleva

el diablo, ¿sí?, y los disparos no nos dieron porque había niebla. Martín encontró un hueco, una cueva, medio tapada por unos aguacatillos, y ahí nos metimos, ¿sí? Nos tapamos con tierra, con hojas. Ellos pasaron de largo. Estábamos callados, quietos, bien quietos. Nos quedamos así, no sé, como seis horas. Callados, acurrucados, aguantando un frío que nos sacaba escarcha de la piel; pero lo soportábamos porque donde saliéramos, se nos acababa el paseo. Cuando ya no los oímos, salimos despacio y nos arrastramos por el lado de una lagunilla. Siguiendo el borde de la lagunilla, teníamos que llegar a alguna parte, a una desembocadura que nos llevara a un río o algo. En esas, me hizo prometerle que si algo pasaba, yo tenía que buscarlo a usted para que le diera sepultura. Y yo le pedí que fuera a buscar a los míos a Calamar, si algo me pasaba... Pero antes de bajar por un delta para conectar con un río, nos estaban esperando dos manes...

—No siga.

Leandro mira por la ventana al ayudante del conductor cerrar con fuerza las puertas de las bodegas de equipaje. El ruido del motor encendido se acompaña con la voz chillona de un locutor de radio que anuncia las noticias. Nuevos asesinatos. Un nuevo político corrupto.

Les correspondió un par de sillas al centro del bus: nada mal porque quedan cerca del baño. Antonio tiende a marearse o a sufrir de problemas estomacales cuando tiene que enfrentar un momento de tensión. Su hígado se agita. Le pasó en el matrimonio de Feliciano: cuando tuvo que hacer el brindis, sintió que se iba a vomitar antes de levantar la copa; también en el velorio de Carmen: casi vomita enfrente de una vecina que le daba el pésame. No es bueno para estas situaciones. Puede ser por el tinto que bebieron allí o tal vez sea el físico miedo de regresar a Refugio lo que le da vueltas entre las tripas y no sabe por dónde salir de su cuerpo.

Al abordar la flota, le pareció que había más gente. En la parte de atrás hay varios puestos desocupados. Le llama la atención una señora de mejillas anchas, cabello corto y liso, con un bebé de brazos envuelto en una cobija azul. Curioso, piensa: la gente todavía tiene hijos. Con ese país cayéndose a pedazos, sin esperanzas, y la vida insiste, terca, en contra de todas las circunstancias.

El ruido del motor y la terminal yéndose anuncian la salida. Antonio, entonces, se estira el saco de paño desde los puños, deja el sombrero sobre su regazo, parpadea un poco. Se soba la cara tratando de borrarse el cansancio.

De su maleta verde (solo consiguieron unas mochilas escolares, verde y roja, que Feliciano tomó prestadas de sus hijos), Antonio saca un estuche de cuero negro. Al abrirlo, unas tijeras de peluquero resplandecen atravesadas por un fino hilo dorado en el borde. Martín las había comprado en Bogotá, su tesoro. Hay, además, puestos en orden simétrico, una navaja doblada, un peine, un pomo de crema de afeitar y una brocha para untar. Antonio revisa el bolsillo interno de la tapa y retira de ahí dos fotografías. En una a blanco y negro, cortada por la mitad, Carmen mira con mala cara: no le gustaba que le sacaran fotos. En la otra, que se ha decolorado hasta adquirir un tono rosa, sus hijos vestidos elegantes para su primera comunión, sostienen en cada mano un cirio y una azucena.

—¿De cuándo son esas fotos? —pregunta Leandro.

—De hace años. Si Feliciano y Martín están así, póngale unos 15 años.

—¿Usted no sale?

—No, en estas no —de un pequeño bolsillo saca una foto tamaño carné. Antonio debe tener unos 20 años en esa foto.

—Uhh, esta sí es vieja —dice Leandro—. Mírese: bien jovencito, señor Valbuena.

—Ya no me parezco nada a ése.

—¡Qué val! Usted todavía es joven. Lo que le hace falta es una hembra, ¿sí o no?

Antonio no responde.

Las fotos estaban en el estuche. Seguramente, Martín las había puesto allí. Antes de escapar, Carmen rescató el estuche de la habitación de Martín y lo empacó en su maleta. En ese momento, solo era un estuche útil para los viajes. Ahora, cada vez que lo abre, se desparrama su memoria, y Martín y Carmen le llueven de todas partes.

—Está bacano su estuche. Parece un kit mágico.

—Puede ser —responde Antonio.

La carretera ya no es la amplia autopista de la salida de la ciudad, sino una calle más angosta en la que caben cómodamente dos autos, uno en cada dirección. El camino ondula. Hacia el este, los picos verdes de las montañas se ocultan tras ráfagas de nubes grises. Unas casas de techos del color de la paja aparecen puestas allí como ornamento, como casas de un pesebre navideño.

Entonces es el verde: el impresionante y vasto verde baña su mirada. Las montañas, sin invasiones, sin erosiones, sin barrios anaranjados que las colonicen. Cree sentir un cambio en el aire, una paz que casi no recuerda. Las montañas se repliegan una al lado de la otra, hermanadas. De pronto, ocurre un vacío entre las hermanas y ahí aparece una planicie goteada por vacas negras con manchas blancas, pastando o recostadas bajo la lluvia. Tal vez un cultivo de papa con sus flores violetas se extiende hasta donde los ojos, a esa velocidad, alcanzan a ver. Otra casa de techos rojos y paredes blancas pasa rápido. Los eucaliptos a la vera del camino, agitados por la lluvia, acaso se dejan ver.

—Hace años que no salgo de la ciudad —dice Antonio.

—Quién sabe si vamos a regresar —responde Leandro, sin dejar de ver la ventana.

—Vamos a regresar.

—No le prometo nada —calla un segundo—. Tengo que cumplir con llevarlo.

—Paso a paso.

—Yo *tengo* que llevarlo —dice Leandro y lo mira. Tiene los ojos acuosos.

Un hombre en bicicleta, protegido por un impermeable amarillo, avanza despacio justo al lado derecho de la carretera. Parece silbar.

Esta es la cuarta vez que va a vomitar. Se siente avergonzado con la gente que lo ve bajar y subir los escalones que conducen al compartimiento del retrete. Mucho más porque se exhibe una película de karatecas, y ha interrumpido gritos, patadas voladoras y puñetazos al pasar. Uno de los televisores está sobre el baño. Antonio no está seguro de si se escuchan los ruidos de su vómito mientras la gente ve a los karatecas, si no se confunden sus aullidos con los de aquellos.

—Maldito tinto —dice al sentarse. Leandro ve la película.

—¿Muy enfermo? —pregunta sin siquiera mirarlo, pues el protagonista escapa de una terraza dando un salto en el aire.

—Más o menos —bebe agua de una botella para pasar el mal sabor.

A pesar de su voluntad, antes de llegar tiene que vomitar una vez más.

Sogamoso los recibe con un aire frío. Antonio se aprieta el saco. Leandro, al contrario, se desapunta la chaqueta. Se detienen a comprar un Alka-Seltzer y un vaso de agua en una cafetería de los alrededores de la terminal. Leandro bebe una gaseosa, la acompaña de una arepa de maíz amarillo. Nota su piel mejorada: la metamorfosis sigue su camino, quizás

debajo de su piel esté resurgiendo el Leandro que él recuerda. Le ha crecido un poco la barba.

—¿A qué hora sale el bus a Refugio?

—Uno sale a las seis de la mañana y otro a la una de la tarde —dice Leandro mientras parte la arepa en dos. La primera mitad la come rápidamente. La otra la deshace en pedazos pequeños. Después tiene sobre el plato treinta o cuarenta pedazos de arepa. Le pide a la mesera una bolsa y echa todas las migajas allí.

—¿Qué hace? —dice Antonio molesto.

—Después, si no tenemos comida, paila. Si uno se lleva el pedazo completo a la boca, se lo acaba de tres mordidas. En cambio, si uno lo corta en muchos pedazos, la comida dura más.

—Pero es la misma cantidad.

—Sí, pero como uno se come pedacito por pedacito, el hambre siempre está calmada.

—¡Qué va! Si uno tiene hambre —dice Antonio incrédulo—, solo se le quita hasta que se llene.

—De pronto. Pero cuando uno no sabe si va a volver a comer, es mejor engañar el estómago —guarda la bolsa en el bolsillo del pantalón.

Antonio se siente incómodo.

—Vea, en la calle —dice Leandro—, uno se da cuenta de que la comida es todo, ¿sí? De resto, cualquier día se lo lleva la flaca, la monita. El día que uno deja de tener esta comida en el bolsillo, la flaca llega a sorberlo como a un kumis: mete un pitillo acá —señala la mitad de su pecho— y se chupa lo que todavía palpita.

Quién sabe cuánta hambre habrá pasado. A pesar de todo, a Antonio la comida no le ha faltado en la mesa. ¿Cómo habrá resistido tantos años en las calles? Quizás las migajas alimentan no solo su barriga, sino su espíritu vagabundo, y de ahí ha sacado fuerza para sobrevivir.

Al salir, la brisa golpea sus gargantas. Leandro permanece con la chaqueta abierta. Lleva las manos en los bolsillos, pero parece desarticulado: todas las partes de su cuerpo se mueven cuando camina. A veces habla solo. Antonio, en cambio, permanece en silencio. Su andar de pasos extensos, precisos y con la frente en alto, lo hace ver más largo. A pesar de ser mayor, no ha perdido su porte. La espalda no se le ha encorvado un centímetro. Aunque sí ha sentido molestia en las rodillas, quizás por los muchos años de pie haciendo cortes. Con el sombrero puesto y el saco apretado, parece un hombre en un otoño ruso.

La avenida que conduce al centro está iluminada por postes de luces blancas. Hay algunos focos a las afueras de las tiendas, en varios episodios de la acera, donde la luz amarilla intercepta la blanca. La gente camina despacio. Los automóviles no aceleran al tope. Quizás la moderna ciudad de Sogamoso conserva algo del antiguo poblado muisca o de la villa republicana, que hace que la tierra sea calma, que la gente ande a un ritmo sosegado.

De camino al hostel, la carretera pasa sobre un río que atraviesa la ciudad. Allí, en el puente, se cruzan con un par de muchachas que caminan tomadas de gancho. Las dos tienen el pelo liso. Una de ellas, la de rostro alargado, lleva una diadema azul. La otra, en cambio, lleva el pelo suelto, le llega hasta la altura de los hombros, y tiene la cara redonda. La piel de la chica de cara larga hace resaltar la oscuridad de su pelo, que a esa hora se ve negro. Al

sentirse observadas, las dos aprietan el paso y salen casi corriendo en dirección de la terminal.

—¿Cuál se pide? —Leandro sonrío.

Antonio calla.

—Me pido a la gordita —dice Leandro, mientras les echa una mirada descarada—, no hay como una gordita pa'l frío.

No les había visto bien el cuerpo. Al verlas de espalda, supone que es la de cara redonda la que Leandro prefiere.

—Y usted, ¿no se volvió a casar? —pregunta Leandro.

—No.

—¿Y nada de mujeres, ni nada?

—No.

—¿No le hacen falta?

—No... No sé.

Del terminal al hostel, debe haber unas seis o siete cuerdas. El frío y el malestar le han hecho doler un poco la cabeza. No es que no haya pensado en mujeres. Más bien, sentiría un poco de culpa con Carmen, su única mujer. Tampoco cree que haya mujeres interesadas en él: viejo, flaco, de antiguos modales y sin dinero. Al menos, si tuviera plata, quizás podría invitar a una dama a cenar o algo así. Doña Amelia, una vecina, solía visitarlo en la barbería. A veces le llevaba revistas, a veces simplemente llegaba a mitad de la tarde a hacer una corta plática para pasar el tiempo. Pero a Antonio le molestaba la insufrible tintura rubia que se aplicaba en el cabello. Ante él veía a una mujer escondida detrás de un pelo falso. Lo único

que hacía al verla era pensar en cómo sería su pelo sin tintura y si sería otro tipo de mujer sin ese color de cabello. No es que todas las tinturas le molesten. Incluso él se tintura las canas del bigote y, mientras Carmen vivía, se tinturaba el cabello; pero la tintura debe ser aplicada con estilo, debe coincidir con la piel de la persona, si no, se presta para crear mamarrachos como doña Amelia. Para Antonio, el trabajo con el cabello o la barba es un arte, una disciplina, no una simple manifestación de vanidad. Se trata de un trabajo preciso, que requiere de paciencia, tranquilidad y concentración. Es, piensa, como pintar o esculpir, dar la forma indicada a un cuerpo que reclama ser visto estéticamente. Rasurar, en cambio, es como la poesía: la navaja saca destellos a una piel redescubierta, así como los poemas redescubren las cosas, el mundo y las palabras.

Leandro saca un cigarrillo.

—¿De dónde saca plata para eso?

—De por ahí.

—Invítese algo de comer en vez de gastar todo en cigarrillos.

—Lo invito a un cigarrillo.

Antonio no lo acepta. Un cigarrillo con aquellas náuseas sería fatal.

Cruzan la calle. En la puerta de una casa, un mendigo hace cama bajo el arco de entrada. Leandro saca un cigarrillo y se lo deja en el piso justo al lado de la cabeza. El hombre no despierta.

Por la misma acera, en sentido norte, se encuentran con un gran almacén. Las puertas aún están abiertas: todos los pasillos llenos de mercancías se ven más coloridos por el techo blanco del lugar. Una música tropical se oye al fondo.

—¿Acá no había unas casas como antiguas? —Antonio mira el letrero de entrada de colores chillones.

—¿Para qué venimos hasta acá? —pregunta Leandro con voz cansina.

—Por acá había una posadita que me gustaba. Vamos a ver si todavía existe.

—Más fácil quedarnos al lado de la terminal, ¿no?

—¿Quién va a pagar?, ¿usted o yo?

Fastidiados, caminan otra calle hacia el norte y luego voltean una hacia el oriente. Hostal Buenos Aires, dice el letrero. Después de la primera puerta abierta, Antonio entra por un zaguán iluminado a medias. Se encuentra con una segunda puerta de color verde oliva que tiene una ventanilla de vidrio biselado. A través del vidrio y de las hendiduras de la puerta, la luz de un foco mana y se riega brevemente por el zaguán. Toca un timbre y el sonido agudo estalla tres veces ante el silencio de la noche.

—¡Ya va! —responde una mujer. Unos pasos cortos se acercan—. ¿A la orden?

—Buenas. ¿Hay habitaciones? —pregunta Antonio con tono engolado.

—¿Cuántos son? —pregunta la mujer a través de la ventanilla entreabierta. Se alcanzan a ver sus ojos, su frente ancha y parte de la coronilla. Pelo liso.

—Dos. Hombres.

—¿Son... pareja?

—No. ¿Cómo se le ocurre? —responde Antonio ofendido. La carcajada de Leandro resuena desde la puerta del zaguán, donde termina de fumar un cigarrillo.

—Ah, bueno. Es que a veces llegan...

—No se preocupe —dice Antonio tratando de simular tranquilidad.

Se abre la puerta.

Leandro lanza la colilla a la calle. La candela roja se tuerce en la oscuridad.

Refrescante, helada, es el agua de la ducha. Sale tiritando. El piso de baldosa también congela. Se peina frente al espejo, parece tener nuevas canas. Con unas pequeñas tijeras despunta el bigote. Se nota un poco delgado, hace un buen tiempo que no sube de peso. Cepilla con cuidado el saco y el pantalón.

Al regresar a la habitación, ya vestido y acicalado, descubre a Leandro esculcando en su maleta verde.

—¿Qué se le perdió?

—No... Nada —dice Leandro, tratando de disimular la sorpresa—. ¿Tiene jabón?

—¿Me quiere robar? —la voz de Antonio sube de volumen.

—Yo...

—No me joda —tira la toalla sobre la cama—. ¿Cómo se le ocurre robarme?
¿Morderle la mano al que le da de comer?

—No es eso...

—¿Entonces qué es?, ¿ah? ¿Me está revisando las cosas para ver si traje todo lo que necesitamos? ¿Está viendo si tengo una papeleta de basuco entre mis papeles?

No responde.

—Ah... ¡Vaya báñese, carajo! —se sienta en la cama, decepcionado, ofendido—. Allá hay jabones.

Leandro toma una toalla colgada del barandal de la cama y sale avergonzado. Después de oír la puerta del baño comunal cerrarse, Antonio revisa su maleta a ver si falta algo. Había alcanzado a abrir el estuche de cuero, pero no había sacado nada. Suerte que había llevado el saco consigo y el dinero dentro.

Abre las ventanas de madera para que entre luz y aire a la habitación. Una reja deja entrever el techo de la casa vecina. ¿Se había equivocado con Leandro? Está en manos de un basuquero. Leandro puede irse en cualquier momento, perderse. Incluso si le hubiera robado ya estaría quién sabe dónde, buscando un hueco para entregarse a su vicio. ¿Cómo confiar en él? Qué tal que lo esté enredando con mentiras, que lo haya engarzado y lo vaya llevando a las legiones para que le den su tiro de gracia. ¿Cómo es que todavía cree en la gente? Si algo se sabe es que, en este país, todos tenemos un demonio dentro; un demonio que aparece cuando menos se le espera. Ese demonio está ahí, esperando a que se encienda la llama para saltar.

El hostel dispone de un comedor sencillo en la terraza. Antonio se sienta mientras la dueña, la misma mujer que les abrió en la noche, recoge unas camisas secas colgadas en las cuerdas. La terraza está casi toda cubierta por unas tejas plásticas transparentes, y termina justo en un muro no muy alto hecho de ladrillos agujereados. A esa hora, la luz tibia del sol viene de atrás de la posada, y el paisaje frente a él se ilumina. Unas cuantas nubes se mueven despacio y se amontonan, se apelmazan. El sol, aún tímido, alumbra sus algodoadas formas, y ellas se dejan bañar por la luz mientras siguen su vuelo sereno bajo el celeste perpetuo del cielo. Después del muro, el paisaje empieza con los techos de las casas: la mayoría de uno o dos pisos. Algunas terrazas con ropas colgadas, tanques grises de agua que otean desde las

alturas el paisaje. Incluso a unos cuatro o cinco techos de distancia, una bicicleta de carreras aguarda por su dueño en la azotea. Antenas de televisión surgen de cada casa tratando de agarrar señales invisibles. Cables negros tensos entre postes de cemento. Hay unos cuantos postes de madera. Al fondo, a una distancia media, un cerro surge salpicado de casas. Se alcanza a ver una escalera que se empina desde el suelo hasta lo alto, donde despunta una iglesia blanca en el pico del cerro.

El olor a papa cocida y ajo del caldo le hace agua la boca. Las hambres de ayer y de hoy se le han juntado. Esta mañana se sentía aliviado de sus malestares estomacales. El sueño fue reparador. Toma uno de los cuatro panes dorados que descansan en una canastilla y lo mastica con gusto. Sabe a dicha el pan recién horneado. La señora trae un caldo de costilla humeante. Limpia la cuchara tres veces con la servilleta y después come.

Leandro llega a la mesa con rostro opaco, quizás por la barba incipiente y blancuzca que ahora le crece.

—¿Puedo sentarme?

—Usted verá —responde Antonio sin mirarlo. Sigue tomando su caldo. Saca la costilla en un plato aparte y comienza a cortarla con tenedor y cuchillo.

La señora, una mujer un poco obesa, de ojos grandes y pestañas largas se le acerca deprisa. Lleva el pelo agarrado en una moña. Su rostro sonrojado enseña unas mejillas abundantes. Se queda de pie, igual que Leandro.

—¿Va a desayunar?

Leandro mira a Antonio.

—Lo que diga el patrón —responde con una humildad que a Antonio se le hace falsa.

—¿Entonces? —dice la señora apresurada.

Antonio asiente con la cabeza.

—¿Cómo quiere los huevos?

—Fritos —dice Leandro. Se sienta a su lado y se pone la servilleta de papel blanco en el cuello.

Se oyen los pasos de la mujer en una cocineta, un espacio pequeño que queda justo ahí en la terraza.

—¿Usted me va a robar o qué? —pregunta Antonio sin dejar de cortar la costilla.

—No...

—Entonces, ¿qué quiere?

—Tengo que pagar una promesa —dice Leandro, manteniendo su mirada en los ojos de Antonio —. Pero sí tiene que adelantarme algo de la silla.

Antonio hace un gesto de desprecio. Se queda con los cubiertos en las manos y lo mira.

—¿Qué?

—Págueme.

Se interrumpen por la llegada del segundo caldo. Guardan silencio.

—No —dice Antonio y niega con la cabeza al mismo tiempo—. No tengo.

—Déme, así sea, quinientos pesos diarios.

—Que no puedo, hombre. Si le doy plata, usted se la va a gastar en vicio. Se la pago con la silla, cuando volvamos.

—¿Si no volvemos?

—Sí vamos a volver. Además, a usted el vicio lo tiene agarrado de las güevas.

—No...

La mujer se acerca.

—¿Café o chocolate?

—Café —responden al unísono.

—El mío negro —dice Antonio.

—Al mío, échemele un poquito de leche —añade Leandro.

Ella se marcha despacio a la cocineta.

—Usted —sigue Leandro— debería pagarme algo ahorita.

—Además de ladrón, bufón. No me joda... —dice Antonio molesto. Deja el caldo a un lado—. Vea, si yo pudiera, le pagaría. Pero usted sabe cómo vivo, lo que hago. ¿De dónde quiere que saque plata?

—De su hija. Yo vi que le dio plata.

—Sí, pero esa plata es para todo el maldito viaje. Yo tengo que pagarle piezas, comidas, buses, porque usted no tiene ni un berraco peso, ¿o sí?

—Pues no.

—Lo único que tiene es para cigarrillos. Y ya se le debió haber acabado si me estaba esculcando la maleta. ¿De dónde ha sacado plata para cigarrillos?

—De unas monedas que me encontré.

—¿En donde?, ¿en mi casa?

Leandro calla y empieza a cucharear el plato. Sopla el caldo puesto en la cuchara.

—Se pasa. Además ya quedamos en lo de la silla —dice Antonio.

—Si usted no me da plata, no lo llevo.

—¡Carajo! ¡Ya le dije que no tengo plata!

La mujer se asoma a la puerta de la cocineta. Leandro sigue tomando su caldo. Luego ella se aparece con dos cacerolas: en una, huevos fritos; en la otra, huevos pericos.

—¿Hay algún problema? —la mujer los observa con un sorbo de temor.

—No —responde, parco, Antonio—. Todo está muy rico.

Ella se queda junto a él y, sin demora, apunta en un papelito el valor de los desayunos.

Antonio, sin mirar el papel, lo guarda en el bolsillo de su camisa.

—Si no me va a dar plata ya, al menos cómpreme cigarrillos —dice Leandro y sopla el caldo posado en la cuchara.

—No sea descarado —dice Antonio molesto.

—Cómpremelos. O me devuelvo a Bogotá —lo reta con la mirada, se siente cortado por sus ojos como puñales.

Es el demonio que nos habita.

Antonio ha cedido su lugar a una mujer mayor de cara achatada que carga una gallina de cabeza dentro de un costal. Leandro, sentado, curiosear en el costal el ave de plumas anaranjadas que, de vez en cuando, parpadea. Pareciera que el animal medita cabeza abajo sobre su destino. La mujer la toca, la cuchichea, ofreciéndole una tranquilidad pasajera. A la vera del camino, ondulan los brazos de los pinos romerones, parecen despedirse.

Al otro lado, la montaña surge como un enorme cuerpo verde limón que oculta la vista, pero, a veces, entre curva y curva, el muro se abre y deja ver el valle ondulante que desciende hasta Sogamoso. Al fondo se queda la ciudad plomiza.

La empinada senda, tan solo interrumpida por buses que van en sentido contrario o pequeños carros que los adelantan, hace que el ruido atronador del motor aísle las voces, las conversaciones. Es un monstruo que gruñe entre las palabras de los pasajeros. La carretera, después de un tramo, atraviesa la hipnótica laguna de Tota. El agua se cubre de unas largas nubes, rayones blancos, que no se atreven a tapar el sol. La isla en el centro es una joroba verde en medio del índigo. La rodean unas pequeñas montañas que parecen estar arrodilladas. El sol atraviesa el lago y saca un vibrante y cegador azogue a las aguas.

—¿Quiere sentarse? —pregunta Leandro.

—Más adelante, si me canso.

Antes de subir, ha tomado un par de pastillas para el mareo. No quiere tener que pasar la pena de pedir una bolsa. Siente las tripas en calma, mas la rodilla ha empezado a vibrar de una manera extraña. Mierda: si no es una vaina, es la otra. Un dolor en la pierna, otro en la espalda, los dientes que van perdiendo fuerza, los ojos que se cansan más pronto. A veces, se le cierran los párpados, incluso cuando está en la barbería y no hay clientela, y después despierta repuesto por una siesta instantánea, fugaz. A veces la siesta es un poco más larga o, mejor, no sabe cuánto tiempo pasa desde que comienza la siesta: solo se descubre despertando en una tarde que languidece. Con la edad se ha acostumbrado a que el sueño sea una presencia predecible: lo visita temprano en la noche, se va en la madrugada y puede llegar a cualquier hora de la tarde.

Quisiera descansar un rato, pero teme al viaje, al destino.

Dos hombres suben tambaleantes y risueños. El primero, con cara en forma de diamante, y bigotín, viste botas pantaneras y ruana gris; el otro, con sombrero de alas cortas y ruana blanca, de rostro más bien ancho, está regularmente afeitado, lleva las patillas desaliñadas. Hacen bromas, hablan fuerte, beben cerveza. Sus botas y zapatos, embarrados. Justo en ese momento, el conductor sube el volumen de la radio. La gente habla ahora más alto, un galimatías de voces, de olores y ruidos lo rodea. El corrido prohibido se destempla sobre el camino.

—Mosca con esos, señor Valbuena —susurra Leandro.

—¿Ah?

—Esos son ladrones —dice Leandro, quien ha cedido el puesto a una mujer embarazada y ahora está de pie junto a Antonio.

—¿Entre ladrones se conocen? —dice Antonio irónico.

Leandro lo mira con furia.

El bus se detiene. El conductor baja el volumen de la radio. Antonio mira tras el vidrio panorámico. En mitad de la carretera, un novillo blanco mira el bus. El conductor retrocede un poco, y el novillo parece querer embestir el bus. Se adelanta como si quisiera atacar. Mira de frente, bate la cola. Va a lanzar una nueva embestida.

—Míralo, se cree más grande que nosotros —dice el ayudante, ríe.

—Quiere romper el bómper —asiente el conductor.

El conductor acelera, retrocede el novillo. Luego se detiene y se para de frente, otra vez, como si fuera a tomar impulso. Mira fijamente dispuesto a chocar el bus. Antes de que eso suceda, el conductor hace sonar el claxon, y el novillo se espanta. Corre por un lado de la carretera y luego desciende por un pastal, justo al lado izquierdo del camino. Sueltan una carcajada. Por la ventana, se ve cómo se ha unido a otras reses que mascan el tiempo junto a un racho.

—¿Pues qué, hijueputa? ¿Me va a robar?, ¿sí? —Leandro dice en tono fuerte.

—¿Qué pasó? —pregunta Antonio. Las miradas se centran en Leandro y uno de los hombres enruanados.

—No sé qué le pasa —dice el hombre enruanado, sonrío a medias.

—¡No me venga acá con cuenticos chimbos! Este señor me quería robar —dice Leandro.

—¡Cálmese! —dice Antonio, intercediendo.

—¡A mí nadie me roba! —dice Leandro, alterado.

—¡Ni lo toqué! —dice el hombre, quien ha perdido del todo la sonrisa.

—¡Véngase, hijueputa! ¿Cuántos son? —Leandro se quita la chaqueta y la pone en el suelo.

La gente empieza a chiflar. Gritan arengas incitando a la pelea. Al campesino se le han unido otros tres. Leandro está en desventaja.

—¡Cálmese! ¡Nadie lo va a robar! —grita Antonio.

El ayudante del conductor llega al pasillo, con una cruceta en la mano.

—¿Qué pasa?

Al instante hay un silencio tenso.

—¡Este man me quiere robar! —dice Leandro.

—¡Que no! —responde el campesino, quien ya ha cambiado de color y está enrojecido.

El ayudante se adelanta hasta a ellos. Antonio está entre él y Leandro.

—Me hacen el favor: se comportan —levanta la cruceta—; o los bajo.

—¡Bájelos! —grita una mujer—. No queremos muertos en este viaje.

Leandro se calma un poco. El hombre se dirige a los puestos de atrás.

—En serio me iba a robar.

—¿Y qué le va a robar? —nota sus ojos incendiados.

—Nada, pero a nadie le gusta que lo roben, ¿sí o qué?

Cerezos aún sin frutos y sin flores, rodeados por unos arbustos, parecen moverse desde la ventanilla. Atrás, una especie de planicie verde se aleja hasta una colina inmóvil que ve al bus adentrarse en terrenos más altos. A medida que la línea asfaltada de la carretera escala, al lado derecho, los árboles altos van desapareciendo y dan paso a una serie de matorrales. Colas de caballos punzantes y algún otro ruchigo anuncian el frío del lugar. De pronto hay un largo descenso, y se extiende junto a la vía una alta muralla natural de la que sobresalen musgos y plantas de hojas mínimas. Dos o tres cascadas de agua blanca se deslizan en líneas delgadas sobre el muro oscuro. A su vez, infinitas gotas de agua caen incesantes hasta unirse con un leve, pero firme riachuelo que desciende en el mismo sentido de la carretera, y al que se han unido las tres cascadas. La pared natural se hace más alta y se alcanza a ver, tras las plantas, una superficie color carbón, dura, una montaña rocosa. Varias curvas adelante, el musgo casi desaparece y desde lo más alto del muro negro descienden miles de líneas de agua cristalina, que culebrean entre picos salidos y formaciones rocosas. Las líneas luego se unen al riachuelo formado por la perpetuidad del agua, que ahora avanza animado, vestido de un caudal constante.

Al lado izquierdo, un río angosto, el Caracamorán, sigue paralelo el trayecto de la carretera desde hace quién sabe cuánto tiempo. El río blanco y la vía asfaltada surcan un valle que se abre entre las montañas. Una bruma amarillenta corona los picos de los cerros que él alcanza a ver. Pronto vendrá la lluvia.

El conductor disminuye la velocidad y vira despacio hacia el este. Se acaba el asfalto y se encuentran con el comienzo de una vía destapada, pero bien aplanada. Se detiene. Un hombre y una mujer mayores se levantan a prisa de los puestos de atrás. Ella lleva engarzada

en el brazo una canasta de mimbre con un embriagante olor a empanadas que despierta el apetito de Antonio. De una casa de paredes blancas y techo en teja de barro, un perro peludo y amarillento sale disparado y ladra. También una mujer joven y un par de niños se asoman a la puerta. El ayudante del conductor baja y abre una de las bodegas. Le entrega al hombre un gran bulto. Enseguida, el perro llega hasta los pies del autobús, saluda a sus dueños. La mujer joven, sonriente, se acerca a paso lento.

Justo enfrente, a unos diez metros, un puente no muy ancho, de andenes estrechos hechos de piedras pequeñas grises y pretils antiguos de rocas amarillas, atraviesa el Caracamorán. El musgo crece incluso entre aquellas rocas. Antonio ve las aguas del río irse, más allá del pretil y el andén cubierto por un polvo arenoso.

Aquella noche, junto a Carmen, el río no se alcanzaba a ver. Ni rastro de estrellas ni luna. Fue el 17 de julio, un jueves. Dos camiones bajaban desde Refugio y llevaban de carga un montón de pasajeros que huían. Allí iban los dos: ella sentada en un bulto de ropa; él de pie. Sostenía y apretaba su mano liviana, hoja de árbol entre sus dedos. Los ocultaba del frío la carpa plástica del camión sumada al temor de todos los pasajeros, que producía un raro calor entre los cuerpos. Niños acurrucados en los brazos de sus mamás buscaban tranquilidad en su abrigo. Varios hombres permanecían de pie a pesar del cansancio. Quizás se sentían mejores guardianes de sus familias al estar de pie, o acaso mostraban una falsa valentía para no desmoronarse sobre sus mujeres. El motor del camión era lo único que cortaba el silencio. A Antonio los oídos le zumbaban y estaba tratando de recuperar el audio pasando saliva y cerrando los párpados.

Al principio, las legiones solo estaban en las montañas. Hacía meses habían empezado a aparecer como hierba pringosa entre las colinas; pero no se metían con la gente del pueblo ni se acercaban a los alrededores. Entonces no importaba. De vez en cuando bajaban dos o tres con sus rifles colgados, se tomaban una cerveza en el estanco de Leandro y luego se perdían otra vez por el páramo. Luego empezaron a bajar más seguido, en mayor número. Convidaban a las muchachas a comer o las invitaban a darse una vuelta. No estaba mal, igual necesitaban distraerse, y las muchachas, acostumbradas a los rostros pueblerinos, se entusiasmaban con la llegada de nuevos hombres armados. Se hablaba de lo que habían hecho en caserones del Pacífico y en hatos de los llanos. Pero estos jóvenes no parecían ser del mismo tipo de aquellos que asolaron pueblos. Estos se veían tranquilos, amables. Además, esos lugares eran tan lejanos que era imposible que fueran los mismos armados de por allá.

Después, bajaban más de cincuenta: se acomodaban en las esquinas, en las bancas del parque, en el único restaurante.

De pronto ya había uno en cada poste, en cada casa, en la puerta de la Alcaldía.

Absorbieron Refugio, lo hicieron su reducto. Todo fue rápido y natural, como cuando llega la época de lluvias. Los habitantes de Refugio pensaban que así como las lluvias, también se marcharían.

No se fueron.

El terror, entonces, se escurrió. Gente que les había dicho que no entraran a sus casas o que no querían nada de ellos, desaparecía y terminaba bocabajo en un andén. Se supo de muchachas de veredas, de trece o catorce años, que fueron raptadas y violadas. Hubo

mujeres del pueblo que empezaron a vivir con ellos más por protección que por decisión: era mejor tener al enemigo durmiendo en casa. Con las autoridades no se contaba. Parecían haber entregado su escaso poder y control a las legiones. Apareció un nuevo alcalde, traído quién sabe de dónde, que era parte de su servidumbre. Cada día, a las 10 de la noche, sonaba la chicharra del toque de queda, que sonaba como una ambulancia enferma. Luego sonaba un balazo. Al día siguiente, el cuerpo de un viejo o de un joven aventado era recogido por mujeres y vecinos.

Entonces, quizás enfermos de poder o envenenados por un daimón más allá de todo entendimiento, empezaron las masacres. Aparecieron cuerpos tajados atrás de la escuela, trozados con motosierra. Cabezas, brazos, piernas, esparcidos detrás de un salón. El olor a sangre llenó los caminos, los cultivos, se esparció entre las piedras, en las montañas, en el río.

Martín se resistía a dejar de trabajar en las veredas. Se iba en bicicleta y estaba de vuelta antes de las ocho. Cada vez que regresaba, contaba una historia más aterradora de lo que habían hecho en las veredas: gente colgada, apaleada o destrozada.

Un día soleado, se montó en su bicicleta, salió.

No volvió.

Antonio, más tarde, descubrió su estuche de cuero encima de la cama. Esa noche no durmieron. Carmen, a la mañana siguiente, habló con ellos. Le dijeron que estaba muerto, que lo habían botado en la ribera del río con otros tres. Fueron a buscar el cuerpo, pero no era ninguno de ellos. Solo estaba la bicicleta, intacta: nadie se la había llevado, suponiendo que era de alguno de los fallecidos. Días después, Antonio encontró un sobre deslizado en la noche bajo la puerta de la barbería. Una nota en papel blanco. La letra de Martín. Estaba

vivo, en el páramo. Se había unido a un grupo de campesinos. Querían hacer una guerrilla para sacar a los invasores de Refugio. A Carmen le revivió la esperanza. Antonio apenas si pudo creer la historia. ¿Por qué no se quedó en la casa? Se habrían ido a Bogotá o a Sogamoso, a algún lado, juntos. Además, ¿cómo crear una guerrilla con azadones?, ¿cómo defenderse de aquella peste con garlanchas y picos, si a metralla o motosierra ya los podían acabar a todos? ¿Se iban a unir a las guerrillas traficantes para aprender a matarlos?, ¿para defenderse del veneno de las legiones tenía que unirse al veneno de otros?

Sin anuncio, los armados sacaron de sus casas a varias familias. Empujados por las culatas de los fusiles, la mayoría en pijama, llegaron al parque. Helaba. Una neblina pasaba bajo los faroles. Carmen y él se quedaron en medio de una multitud de gente atemorizada. Había niños, pero nadie decía nada o lloraba. Esperaban el tiro de gracia con docilidad enfermiza. Los reunidos fueron rodeados por más de ochenta hombres. La mayoría usaba pasamontañas. En ese momento ya no querían que los reconocieran. Cuántos de esos serían los mismos niños y jóvenes a los que Martín les cortó el pelo, y ahora se habían sentido valientes con fusil y camuflado. Antonio pensó que los iban a acribillar ahí. Sintió que ya no había más vida para ellos. Uno de ellos dijo a voz en cuello que necesitaban mejores vecinos y que todos los que vivían en Refugio no les servían. Estaban con ellos o contra ellos.

Nadie protestó.

Cómo protestar.

Les dieron dos horas para reunir sus enseres. Carmen y Antonio regresaron a casa. Alcanzaron a hacer dos bultos de ropa. Carmen recogió el estuche de barbería de Martín, y Antonio, por necesidad, agarró la grabadora. Carmen trajo consigo varias fotos de la familia,

una cajita de música y una carpeta con papeles de propiedades que ya no iban a servir de nada. Abatidos, dijeron adiós a la casa.

Aquella noche, los dos camiones avanzaban lentamente por esa larga e interminable carretera. Al cruzar el puente, Antonio pudo asomarse por uno de los intersticios de la carpa y vio los pretiles de piedra. El Caracamorán canturreaba. Apretó la mano de Carmen y luego, desolado, se sentó junto a ella en su propio bulto de ropa.

El puente se queda atrás, el autobús avanza. Antonio ve al hombre mayor entrar con el costal a la casa, la mujer joven ha recibido el canasto de la otra y la saluda con cariño, con cierto aire de costumbre. El perro se ha quedado junto a ella, bate la cola animado y aguarda con las orejas gachas quién sabe qué recompensa. El hombre, ahora sin carga, vuelve al marco de la puerta y se despide del bus con el sombrero en la mano. Las mujeres lo imitan. El conductor le responde con un fuerte pitazo que resuena en las montañas y luego desaparece tragado por el viento.

Tras una curva, la niebla se extiende: se esfuma el paisaje y solo se alcanza a ver un fragmento de la tierra más cercana, quizás a tres o cuatro metros. Lo demás se oculta tras el velo blanco.

Una especie de atmósfera soñada viste al bus.

Carmen decía que entre la niebla se movían los muertos a su gusto, que así podían andar sin temor a los vivos. Son los muertos los que temen a los vivos, decía. ¿Estaría Carmen paseando por aquella niebla? ¿Llevaría a Martín de la mano? Si Antonio muriera en ese instante, si el bus fuera bombardeado por un avión del ejército o reventado por un cilindro de gas, si ese bus fuera chocado por una tractomula ciega, si fuera lanzado por esa

colina abajo, rodara cien metros por los pastizales y desapareciera después del estruendo, ¿Carmen y Martín vendrían juntos por él, lo sacarían de entre esas latas? ¿Carmen le limpiaría el rostro con la manga del saco, le diría: vámonos, Toño?, ¿lo agarrarían de ambas manos y se lo llevarían consigo entre aquella niebla?

La gallina naranja, encerrada en su costal, cacarea. Antonio abre sus ojos y, entonces, vuelve la mirada al camino.

Lluvias pasadas han hurgado en la vía repetidos huecos no muy profundos. El bus se tambalea. Antonio tiene que sujetarse con fuerza del tubo pasador y la silla de enfrente para no caer. La gallina revolotea dentro del costal. La risa sonora de unos niños se esparce entre los pasajeros. Fuera, una serie de montañas marrones. El cielo se ha despejado, excepto por unas nubes blancas parecidas a las huellas de un pájaro que atraviesan el celeste. Tras la curva, un bosque de frailejones explota y desciende curvado hacia el occidente. Sus cabezas estrelladas despuntan en todas direcciones. Parecen plantas marinas, quizás por el color paja del suelo. Parece, incluso, que emanan un olor acuático.

Una bruma ceniza y profunda se acerca mansa, enmascara las montañas y los innumerables frailejones, desvanece la vera del camino. El bus navega oscilante en aquella garganta blancuzca, en medio del vacío espectral. ¿Será allí donde va a ocurrir el accidente que lo reunirá con su esposa y su hijo? La música no suena. Los pasajeros apenas suspiran. El motor del bus ronronea. Los faroles delanteros iluminan la carretera. Una tranquilidad nueva y fría se cuele por las ventanas.

El tiempo se tarda en suceder.

La luz de una linterna a unos quince metros del bus atraviesa la niebla. Se rompe el encanto.

—Mierda —murmura Antonio para sí.

—¡Cédula en mano, señores! —grita el ayudante del conductor, despertando a los adormecidos pasajeros.

Es el ejército.

Antonio saca su billetera, observa su cédula. ¿Y Leandro? Carajo, el negro no tiene papeles. Preocupado, Antonio lo mira, y éste le responde sacando una cédula y una libreta militar de un bolsillo con gesto ladino. ¿De dónde habrá sacado papeles? No cree que un tipo que viva en la calle guarde sus documentos con mucho cuidado. ¿Tendrá una foto de cuando era joven?

El freno de mano exhala un resoplido, y el conductor abre la puerta. De inmediato, arremete un helaje que muerde la piel. Tras el frío, entra un soldado y, tras él, un olor a césped fresco y un pedazo de bruma que intenta flotar en el bus. Se detiene en la división entre el pasillo y la cabina del conductor. Se arregla la gorra, despeja su rostro. Colgado al hombro, su fusil.

—Buenas tardes, señores y señoras. El batallón de montaña Troya los saluda. Hagan el favor de tener su cédula a la mano, y bajen del bus con su maleta para una requisa —dice el soldado con entonación marcial. Es joven, moreno. Su cara juvenil, quemada por el frío, ya tiene la rudeza militar en los gestos y la voz.

—¿Las mujeres también? —pregunta una señora de voz soñolienta.

—Sí, señora, las mujeres también —responde el soldado de mala gana. Baja del bus.

Toma su maletín, se levanta y sigue una fila de bostezos de pasajeros. Al llegar a la salida se encuentran con otro grupo de soldados. Los reciben con órdenes:

—¡A ver las cédulas! —riñe un soldado alto al verlos bajar.

—¡Maletas en el piso! ¡Hombres a la derecha! ¡Mujeres a la izquierda! —grita otro de voz chillona. Este se ve más cabezón, mayor que los otros. Antonio entrega la cédula y se aprieta el saco en el cuello. Siente ganas de mear. Se frota las manos, tiene la piel reseca. Hay un grupo de ocho o nueve soldados tras ellos. Tres o cuatro esperan a que los hombres se acomoden de espaldas para la requisita. Otros dos se encargan del equipaje, abren y cierran cremalleras, desempacan cajas, revisan costales, instigan en bolsas plásticas. Leandro baja.

—¿Es ésta su cédula? —pregunta el primer soldado.

—¿De quién más va a ser? —responde Leandro, asediado por las miradas del pequeño pelotón.

—¿Muy chistosito? —responde uno de los soldados.

—Es mi nombre.

—Usted no tiene cara de Jesús —le dice uno de los soldados, provocador.

—Más bien de Judas —dice otro y lo mira con gesto retador.

Leandro queda apartado del grupo, rodeado por tres soldados más pequeños que él. Parecen tres perros pastores rodeando un novillo negro, rebelde.

Antonio, después de ser requisado de forma mecánica, mea entre los arbustos. Alcanza a ver difusa una cabaña hecha de láminas de zinc. Un vallenato nostálgico desciende al compás de una luz de bombilla que se desprende desde allí. Un trío de soldados parecen escuchar la música con atención. Los protege una trinchera hecha por bultos quizás de tierra.

¿Cuánto tiempo habrán pasado esos niños camuflados en este frío? Vienen a madurar al páramo, a quemarse y escarapelarse, a transmutar ese rostro infantil en cuero soldadesco.

Quizás a su hijo le faltó prestar el servicio, ganar músculo y la experiencia de disparar. Pero las guerras de ahora no son como las de antes, ahora son más estúpidas. Si fueran aquellas guerras en las que el mismo rey era líder del combate, como el rey Arturo, y se encaminaba de frente con toda la caballería, y hacía violentos lances de espada a diestra y siniestra, y era seguido por un batallón que se sentía aun más brioso al ver a su rey combatiendo a los enemigos, tal vez lo habría impulsado a prestar el servicio. Pero esa guerra sin escrúpulos de ahora, en la que los mandos los da un presidente desde su oficina, le pasa la voz a un ministro que pasea en un jet, éste llama al general para que él, a su vez, llame a otro oficial, y este último da la orden por un radio a unos pocos soldados, perdidos en quién sabe qué selva, de que disparen, de que consigan pruebas, de que acaben o mueran a balazos. Esta guerra es telefónica: se decide por un aparato en dónde poner la carne de cañón. Ya ni siquiera se ven las caras del enemigo, sino que se dispara a cierta distancia y se espera dar en un blanco en movimiento. No es ni siquiera como en la época de su padre, que cachiporros y chulavitas se encontraban con unas pocas escopetas y, cuando se acababan las municiones, se resolvían a machetazos.

Estos soldados, si sobreviven a esta guerra perpetua, tendrán que recoger los cuerpos de amigos y enemigos, tendrán que contar cadáveres como quien cuenta piedras para dar el parte, los datos, al comandante, al general, al ministro, al presidente.

La niebla deja entrever a Leandro delante del bus, dialogando con varios soldados. Todos fuman los cigarrillos que Antonio le compró al negro. Los soldados lo miran con rostro impaciente. Antonio decide acercarse.

—Pero, compadre —se escucha a Leandro—, déjeme ir, yo tengo que llegar allá.

—Hasta que no se compruebe si la cédula es legal, no se puede, señor —Al decir *señor*, el soldado sube la voz.

Antonio se acerca.

—Señor Valbuena, una ayudita —pide Leandro con ansiedad.

—¿Qué pasa, oficial? —dice Antonio con voz débil.

—¿Usted conoce a este individuo? —pregunta el soldado de piel rosada, quemada por el frío.

—Sí, ¿pasó algo malo?

—Este *individuo* —el soldado habla con cierta mordacidad— se ha hecho el gracioso y se ha burlado de las Fuerzas Armadas acá presentes.

—Discúlpelo, por favor —pide Antonio mirando al soldado pequeño, quizás el de mayor rango del pelotón—. No se sabe comportar.

—¿Cómo se llama su amigo? —dice mientras oculta la cédula de Leandro a los ojos de Antonio.

Leandro hace un ruego con los ojos.

—Jesús —dice Antonio —, pero los amigos le decimos Chucho.

Sube al autobús y siente una punzada en la rodilla. Adentro, solo ve mujeres, niños, y viejos. La mayoría de los hombres permanece fuera excepto un hombre flaco de nariz larga, ya mayor, que parece sufrir de neumonía. Leandro, quien ha subido a prisa junto a él, y tres viejos que tampoco resistieron el frío. También hay varias ancianas, dispersas en varios puestos. Ve tras las ventanas a los hombres y los soldados hablando entre sí.

—Pensé que me quedaba —dice Leandro en voz muy baja.

Se ha sentado cansado, adolorido de la rodilla. Se frota la pierna. Echa la culpa al alto escalón del bus. Los hombres afuera conversan a viva voz, se escuchan entre sí. Las mujeres antes apartadas, ahora se han mezclado con el grupo de hombres y se han unido a las diversas charlas. Los soldados de pronto parecen fuera de escena, pues la gente parece estar relajada y no tiene prisa siquiera por subir al bus.

Minutos atrás, también él estaba bien. De pronto, no lo sabe, es el frío en los huesos que a veces lo obliga a esconderse, a arroparse. Hace años el frío no era molestia. Ahora, incluso tiene que dormir con medias y con un cobertor a los pies de la cama para no despertarse en la madrugada con dolor en las rodillas. Ha envejecido.

¿Sería esto lo que sentía Carmen en el hospital al ver a su alrededor solo hombres viejos o mujeres indefensas, pálidos, con su bala de oxígeno a un lado o quejándose de dolores en la espalda o el vientre? ¿Era esta sensación de verse desprotegido, de sentirse alejado de un mundo al que ya no pertenecía, abandonado por la luz de la juventud y arropado por la sombra de la edad, la que había cubierto su cuerpo?

La recuerda apoyada en dos almohadas amarillas para enderezar su espalda. Era una tarde cálida, el sol incandescente rajaba las cortinas con su luz amarilla. La habitación blanca

y de techo alto daba una sensación angustiante. El cielorraso estaba pintado de verde oliva, detalle que daba un aspecto más decadente al hospital. Un gesto de fatiga le vencía el rostro, mas una sonrisa breve se le escapó de los labios al verlo. Se sentó en la cama junto a ella y le acarició su cabeza suave, en la que solo quedaban unos cuantos cabellos. Carmen le pidió que se acercara. Lo miró, le palpó la frente, los ojos, las mejillas, el mentón. Sus dedos largos, un poco fríos. Luego se tocó el rostro.

—Ya estoy más vieja que usted, Toño.

—¡Qué va! —respondió él mientras le estiraba las arrugas de la mejilla con los dedos pulgares—. Es que no hemos dormido juntos y eso es lo que la tiene envejecida.

—Cómo no —dijo ella de buen humor.

Él traía una pañoleta roja con rabos de gallo negros para que no se sintiera desnuda sin su pelo. Se la ató.

—Toño —dijo con gesto molesto; los ojos agotados se le veían más grandes por la pañoleta—, ya no puedo soportar el olor a enfermo, ni la mezcla de Sampil y desinfectante que echan en los pasillos. No quiero saber de guantes médicos, ni de cobijas de lana. Sáqueme, por favor.

Se desgajaba al verla sufrir.

Ella se acercó a su oído.

—Consígame una pistola, por favor.

—Ya va a pasar —respondió, aturdido por sus palabras.

Estaba en los huesos, pálida. Los dedos de las manos eran ramas secas, mordisqueadas, rugosas. Lo peor era no poder darle consuelo: decirle que sabía cómo se

sentía sin sentirlo, era falso, eran palabras vanas. Él, en su ingenuidad, en su deseo de darle esperanza, muchas veces le dijo *yo sé* o *yo entiendo*, y sus palabras no hacían más que ensanchar la distancia que iba apareciendo entre los dos. Él le apretaba sus dedos delgados y sentía en el frío la necesidad de la enfermedad en su cuerpo. La dosis de morfina había aumentado en los últimos días, pero al parecer no lograba acallar su dolor.

—¿Por qué será que Dios no me lleva de una vez, Toño? No entiendo para qué me quiere viva: tantos vivos que hay en el mundo, ¿de qué le sirve una vieja enferma?

—Para qué no le sirve. No se me achicopale, Carmen.

La canción de un comercial, salida de un televisor, llenó el cuarto.

—Ojalá pudiéramos regresar a la casa.

—¿Al barrio?

—A Refugio. A nuestra casita. Deberíamos irnos de una vez de esta mugre ciudad.

—Mal no nos ha ido.

—¿Cómo no, Toño?, no sea iluso. Acá no tenemos nuestras cosas ni nuestro lugar.

Somos como muebles viejos que la gente ya no sabe si botarlos o quedarse con ellos —hizo una pausa, se acomodó un poco—. A Feliciano le ha tocado cargar con nosotros.

—Lo hace con gusto. Usted es la adoración de ella.

—Pues sí, pero no dejamos de ser una incomodidad.

Hubo una pausa larga.

—¿Cómo estará mi Martín? —preguntó de pronto.

Él no respondió.

—Ya debe tener familia. Se debe haber conseguido una muchacha, por allá en una vereda y se habrá dedicado a tener hijos. Debe ser barbero, como el papá. No vive en Refugio, eso es muy peligroso, sino por allá en los llanos. Tiene una casita, con balcón, del que se descuelgan helechos y flores. Tiene una barbería grande y un empleado. Es el dueño del local. Y debe tener por ahí tres o cuatro hijos, dos niñas y dos niños. Chinos malcriados, locos, de los que se suben a los árboles, se comen cuanto pepa se encuentren y corren de un lado para otro, como él. ¿Se acuerda de esa vez que Martín se cayó de la bicicleta?, ¿que dio un bote? Ay, cabeza dura si tiene mi hijo, ¿no, Antonio? Igualito al papá.

—Más bien a la mamá —dijo él, un poco cansado. Se recostó junto a ella. Le pareció que el televisor los arrullaba.

—Toño, vaya por él —le dijo al oído.

—Eso quisiera.

—Han pasado cuatro años. No me deje morir con la incertidumbre.

Hubo un silencio, y Antonio, cobijado por la modorra de la tarde, se quedó dormido en su abrazo.

Se acomoda la ruana y abre un poco la ventanilla. La carretera se encumbra, y el río la acompaña fiel, a su lado. Una casa de ladrillo y cercas de madera. Una tienda. Una vaca negra con una mancha blanca. Ahora las casas no están dispersas, empiezan a aparecer juntas y en mayor número. Montañas púrpuras surgen más allá del río. El cielo permanece nublado, pero conserva la claridad inquietante del atardecer. A la vera, nuevamente empiezan a aparecer casitas con techo de zinc y paredes de madera. Ojos de poeta enredados entre los

alambres de púas y las estacas que sostienen los alambres, extienden sus flores naranjas y se anudan naturalmente. Buganvillas de color violeta y fucsia danzan sobre su esqueleto de hojas verdes.

Por la ventana ahora se cuele un aire cálido que le sienta muy bien a su rodilla. El aroma a árboles le llega en aluvión.

Al fin, el bus hace su última parada.

—¿Qué pasa? ¿No va a entrar al pueblo?

—No —le responde un hombre de cara redonda de pie junto a él—. El puente tiene unos cables rotos.

El sonido del motor se detiene. Los pasajeros se ponen de pie en un salto, agarran sus corotos, sus equipajes y hacen la fila de salida. Antonio baja entre los primeros. Se acomoda el sombrero y su maletín escolar. De camino, sin darse cuenta, pisa un barrial. El tacón y la suela se quedan casi atrapados. Avanza un poco y busca un palito o una piedra para limpiar su zapato. No puede soportar la idea de llegar sucio. Encuentra una rama, se saca el barro. Leandro se para a su lado.

—¿Listo? —dice el negro mientras prende un cigarrillo.

—¿Sabe qué?—dice Antonio—, ahora sí regáleme un cigarrillo.

Leandro se le acerca.

Perturbado por el paisaje, coge el cigarrillo nervioso. Leandro lo enciende, y Antonio da una calada honda, sonora.

—Así es la vaina —habla casi en secreto—: esta noche nos quedamos en la posada del parque. Mañana por la mañana vamos a San Lázaro. No va a ir a visitar a nadie ni va a

buscar a nadie. Si alguien lo reconoce, fresco, salude y ya, siga su camino. Si nos preguntan a qué vinimos, vinimos a pagar una promesa en San Lázaro: un familiar se nos enfermó allá y le prometimos visitarlo. Se llama Jesús Chivatá.

—¿Por qué me dice eso hasta ahora?

—Porque antes no se pudo —lanza la colilla al suelo.

Otro Leandro se había bajado del bus. Su voz era firme. Quizás al llegar se había movido su memoria, o su instinto.

Adelante del bus hay una serie de camiones. Ancianos y niños bajan los bultos en diablitos de ruedas anchas. Acomodan sus cargas y luego descienden con sus carritos hasta la entrada del puente. Hay, sobre todo, muchas mujeres y niñas que avanzan en romería hacia el otro lado.

El puente colgante une la carretera con la entrada a Refugio. Las cuatro torres de hierro, de unos veinte metros de alto, se notan más oxidadas que como él las recuerda. Los anclajes sostienen largos cables que se alzan tensos desde el suelo, conectan una torre con otra y luego se entierran en los anclajes del otro lado. Nota uno de los cables un poco suelto. Los pretilos, también de metal, tienen las mismas barandas laterales de diseño triangular consecutivo. Del otro lado, un jeep aguarda a que se desocupe la vía.

A lo lejos, después de una colina corta sobre la que la multitud asciende, los campanarios de la iglesia, metidos dentro de unas ventanas color crema, surgen sobre el puente. También se alcanzan a ver los altos robles intactos del parque central. Atrás de la iglesia, los cerros verdes oscuros, profundos, vigilan el paisaje y su llegada. Unas nubes

grises, casi negras, empiezan a cubrir parte de los cerros y vienen deslizándose hacia el pueblo.

Descienden por la cuesta embarrada. Leandro apresura el paso. Antonio ya no se fija en sus zapatos, intenta seguirle el ritmo al negro, quien avanza ahora a una velocidad inusual. Incluso empuja a una muchacha delgada. La gente forma una especie de hilera ancha de descenso hasta el arco de entrada del puente. Dejan atrás a la mujer de la gallina en el costal. Justo al lado del arco de entrada, los camiones exhalan su hedor a gasolina. Dos conductores ancianos, recostados en el espacioso parachoques de un camión de carga, miran el puente y la gente, esperan a que los niños cargadores desocupen todo el embalaje. Los miran con suspicacia.

—Más despacio —solicita Antonio al sentir una presión en la rodilla.

—Ahorita descansamos —dice Leandro, sin siquiera mirarlo.

En el puente, una muchedumbre intenta cruzar. ¿Tanta gente vive? No reconoce a nadie.

Años atrás, ese mismo puente fue arrancado una vez por un derrumbe de piedras y lodo. Pasarela y pretilos se fueron con el agua revuelta, quedaron solo los cables doblados, como ramas de un árbol devastado, colgados de las torres a cada lado. El golpe fue como un trueno desbarrancando la noche. Refugio quedó incomunicado por varias semanas. Cuando el agua bajó de nivel, Antonio pudo cruzar en lancha de un lado a otro. Temerosos todavía de un nuevo golpe de la creciente, los pasantes, dos mujeres y cuatro hombres, se agarraban a los bordes de la lancha rezando en voz alta un avemaría. Los rezos se detuvieron al ver el

cuerpo de un hombre flotar a unos metros de distancia. Todos, incluido Antonio, se persignaron

—Ese debe bajar de El tigre.

—¡Cójalo! —dijo una mujer, la mayor de las dos.

Uno de los hombres se estiró cuanto pudo, pero el cuerpo iba muy lejos. El lanchero, un muchacho, lanzó el remo, alcanzó a golpearle una pierna, pero el cuerpo no se detuvo. La corriente aún era rápida. Después de cruzar y dejar los pasajeros del otro lado, el muchacho se fue con otro lanchero, un hombre mayor que, en una barca angosta, esperaba dar alcance al cadáver. Expectantes, los pasajeros vieron irse a los dos hombres con la corriente. Al rato llegaron a la playita. Subieron la barca hasta la ribera, y, entre varios, bajaron el cuerpo. El pelo venía enmarañado. La camisa de cuadros verdes, aunque sucia, estaba completa. Un pantalón caqui. No tenía zapatos, o si los había tenido, quizás el río se los rapó. Llevaba un tiro de gracia. Esta vez solo la mujer mayor se persignó.

Leandro se codea entre las mujeres, sacando voces de protesta. El río debajo de ellos lleva su rugido hacia oriente. El negro avanza como empujado por un demonio.

Antonio lo agarra del brazo.

—¿Por qué el afán?

—¡Camine, hombre! —se suelta con violencia. Luego mira hacia las colinas.

Llovizna.

El puente es un pasadizo oscuro hasta que el jeep enciende los faroles que encandelillan a la multitud y alumbran las mínimas gotas de agua. Leandro de inmediato baja la cabeza y trata de mezclarse entre la romería. Antonio se abre hacia un lado, se joroba un

poco, tratando de evitar la luz. Mimetizado entre un grupo de ancianos con sus carritos de carga, sobrepasa al auto. El puente termina. Leandro se le ha perdido de vista. La chispa de agua confunde más su visión. Mira a todas partes. No lo encuentra. ¿Qué tal que lo hayan cogido? ¿Dónde está? Oye un chiflido. El negro levanta la mano, más adelante.

Postes de luz amarilla se encienden a lo lejos, en el parque. La noche se ha apoderado del cielo. Las nubes se resisten a desaparecer y traen consigo más agua. No hay ni un hilo de luz de estrellas.

Una cuesta no tan aguda, lodosa, se empina hacia Refugio.

De pie, mojados, aguardan bajo el marco de la puerta. Un perro de color arena les ha ladrado desde que entraron a la casa. Antonio mira el animal, nervioso.

—¡Azafrán, shh! —la dueña de la posada acalla al perro.

El animal se queda, como ellos, a las afueras de la sala, los olfatea.

La dueña, una mujer gruesa, alta, de cara redonda, cabello corto y crespo, les ha dicho que esperen un momento mientras trae su talonario de recibos. Expectante, echa una mirada al lugar, sin descuidar a la espalda al perro flaco que los acecha. Una mujer de cabello ondulado y largo, ajustado con diadema, está al fondo en un sofá de cojines rojos con brazos de madera. Está sentada con las rodillas encogidas, una ruana gris cubre su cuerpo y solo se alcanza a ver su cabeza y las puntas de sus pies cubiertos por unas medias blancas. Mira una telenovela.

En la mesa del comedor, justo a unos pasos de la entrada del salón, una niña se ha quedado mirándolos. Tiene los ojos grandes y oscuros. Lleva el cabello suelto, cortado recto a los lados, y dos centímetros debajo de las orejas. El cabello es muy liso, sedoso. Además del cuaderno donde la chiquilla hace tareas, sobre la mesa se extiende un mantel blanco, quizás tejido a mano, un frutero de madera sin frutas y un jarrón con astromelias.

—Hola —dice Leandro.

Ella sonríe, tímida.

—Responde cuando te saluden —dice la mujer enruanada a la niña.

—Buenas noches —dice la chiquilla con voz apenas audible.

—Buenas —dice Antonio.

—Pasen —dice la mujer, quien se ha puesto en pie ahora y se adelanta hacia el comedor—, no se queden ahí parados. Alicia, córrete para que los señores se sienten—. Su rostro de piel clara, su nariz bien definida, delgada, y sus ojos claros un poco achinados, enajenan a Antonio por un instante. Breves líneas marcadas se pronuncian en sus mejillas. Se frota el ojo derecho, quizás esté cansada. La ruana tapa su cuerpo hasta la mitad de los muslos, viste un pantalón de jean.

Alicia de prisa recoge el cuaderno, el lápiz y se acomoda a la cabecera del comedor. Los observa.

—Estamos emparamados —dice Antonio.

—Espérenme tantico —la mujer sale en la dirección que se ha ido la dueña y, al instante, regresa con unas toallas color aguacate.

Justo al lado de Leandro, hay un chinero de madera de pino con portezuelas de vidrio. Es el chinero de su casa. ¿Cómo es que estas mujeres tienen el chinero? En uno de los compartimentos hay una vajilla blanca de borde dorado, quedan varios platos planos, platos hondos y tres tazas blancas. No, no es su vajilla. Bandejas plásticas de varios tamaños ocupan un lugar a la derecha. En un espacio superior, un juego de cubiertos de plata

organizados anteceden a una bandeja de metal opaca. También tienen unas copas de vino pequeñas y unas copas de champaña. Las copas también se parecen a las suyas.

—¿Desde cuándo tienen ese mueble? —pregunta alterado.

—No sabría decirle. Creo que vino con la casa —dice la muchacha, insegura.

—¿Cómo así?

—Estaba acá antes de que nosotros llegáramos.

Carmen se había dado a la tarea de encontrar un mueble para poner la vajilla recién comprada, la única vajilla fina que tuvieron mientras vivieron juntos. Todavía no entiende por qué le interesaba más que la vajilla estuviera intacta mientras ellos comían en platos desportillados. Decía que si llegaba visita, la comida para los invitados debía servirse en los platos nuevos. Habrán usado la vajilla nueva una o dos veces antes de que las legiones los sacaran. El mueble fue un diseño que ella misma recortó de una revista y le llevó a Saúl para que lo copiara. Al final de cuentas, Saúl Robledo, el niño del machete, se había convertido en carpintero, como su padre. Se había demorado meses en terminarlo, pero al final, Carmen quedó contenta con el trabajo. Él no tanto, le parecía un mueble innecesario y caro. Sin embargo, ahora que lo piensa, no está seguro de si terminó de pagar las cuotas del famoso chinero. Siente pena por Saúl. ¿Estará vivo todavía? Le remuerde la conciencia pensar que Saúl haya muerto sin haberle pagado el mueble por completo.

Siente alivio al frotar la toalla en su rostro. Se borra la sensación fría. Se quita la ruana, empapada, y seca también sus hombros.

—¿Cuántos días se quedan? —la mujer mayor, ha regresado con un cuaderno de hojas cuadriculadas, un talonario y un esfero en la mano.

—Una sola noche —responde Leandro.

—¿Vienen de paso? —pregunta la muchacha. Su mirada intensa, inquisitiva, turba a Antonio.

—Vamos a San Lázaro —Leandro dice de manera brusca, intenta evitar la conversación.

—Entonces les va a tocar apuntarse más de una noche —dice la mujer mayor—. Hay un derrumbe en la carretera y hasta que no lleguen las máquinas de Sogamoso, nada sube por allá.

—¿Cuándo llegarán las máquinas, mi señora? —preocupado, pregunta Leandro.

—Quién sabe. En unos dos o tres días, póngale.

—No diga —dice Antonio.

—Pues aprovechen —dice la mujer joven— y visitan Refugio. Acá hay cosas bien bonitas: la iglesia, el puente colgante, el parque. Incluso el cementerio está bien cuidado.

Se miran.

Lo último que Antonio quisiera hacer sería ir al cementerio.

No saben qué decir.

Registran sus nombres en el cuaderno. Leandro firma como Jesús Chivatá. Antonio no es capaz de inventar un nombre. Paga con desgana. Siente la mirada fría de Leandro contando los billetes que pone en la mano de doña Miriam. Ella le entrega una copia difusa de su recibo.

—Verita, llévelos a la uno.

La joven se adelanta con la llave por el mismo corredor por el que han entrado. Enciende un interruptor y un tubo de luz blanca fluorescente titila, luego se enciende y zumba. No puede evitar mirarla. Su cabello largo, hasta la mitad de la espalda, se ve un poco opaco por la luz, pero de un color castaño claro que llama su atención. Le gusta su forma de caminar. Le encantaría ver un poco más de su cuerpo oculto por el gris de la ruana. Azafrán la sigue despacio, protege a su ama de los dos hombres. De vez en cuando les echa una mirada, los olfatea. Enseguida, una polilla aparece y empieza a hacer la ronda a la luz. Caminan bajo el alero. Las plantas del patio interno, justo al lado del corredor, son rociadas por la llovizna inmutable. Se escucha el descenso de agua por las rendijas de un pequeño desagüe situado en mitad del patio. Las paredes rayadas por las gotas se notan ensombrecidas. Junto a la pared, un par de pensamientos se lavan dentro de sus materas redondas. Pétalos blancos y violetas se han desprendido para adornar el suelo. Algunos pétalos anaranjados han llegado navegando hasta el borde del sifón. Aroma a tierra mojada y a madera de los soportes de la casa, se mezclan con el particular hedor del pelaje del perro.

Vera se adelanta y abre la puerta. Es la primera habitación después del zaguán de entrada. La luz amarilla y dos camas sencillas, una al rincón, la otra al lado de la ventana, ocupan casi toda la habitación. Las divide un nochero de madera con una lámpara pequeña, blanca, un poco sucia. Frente a las dos camas, hay una mesa de madera lijada y una silla con un cojín verde atado a la posadera.

—Ahí hay un baño con toallas, jabón y papel higiénico —ella señala, atrás de la puerta abierta de la habitación, una estrecha portezuela de metal verde por la que apenas cabe una persona.

—Gracias —dice Antonio. Pasa y se sienta en la cama del rincón. Al descargar su cuerpo, se descubre agotado.

Ella observa a Leandro.

—¿Usted no había venido por acá antes?

—Había pasado por el pueblo pero nunca me había quedado acá —la mira de frente, tratando de desviar sus ojos inquisidores.

—Ustedes me parecen conocidos —entrega a Leandro la llave suspendida de un aro de metal, del que también se desprende un círculo de plástico con el número uno escrito.

Antes de que la puerta se cierre, el perro les echa un último vistazo.

En la mañana, un fresco bálsamo a hojas y polvo húmedo recorre las calles. Antonio recuerda un pedazo de un sueño en el que veía a Saúl. Le parece haber soñado con su carpintería y un caballo de madera. Tal vez deberían pasar por la maderera, quizás pueda saludarlo o verlo, si aún vive allí.

Se cruzan con varias personas a las que no reconoce. Mujeres jóvenes y niños, rostros nada familiares. Pensó que se encontraría con algún conocido, pensó en cómo habría de saludarlo: si se dirían algo o simplemente se harían los de la vista gorda. Pero, ¿quién era él para ser recordado?

Leandro mira al grupo con ansiedad.

—¿Por qué no nos vamos por otra calle? —dice sin mirarlo —. Hay como mucha gente por acá.

—Es domingo. Va a haber gente donde sea.

—Entonces quedémonos en la posada —dice, ojeando en varias direcciones.

—Ya salimos, démonos una vuelta —dice Antonio, terco.

Al pasar por el granero, buscó la mirada del viejo Matías, pero no encontró más que la cara de un muchacho peluqueado al ras empacando legumbres en bolsas plásticas. También Antonio, hace muchos años, había empacado por libras fríjoles, lentejas y arroz en bolsas de papel amarillo. Contratado por el viejo Matías, compadre de su papá, ayudaba a descargar los bultos de grano de los camiones y luego los depositaba en barriles hechos de cartón sólido. Los granos susurraban desde el fondo hasta el borde y luego inundaban el local con olor terroso y dulzón. Recuerda al anciano casquivano sentado fuera del granero con su bastón recostado junto a él (a veces, arma de castigo), su tabaco en la boca, desnudando mazorcas y llenando el suelo de ameros para que él viniera luego a barrerlos. Antonio no soportó el mal pago (ni los golpes) y le pidió a su padre dejarlo regresar a la barbería.

El parque.

Una sensación de ingravidez lo golpea. Siente mareo y un rezago de dolor en las tripas. Como una borrasca, el recuerdo de su último día en el parque lo envuelve y lo enfría más. El sonido de los tacones de zapatos, el acento en las voces que flotan en el aire, el susurro de las ramas de los árboles, el aroma a lluvia secándose: todo lo sacude. Se detiene en la mitad del parque, justo al lado de un cerezo sembrado en una jardinera alta. Se quita el sombrero. Hojas caídas en el suelo, esparcidas como ahogadas mariposas. El cielo permanece nublado.

—Jueputa... —dice para sí.

—No se quedé ahí —dice Leandro, unos pasos más adelante. Se acerca a él—. Nos están siguiendo.

Antonio mira a su alrededor. Solo descubre a dos niños, quienes lo miran curiosos. Se acomoda el sombrero e intenta avanzar al paso de Leandro; pero un malestar en la piel, en los huesos, le impide avanzar más rápido. El parque, construido en la falda de la montaña, se sucede en varios niveles. En el centro, escalones no muy altos hechos en baldosa gris azulada, se encumbran desde la calle de entrada al pueblo hasta llegar a la iglesia. En la noche, la visión del pueblo no lo había sobrecogido como ahora. Recordarse acostado en el suelo, rodeado por las legiones, esperando la ráfaga, le causa náuseas.

Al bajar las escalas, siente punzadas en la rodilla izquierda. Cerezos rodeados por jardineras extienden sus sombras sobre las bancas de madera. Unas pocas cerezas silvestres han caído, como gotas de sangre púrpura, y manchan en el suelo. También hay una tarima de cemento cubierta al costado izquierdo de la iglesia, que, al fondo, parece gigantesca. Las puertas de madera gruesa y lacada brillan por la luz fría de la mañana. Las campanas, estáticas en lo alto de la torres, otean el parque y la extraña calma que embarga el pueblo.

El puente, enorme, a lo lejos.

Antonio, en un arranque, se separa del amparo de Leandro y se dirige hacia la esquina del lado este de la iglesia. El negro lo alcanza, lo agarra de un hombro; pero Antonio se le zafa y cruza la calle.

—¡Señor Valbuena! —dice, impotente, Leandro.

Se detiene frente a su antigua casa. Aún conserva la fachada hecha en piedras pequeñas. La puerta está pintada de verde claro. Se acerca. Toca la pared. Tiene un color

zanahoria que le molesta. Solía ser una pared color crema, y las puertas, de azul turquesa. En frente tiene un anuncio. Zapatería Moreno. Antonio toca a la puerta. El sonido de metal resuena en la calle, y Leandro no alcanza a detenerle las manos.

Unos pasos se acercan.

—¿A la orden? —una voz abre y entonces descubre a un hombre mayor, de pie en lo que fue la barbería.

Antonio queda en silencio.

—¿En qué lo puedo ayudar, amigo? —el viejo usa un mandil de cuero negro y gafas grandes de lentes gruesos. Lleva una barba larga y el pelo algo esponjado. Tiene en sus manos un zapato y una lija.

—Disculpe... ¿Acá no era una barbería?

El hombre, extrañado, mira a Antonio.

—No —responde enfático—. Esta zapatería lleva años acá.

—¿Está seguro?

—Sí, señor —dice el viejo, intimidándose un poco—. Yo nací en esta casa y siempre he tenido esta zapatería.

—Pero...

—La única barbería está del otro lado de la iglesia.

Antonio echa una mirada al local, que exhala un fuerte olor a pegante. Se desparrama el sonido de una ranchera. El zapatero tiene varias mesas repletas de herramientas, moldes, cueros, en el centro, donde solían estar las sillas de peluquería. En la pared donde estaban los espejos, ahora se descuelga un almanaque con la fotografía de una mujer semidesnuda. El

piso de baldosa ha sido cubierto por una oscura y larga alfombra echa en vinisol. Las paredes están abarrotadas de estantes en los que descansan zapatos de hombres y de mujeres, de distintos colores. De las paredes claras no se alcanza a ver ni las esquinas. El lugar es un remedo de cubil, una cueva.

—¿Está seguro de que...?

—Sí, señor. Estoy seguro. Ahora, si tiene algún zapato que arreglar, con gusto lo atiendo; si no, disculpe, pero tengo que trabajar.

—Gracias —de pronto dice Leandro—. Vamos al otro lado de la iglesia.

El hombre cierra la puerta. La voz de la ranchera se desvanece.

Atraviesan el parque y entran a la tienda que en su momento pertenecía a Aurora Cuervo, una mujer delgada, de rostro bilioso, que había estudiado con Carmen en la normal. Aurora, alguna vez casada con un policía, quedó viuda cuando hubo un ataque al pueblo. Sus hijos también eran o son policías.

—¿Cómo vamos a hacer? —pregunta Leandro. Antes de sentarse, echa un ojo a las afueras.

—La plata alcanza por ahí para dos días. No vaya a pedir mucho —dice Antonio y se acomoda, ruidoso, en su silla. Al sentarse, siente una punzada en la rodilla.

Dentro, la tienda es un poco oscura. La iluminación proviene de la puerta abierta de par en par. Las mesas de madera son las mismas. Antonio busca a Aurora con la mirada; pero ante sus ojos surge una chica de trece o catorce años, peinada con una trenza.

—¿Está Aurora? —pregunta a la chica que trae los tintos humeantes en sus platos planos.

—Acá no vive ninguna Aurora —la chica temerosa pone las tazas en la mesa. El café se desborda un poco, se acomoda en lo hondo del plato.

La tienda es casi la misma: la vitrina con paquetes de papas y bolsas de pan, dulces de leche y bocadillos de guayaba empacados en pequeñas cajas de madera. Atrás de la vitrina que funge como mostrador, hay un estante con cervezas, gaseosas, aguardiente y dos botellas de brandy. Del lado derecho de la entrada, emerge un fuerte olor a creolina del orinal, apenas tapado con un muro empañetado. Después del muro, una ventanita con rejas y vidrio esmerilado.

—¿No me puede adelantar algo de lo de la silla? —dice Leandro, ojeando la comida.

Antonio mira al negro con rabia.

—No tenemos plata.

—¿Entonces?

—Tal vez podría afeitarse o cortar el pelo.

—Usted es un aparecido acá y para que alguien se deje cortar está difícil.

—De pronto hay alguien conocido, que se acuerde de mí, que...

—No. No hay nadie conocido. Lávese de la cabeza esa idea. Este es *otro* Refugio.

—Tiene que haber alguien.

—No.

Antonio mira la sierra más allá de la iglesia, justo enfrente de la tienda. A un lado el cerro de San Marcos con un pico agudo en el que atravesaron una cruz un viernes santo y allí

se quedó para siempre. El verde oscuro de los árboles se extiende impecable. La Roncadora, la montaña colindante, duerme tendida de medio lado. Su punta rocosa, al extremo sur, simula unas manos, unidas encima de la cabeza de una figura que se asemeja a una mujer durmiente. Hay una leyenda que dice que La Roncadora va a despertar un día y, de un grito, se va a llevar a Refugio con un derrumbe. Hace poco soñó con un derrumbe. Martín y Carmen estaban en el sueño. Todavía la montaña no ha despertado sobre el pueblo; pero los aludes en esta época de lluvia son innumerables. Esta es la época en la que La Roncadora bosteza o se acomoda para seguir durmiendo. ¿Será que Refugio va a terminar tragado por la tierra? Acaso sería mejor que fuera la misma tierra la que se lo comiera y no estas legiones.

Vuelve a notar a los dos niños en la calle. Parecen jugar, pero en realidad están mirando hacia la tienda. Los niños caminan sobre las jardineras, mas no están comprometidos con el juego. Esperan.

—Podríamos irnos a pie —dice Antonio.

—Ahí sí que peor: ¿cuántas horas nos vamos a echar hasta allá?, ¿veinte?

—Pero al menos llegamos.

—Además, ellos andan por ahí. ¿Para qué nos vamos a meter a la boca del lobo?

—Ya estamos en la boca del lobo.

—Sí, pero acá todavía podemos cruzar el puente y devolvernos. Allá no.

Empiezan a caminar por el parque, seguidos por la pareja de niños. Las calles empedradas que rodeaban el parque se han mantenido en varios tramos. Sin embargo, el negro del asfalto ha ido colonizando las demás calles. Pareciera estar listo para, dentro de poco, sepultar el empedrado y anunciar definitivamente el progreso.

—Pues devolvámonos —dice Antonio, al ver el puente vacío.

—No. Tenemos que ir, tenemos que llegar —dice Leandro, mirando a los niños de reojo.

—¿Por qué le importa tanto? —Antonio lo mira.

—Por Martín, por la promesa —Leandro mira el camino.

—No sabía que le importaran las promesas —dice Antonio.

—Esta sí —lo mira y nota sus ojos acuosos. Hay algo en su mirada que no comprende.

—Perdone, no quería...

—Esta sí —dice el negro y se adelanta un poco para no tener que mirarlo.

Con el paso de la mañana, empiezan a aparecer más personas. Doblan las campanas, y una pequeña cantidad de gente, ataviada con ropa dominguera, se encumbra hacia la iglesia. Un hombre mayor pasa acompañado por tres mujeres vestidas de negro. De pronto lo conozco, piensa Antonio. Pero esta vez, desiste de encontrar parecidos.

Frente a la escuela de paredes blancas, a Antonio le parece ver a sus dos hijos vestidos de uniforme, entrando con sus peinados bien puestos, antes de que cierren la puerta. Mis niños, piensa. Una pequeña tienda de abarrotes de entonces, ha sido reemplazada por una miscelánea. Echa una mirada desde la puerta, busca la cara redonda de don Jorge, pero solo encuentra la mirada de una mujer que saca fotocopias mientras suenan las voces de un televisor. ¿Todos se habrán ido? En aquella acera vivían la familia Beltrán, Horacio Salazar, Alfredo Salas, compañero del colegio, y su esposa doña Concepción. En aquella, Eduviges

Córdoba y sus hijos. Hernán López, en aquella casa de portón blanco con detalles rojos, tenía un perro furioso que mordió a un niño en la cara. En esa vivía el tipo, uno bajito de bigote que se estaba quedando calvo, que sabía de plomería, ¿cómo se llamaba?, si lo viera se acordaría del nombre.

La calle desciende un poco, y el dolor le taladra la rodilla. Se detienen en un andén alto. El estanco de Leandro quedaba justo detrás de ellos. El negro sube de un salto el andén, mientras Antonio estira la pierna tratando de aliviar el dolor. Tras la ventana, Leandro busca su antiguo local. Ahora es una casa de familia. Leandro ojea por la ventana una cortina plegada de color marfil. Se pone en puntas para ver si en los intersticios alcanza a ver algo o a alguien.

Antonio, mientras se aprieta la rodilla estirada, se seca el sudor con un pañuelo.

—¿Qué pasó con su familia? —pregunta Antonio, con gesto de dolor.

—Se fueron.

—¿A Calamar?

—No, a otros lados. En Calamar me las podían matar.

—¿Deudas?

—Culpas —dice Leandro y prende otro cigarrillo.

—¿Cuántos años tienen sus hijas ya?

—Natalie debe tener diecinueve; Angie, quince; Liz, trece, y la pequeñita, Stephanie, debe tener doce.

Calla un segundo.

—Natalie como que ya tiene un bebé —dice de pronto. Sonríe—. Soy abuelo.

—¿Están bien?

—Eso espero —da una calada larga—. No sé de ellas hace rato, ¿sí? Antes tenía un amigo que me contaba cómo estaban. Ya no. Ya no tengo amigos.

—¿Y Elsa?

—A Elsa sí me la bajaron —dice Leandro casi en secreto, atragantado de humo.

Menos adolorido, Antonio intenta levantarse.

Leandro, esta vez, le tiende la mano para ayudarlo.

La carretera al cementerio, antes destapada, ahora está pavimentada. Nuevas casas se han construido en las calles del vecindario de los muertos: la mayoría de una sola planta; un par de dos pisos; algunas con los frentes mejor terminados. Antes solo las vacas habitaban esos enormes lotes planos, a veces pantanosos, que circundaban la construcción redonda del cementerio. Unos cuantos eucaliptos se extendían a la vera del camino y después desaparecían para dar paso a una serie de aguacatillos que se iban aumentando y repitiendo hasta conformar un pequeño bosque. Queda un eucalipto solitario insertado en la acera, una imagen de otra época, una deformación de la carretera.

El día que acompañó el cortejo fúnebre del padre de Saúl, buscaba en el suelo los casquitos caídos de eucalipto. Su padre llevaba una de las esquinas del ataúd.

Era un día soleado. Antonio no quería estar allí, quería estar nadando en el río. Su padre lo obligó a acompañar el funeral.

—A un compañero no se le abandona, y menos en épocas difíciles —le dijo, cuando le pidió permiso para ir a nadar.

En el fondo, no quería ver la muerte. Le habría encantado escaparse, no tener que padecer la amargura ni la tristeza que le tocó soportar en el velorio; pero cuando su padre hablaba, no había poder humano que lo hiciera cambiar.

Atrás de él, venía Saúl, gimiendo en escándalo. Un hombre lo sostenía de un brazo, esperando que el chico no escapara o se volviera loco una vez más. En el camino, antes de la entrada del cementerio, encontró dos campanillas de eucalipto y se las echó al bolsillo.

A cierta distancia de la fosa, los aguardaba un grupo de campesinos armados. La procesión entró en una rara confusión. Antes de iniciar la ceremonia religiosa, los campesinos cantaron una canción a viva voz y pusieron una bandera que cubrió toda la madera. Su padre también cantó y dejó a los hombres poner la bandera. Luego dispararon al aire y salieron del cementerio en orden. Entonces el cura, un tanto nervioso, recitó una despedida parca. El féretro descendió. Antonio olió por última vez una de las campanillas y la echó entre la mezcla de tierra seca que descendía a paladas.

Bajo un sol aún tímido, se abre el camino al cementerio. Los dos niños vienen tras ellos, atentos a sus pasos. El frío húmedo permanece, mas el sol va ganando espacio y, en ciertos instantes, se percibe un vaho desprendiéndose de las paredes. Leandro saca un cigarrillo y le ofrece. Antonio fuma y no se atreve a decir palabra. El humo calla.

A la entrada, sin ponerse de acuerdo, los dos se han detenido. Ninguno de los dos da el primer paso para avanzar tras la reja desbarajustada que divide su mundo del de los muertos. ¿Acaso no es estar muerto vagar en su lugar, en su terruño, sin ser conocido ni recordado por los que allí habitan? ¿No son ellos fantasmas que flotan en un mundo de vivos sin darse cuenta de que ya no pertenecen a esa tierra?

Una suave brisa sopla las hojas de un pino romerón, y las hojas susurran algo brumoso.

Leandro aplasta la colilla y luego empuja la reja. El chirrido de las bisagras se dispersa en el aire frío.

—¿Tiene familia acá? —pregunta a Antonio.

—No sé —dice.

El pabellón largo se extiende por apenas unos cien metros. Hacia los lados, sepulturas hacinadas anuncian sus muertos. Antonio avanza en diagonal entre las sepulturas; Leandro se pierde hacia los sepulcros blancos, adornados con flores marchitas por la lluvia. Quizás, piensa Antonio, entre aquellos muertos puede hallar un nombre conocido y así, al menos, encontrar un rastro. Busca la tumba de su suegra entre las placas de una de las esquinas. Está seguro de que estaba en la esquina derecha; pero encuentra el nombre de Alfredo González, amado hijo y esposo. Revisa entonces cada tumba, buscando un nombre, un apellido que lo saque de ese vacío. Encuentra a alguien: Dolores Valbuena. Por más que intenta recordar, en su familia no hubo ninguna Dolores. La placa dice que murió hace cinco años.

De pronto, una corta procesión de mujeres vestidas de negro sale por uno de los pabellones. Una de ellas llora. Las siguen una gran cantidad de niños de rostro amargo.

Antonio se quita el sombrero.

—¿Sí se dio cuenta de cuánto tiempo llevan los enterrados? —aparece Leandro algo turbado.

Tres años, cuatro años, cinco años, dos años, dos años, cuatro años..., encuentra a una mujer que murió hace seis.

—No hay nadie que esté enterrado hace más de seis años —dice Leandro, sacando otro cigarrillo.

—Pero si acá había un montón de muertos de antes.

—Espantaron hasta a los muertos.

Vera y Alicia atraviesan el parque a paso recio. Llevan dos cajas en los brazos. Vera tiene el pelo recogido en una cola de caballo. Viste jeans y un saco de lana gruesa de color azul rey que oculta las formas de su busto. Sus mejillas ruborizadas contrastan con la blancura del resto de su rostro, de piel tersa. Anda a paso ligero. Alicia, a su lado, lleva el cabello adornado con varias hebillas amarillas, aprieta una caja pequeña que guarda varios libros. Azafrán se les une, no sin antes ladrar a Leandro, quien los sombrea a cierta distancia.

—¿Les ayudo? —pregunta Antonio al alcanzarlas.

—No, gracias —responde Alicia.

—¿De trasteo?

—No, cosas que llevo al trabajo —Vera se sonroja un poco.

—¿A dónde?

—A la biblioteca.

—¿Ya no queda al lado de la Alcaldía? —pregunta Antonio, sin pensar.

—No —responde. Inquieta, lo mira—. ¿Cómo sabía que ahí quedaba?

—¿No quedan siempre al lado de la Alcaldía? —trata de arreglar el traspiés. Leandro lo mira, inquieto.

—No siempre —dice ella.

Una motocicleta con dos hombres pasa frente a ellos. Los hombres los miran.

—Esa biblioteca se cerró hace rato —continúa ella sin notar el gesto de temor que Antonio trae en la cara—. Los libros se estaban pudriendo en cajas. Menos mal que se rescataron antes de que los ratones hicieran nido entre ellos.

Después de la llegada de las legiones, seguramente la biblioteca habría cerrado.

Antonio se duele.

—¿Se cayó? —pregunta, señalando su pierna.

—No, señorita —se mira, tratando de descifrar el dolor—. El tiempo no pasa en vano.

—¡Pero si usted no es viejo! —dice con desparpajo.

—Más que antes, sí, señorita —dice él, encantado.

—No me diga señorita. Dígame Vera o Verita, como todos.

—Bueno, Vera o Verita.

Ríe. Sus dientes son largos, grandes.

Entran a una edificación de ladrillo construida donde antes había una casa hecha de bahareque. Se trata de una sola planta extendida sobre un amplio terreno. En el patio rectangular, hay un sietecuecos sembrado en el centro de una grama, una grieta verde en medio del ladrillo. El pasto humedecido por la lluvia de la noche reverbera el espacio. Unas cuantas gotas vibran todavía sobre las hojas del árbol. Bulbos pacientes, de los que saldrán, quizás, cartuchos blancos, esperan el día que les toque florecer. El corredor de ladrillo sigue

la forma rectangular del patio. El naranja de las paredes es interrumpido por unas cuantas puertas y un mural con colores llamativos.

Vera deja la caja en el piso y abre una puerta de metal doble. La luz plateada de la mañana atraviesa las ventanas opacas del fondo del salón. Unas cuantas partículas de inmediato se arremolinan sopladadas por las puertas.

—Ahí perdonarán el desorden —dice.

El salón largo y alto que se abre ante ellos, está repleto de infinitos montones de libros apilados en el suelo. Vera pasa entre las pilas casi sin mirar, acostumbrada a pasear entre ellas, y deja su caja en un escritorio; éste también con tres montones de libros grandes. Alicia avanza como un gato, evitando cada escollo, y descarga su caja en una silla junto al escritorio de Vera. Cajas de cartón, dobladas y desdobladas, se acumulan en una de las esquinas. Huellas de pies embarrados se deslizan desde la entrada hasta el pequeño escritorio. El olor a cartón, tierra y libros guardados le congestiona la nariz.

—¿No tienen celador? —Leandro se sorprende.

—Esto no es como Bogotá. Acá no habría cómo pagarle.

—¿Y no les robarán los libros?

—Pues, si se los roban, ojalá que al menos los lean.

Como ave de caza, Leandro se dirige hacia los montones con ojos ávidos. Azafrán ladra, y el eco resuena en todo el salón.

—¡Tantos libros! —Leandro queda anonadado.

—Ojalá hubiera más —dice ella—. Aunque más desorden habría.

—Y acá, ¿qué pasó? —pregunta Antonio, sonándose.

—Este local estaba lleno de chécheres, don Antonio, basura a más no poder. Tocó pelearlo porque querían dejarlo de depósito de la Alcaldía. Pero se ganó, a pulso, para instalar la biblioteca —habla con orgullo—. Hace poquitico nos trasteamos. Por eso el reguero.

—Felicitaciones —dice Antonio.

—Gracias. Ahora viene la parte difícil: organizar todo esto. Hay tantas cosas —suspira. Antonio mira sus labios cerrados—. Enciclopedias, novelas, libros de ciencias, libros de niños... Falta catalogar: ahí sí se pone Cristo a padecer, y el diablo a pasar trabajos. Además, falta armar los libreros que llegaron el viernes —señala una serie de tablas recostadas contra la pared.

—¿Y quiénes están encargados?

—¿Quiénes? ¡Ja! Yo y yo. A veces la niña ayuda, cuando no tiene colegio. También, de vez en cuando, se pasa Aristides, nos deja a sus muchachos para que colaboren y nos echa una mano.

—¿Aristides? —pregunta Leandro.

—Un amigo —ella se intimida.

Parece no afectarles el caos. Incluso se ven tranquilos: Alicia lee, sentada en una silla plástica; Leandro ya lleva un cerro de libros acumulado en su brazo izquierdo: revisa con mirada agitada cada montón y selecciona quién sabe qué autores; Vera simplemente empieza a sacar tijeras, cinta y marcadores de la caja y tararea una tonada, y hasta Azafrán se ha acomodado en una de las cajas. Él, en cambio, se siente irritado por el desorden.

La biblioteca vieja, aunque era un cuchitril, un espacio donde cabían dos o tres mesitas y unos cuantos estantes, siempre estaba organizada y limpia. La sala estaba dividida por una baranda de madera de un metro de altura que separaba las mesitas de las estanterías. Desde su lugar, Luzmila, bibliotecaria todopoderosa, mujer delgada de cabello castaño rojizo, pasaba los libros a los jóvenes, niños y unos cuantos adultos que venían a visitarla. Ella siempre sabía dónde encontrar los libros, era la única autorizada para pasarlos y prestarlos. Vigilaba con disciplina militar a los niños e, incluso, no temía pegar gritos marciales cuando una voz se levantaba sobre el silencio sepulcral. Daba un poco de miedo.

—Don Antonio, en vez de estar echando globos, ¿me alcanza ese montón de libros, por favor? —dice Vera sonriendo.

Se ha puesto unos lentes de marco rojo y está sentada tras el escritorio. Se ha quitado el saco azul y ahora exhibe una camiseta que dice “Cartagena”. Corta pequeños pedazos de papel que ya vienen marcados con ciertos números y letras. Antonio deja un montón de libros en sus manos.

—¿Eso nomás? Usted se ve más musculoso. ¡Hágale pues, tráigase otros! —dice con humor.

—¿Me va a poner a pasear de acá para allá?

—O si quiere, acá hay un montón de papelitos por cortar, pero no creo que le guste.

—Eso me sale más fácil

Antonio sonríe. Se sienta a su lado y corta con rapidez varios papeles.

—Es como bueno con las tijeras, ¿no? —dice y sonríe.

—Más o menos.

Antonio sacude a su lado uno de los montones. Son libros viejos. Deben ser los mismos de la época de Luzmila. ¿Será que todavía existe la enciclopedia vieja de la que Martín sacó los dibujos?

—¡Llegó la hora de reinventar este pueblo *malpeinado*! —dijo Martín cuando llegó a la barbería.

Traía un tomo de una enciclopedia ilustrada con fotografías a color, sacado, por supuesto, a escondidas de Luzmila, porque los libros no se prestaban a domicilio bajo ningún pretexto. Lo dejó encima de la mesa que les servía de escritorio, puso un manojo de hojas blancas al lado y empezó a copiar rostros de personajes. Sentado a la mesa, copiaba con paciencia rasgos y detalles de cada peinado. Recuerda su mano tensa, el sonido del lápiz rayando, el pasar de las hojas. ¿Calcó algunos? Tal vez.

Era una tarde bochornosa, rara para Refugio. Una y otra vez escuchó un papel arrugándose en su mano, una maldición y una bola lanzada a la caneca. Se secaba el sudor con un pañuelo. Antonio, entre tanto, rasuró a varios hombres. Lo miraba de reojo, curioso.

—Jacqueline Kennedy —dijo más tarde.

Ya estaban solos cuando le pasó la primera hoja. Antonio vio el peinado y le pareció que los trazos eran buenos.

—Salvador Dalí.

Otra hoja.

—Yuri Gagarin.

Otro.

—Miguel de Cervantes.

El escritor le causó un poco de lástima.

Esperaba su aprobación.

—No estoy seguro —dijo Antonio— de que a alguien le gusten estos peinados.

—Debe haber alguien. Seguro que si mostramos uno de estos peinados, nos van a pedir que les cortemos el pelo así. Le propongo que dibujemos varias caras de los famosos y las ponemos en las paredes, como una galería, y que la gente venga, mire y escoja su peinado. Quitamos esos afiches viejos de modelos y ponemos nuestra galería de famosos. ¿Qué le parece? Y si alguien escoge uno de esos peinados, entonces vendrán otros con ganas de cambiar y, de inmediato, Refugio se convertirá en un pueblo de gente bien peinada. Incluso, podemos designar un día para peinar y cortar el pelo a las mujeres que quieran transformar su corte pueblerino en un elegante tocado hollywoodense. Nos vamos a sofisticar, papá —dijo, entusiasmado.

—Acá la gente es común y silvestre —dijo Antonio, escéptico.

—Eso es lo que les han hecho creer —rapó las hojas de las manos de Antonio—, que no son sino pueblerinos, que no son especiales; pero si nosotros les hacemos cambiar lo que piensan, papá, con un solo peinado, la gente se sentiría importante, ¿no le parece?

Tenía los ojos exaltados, rebosantes.

—No creo. Acá la gente no es especial —lo desalentó.

Molesto, Martín hizo un mohín.

—¿Por qué nunca cambia, papá? —dijo de pronto.

—¿Qué?

Estaba furioso.

—Usted ni se arriesga ni se compromete ni nada.

—¿Cómo así? —también Antonio se iba enojando.

—La gente quiere cambiar, y usted no ayuda a que la gente cambie, se la pasa pegado a esta peluquería como si fuera lo único que hubiera en el mundo.

—¿Qué hago entonces? Dígame, ¿qué hago para mantenerlos? Esto es lo único que sé, carajo.

—Trabajemos para las legiones.

Sus palabras le sonaron como un disparo.

—Ellos siempre tienen qué ofrecer —continuó—. Hagamos plata, salgamos de esta mugre peluquería.

Lo miro, retándolo.

—No —dijo Antonio.

—Papá, hay que pegársele al árbol que más sombra dé.

—¿Lo ha buscado esa gente? Martín, no se...

—Ya, ya, papá —hizo un gesto irritante.

—Con esa gente ni a la esquina, Martín. Así nos toque cortar el pelo empelotos, o tengamos las sillas hechas pedazos, no vamos a trabajar con ellos. Y ahí donde usted se esté metiendo con esa gente...

—¡Ya estoy grandecito! ¡No me friegue!

—Solo le digo: los negocios con esa gente siempre son pérdidas.

—Ah... ¡Quédese con su peluquería!

Envalentonado, salió a la calle. Tenía estrujado su manojito de papeles.

El bochorno todavía quemaba el aire.

Esa enciclopedia debe estar en una de esas torres. Tiene una carátula negra y letras blancas redondas. Es un libro grande, no tan grueso. Ojea por encima una pila buscando una seña de aquél. Mas, hay tantos libros, cajas desocupadas, polvo, el ruido de una gotera cayendo en una palangana al fondo del salón, que no es capaz ni siquiera de diferenciar los libros grandes de los pequeños.

—¿No toca poner una baranda para separar los estantes de las mesas? —dice, mientras corta con habilidad los papelitos.

—¿Una baranda? No, don Antonio —dice ella risueña—. Eso ya no se usa. Ahora se ponen las estanterías ahí para que la gente llegue y coja el libro que necesite.

—¿En serio?

—Sí, ahora se usa que la gente llegue y escoja el libro que quiera.

—Los tiempos cambian —dice Antonio y la mira. Podría pasarse toda la tarde viéndola.

—¿Qué? —dice ella al descubrirlo.

—Nada... ¿A qué más la ayudamos? —dice en un arranque.

—No, qué pena. Ustedes vienen de paso y...

—Mire, mejor nos ponemos a hacer algo; si no, vamos a terminar como tigres enjaulados, dando vueltas de un lado para otro. Al menos, mientras destapan la vía —dice Antonio, ya sacándose la ruana y el sombrero.

—¿De verdad? —ella duda.

Antonio se ha quitado el saco y arremangado la camisa. Sopla una portada, y el polvo se desvanece en el aire.

—¿Me toca leer los libros acá? —grita Leandro desde un extremo del salón.

—Si quiere se los presto para que los lea fuera —responde ella.

—¡¿Prestan libros?! —responde el negro con un gesto alegre que hace años no le veía.

Sin mucha experiencia, Antonio ha fallado ajustando los clavos que empalman las tablas de los libreros. Leandro, en cambio, parece tener idea del asunto y ha colocado las tablas con naturalidad. Se nota hábil. El pelo crespo le ha crecido. La barba incipiente, una mezcla de pequeñas púas blancas y marrones, transforma su rostro en un perfil salvaje, un poco sucio. Antonio nota en su mano, entre el dedo anular y el corazón, varios mezuquinos.

Leandro de pronto suspende la labor a medias. Rápidamente, camina hasta el fondo y se oculta tras una pequeña puerta que conduce a un almacén. El perro sale disparado tras él.

Suenan unos cuantos pasos. Los niños espías entran a la biblioteca seguidos por un hombre alto, flaco de sombrero blanco.

—Buenas —dice el hombre.

—Quiubo —responde Vera con voz dulzona. Lo saluda con un beso en la mejilla.

Algo desconcertado, Antonio se ha quedado sosteniendo el librero lacado.

El hombre alto se acerca seguido por los dos niños. En línea recta, encabezada por el hombre, el trío serpentea entre las pilas. Ni siquiera miran los libros, vienen a él. Los dos niños apenas le llegan a la cintura. Tienen el pelo muy corto, casi al ras. El sombrero de ala

ancha del hombre, lo hace pensar en un cowboy; pero el saco de lana café y de rombos magenta que viste, desfigura su primera imagen. Es un cowboy de rombos.

—Aristides Ávila.

—Antonio Valbuena —extiende su mano derecha, sin dejar de sostener el mueble con la izquierda.

Un hálito denso a perfume varonil se desprende de él.

Los dos niños revisan las torres de libros. Alicia, todavía aislada, los mira.

—¿Y su amigo? —Aristides se quita el sombrero. El pelo aplastado, peinado por la mitad, está empezado a encanecer. Hay algunos puntos donde todavía tiene muestras de pelo oscuro. No parece un hombre mayor, más bien se ha cargado de canas prematuras.

—¿Qué amigo?

—Su amigo —da vueltas con la mirada por el lugar. Observa la pequeña puerta, pareciese que un rayo saliera de sus ojos.

—Debe estar por ahí —nervioso, Antonio aprieta el librero.

—Ya —el hombre se arregla con los dedos el pelo aplastado—. ¿Entonces me le están ayudando a Verita?

—Mientras despejan la vía.

—Ojalá la despejen —dice el hombre con rudeza. Luego añade —: Solo para que esta mujer no los tenga esclavizados acá —suelta una risa ahogada.

—Don Antonio se ofreció a ayudarme. Usted sabe que con esta biblioteca así, no puedo negarme a voluntarios —dice Vera, acercándose a ellos.

—Me hubiera esperado, Verita. Usted sabe que yo siempre le guardo un pedacito de tiempo a usted —zalamero, la abraza.

—Ya sé. Pero mientras usted me regala tiempo, acá toca seguir avanzando —dice ella, sin quitarse el brazo de él.

—Buena suerte que apareció el señor, ¿cómo me dijo que se apellidaba?

—Valbuena.

—Valbuena —repite Aristides, mientras se acomoda el sombrero—. Se me hace que hace años vivió acá alguien con ese apellido. Ya debe haber fallecido.

Antonio no ha soltado el mueble de su mano izquierda. El hombre se dirige hacia la puerta y le susurra algo a Vera. Aristides debe tener la edad de Martín, quizás es más joven que él. Puede ser, ahora que lo piensa, uno de esos jóvenes a los que Martín les cortó el pelo. De esos que bajaban los sábados.

El sábado era día de mercado. La gente venía desde las veredas vecinas a vender la cosecha de verduras, legumbres, frutas. Las ponían en un trapo ancho, en el parque, y negociaban con los compradores, que también venían de todas partes. Propios y extraños se movían en olas encaprichadas buscando en cada puesto el mejor producto al mejor precio. Un remolino de voces, de color, de olores, transformaba el parque silencioso en un festín abotagado de vida.

Para la barbería era también un día sin tregua: se cortaba y rasuraba a cuanto campesino llegara. Martín se encargaba de los jóvenes y los niños. Él, de los adultos y los ancianos.

Aristides pudo ser uno de esos muchachos a los que de inmediato se les cubría con la capa plástica de Marilyn Monroe, hecha y arreglada por Carmen por solicitud de Martín, para que quedara como una capa igual a las de franela que Antonio usaba. Apenas los jóvenes se sentaban, y Martín ponía la figura de la mujer en su pecho, había una sonrisa o un chiste. Y si el cliente estaba contento, decía Martín, al peluquero le salía mejor el corte. A los niños, por su parte, les había conseguido una capa azul con soles y planetas. Tenía, inclusive, tijeras de colores llamativos para cortar el pelo. Martín no era un peluquero común, como él, que siempre se ciñe a las reglas y sigue la vida en línea recta, era un artista. Quizás ni siquiera tenía vena de peluquero, sino de pintor. Acaso, piensa Antonio, le negó la posibilidad de ser otra cosa, obligándolo a cortar pelo en vez de pintar paisajes o gente.

Sin embargo, cuando las legiones empezaron a infestar las veredas y el pueblo, la gente dejó de llegar. Los mercados de los sábados eran famélicos, y lo poco que se conseguía era muy costoso. Los campesinos prefirieron quedarse en sus montañas. Fue entonces, cuando a Martín se le ocurrió meterse al monte a peluquear a domicilio. No se puede ser más terco. Ahí se vino el torbellino devorador, soplado por las legiones, que se tragó a Martín, y nos escupió a todos.

—Hasta pronto, don Valbuena —dice Aristides desde la puerta. Se pone el sombrero, y los dos niños se van tras él, después de lanzar una mirada agreste a Alicia.

Después de verlos alejarse un trayecto sobre la calle, opacada por la luz del mediodía, deja el mueble recostado. Abre el almacén. Leandro se encuentra atrás de unas cajas vacías, parapetado tras un bulto atascado de papeles y cartulinas. Sostiene al perro entre sus brazos. El animal, dócil, aguarda en silencio.

Flamea un zumbido en la sala. Luego se enciende el televisor. Antonio y Leandro, sentados en sillas del comedor esperan la imagen. Las noticias de la noche: un nuevo atentado, otro político corrupto, otra vía se desgajó sobre la carretera, otra masacre. La noche serena deja aterrizar una brizna helada que se cuela por la puerta cerrada del patio. El perro amarillo se ha instalado a los pies de Leandro.

—Encontré un carro que nos lleva por setenta y cinco cada uno —dice Leandro, en voz baja, mientras acaricia las orejas del animal.

—Esperemos.

—¿Qué vamos a esperar?, ¿a que vengan por nosotros?

Vera ha entrado a la sala sin que ellos se den cuenta. Los observa. Extiende unos individuales plásticos para servir la cena.

Los dos callan de repente.

—¿Qué pasó?, ¿estaban hablando de mí? —pregunta ella, divertida con la actitud de los hombres.

Leandro se pone en pie.

—Doña Vera, tenemos un problema: ya se nos acabó la plata —dice Leandro con voz carrasposa, aventándose.

—No, no es que no tengamos, solo que no contábamos con el derrumbe —repite Antonio, molesto.

—¿Sí tienen cómo pagar el hospedaje? —los observa con detenimiento.

Antonio, al sentirse como un muchacho a punto de ser reprendido, responde:

—Un día nomás —dice, avergonzado—. No se preocupe, cuando sea el momento, nos vamos.

—¿A dormir al parque, o en las escaleras de la iglesia? —dice ella, irónica.

—No tiene por qué burlarse —Antonio se ofende. Siente cómo se le suben los colores al rostro. Leandro y ella se han quedado observándolo, extrañados. Solo escucha la voz de un periodista presentando una protesta.

Ella acomoda los cubiertos y se va a la cocina. Después de un momento, se oyen dos voces discutir. Luego regresa con servilletas.

—Lo único que podemos hacer es que ustedes trabajen en la armada de la biblioteca. Acá les damos una comida y dormida; pero mientras el derrumbe. —Baja la voz—: Tienen que cumplir porque a mi mamá no le gusta mucho la idea de que estén acá sin pagar. No me vayan a hacer quedar mal.

—Dios se lo pague —dice Leandro con gesto mendicante.

—Gracias —dice Antonio casi en un quejido.

Ella lo mira y se sonríe. ¿Se siente bien haciéndolo enojar? ¿Le satisfizo hacerlo tragarse el orgullo? Incómodo, intenta salir de la sala, pero ya se acerca doña Miriam con rostro inexpresivo y la cena en las manos.

El arroz, preparado en estufa de carbón, le sabe a dicha.

—Lo que sí les voy a pedir encarecidamente —de pronto dice doña Miriam— es que no se vayan a robar nada.

—¡Mamá! —dice Vera, ahora desde la sala.

—No, en serio —dice la doña mientras Leandro pasa saliva y Antonio va perdiendo el gusto por la comida—. Vean, es que la otra vez, vinieron unos señores a los que les pasó algo parecido. Uno confía en la gente, la gente casi siempre es buena, pero esos eran tres muchachos, así, jóvenes, con buenas caras, como ustedes, y se quedaron una o dos noches. Se largaron sin pagar y además se robaron el radio de la pieza. Esa es gente que no quiere al prójimo, que solo piensan en ellos mismos. Es que, no es por ofenderlos, pero los ladrones casi siempre son de fuera del pueblo, nunca es gente de acá. Los de acá nos conocemos, no nos hacemos daño. La gente de fuera, en cambio, siempre trae sus mañas.

—¡Mamá, por Dios, déjelos comer!

—Miren a Verita, un tipo, un muchachito de esos que vienen a visitar y...

—No hable de eso, mamá, se lo ruego.

—En fin, me le hicieron el daño —le echa un vistazo a Vera que continúa viendo las noticias, ahora con furiosa mirada—. Yo no digo que mi nietecita no sea una bendición, sin esa niña esta casona sería fría, una nevera, y pálida, porque esa niña como que llena de color esta casa. Los niños son como candela, como leña ardiendo que calienta las casas, ¿cierto?

Pero, para serles sincera, lo que sí me preocupa es que ella me crezca acá, con esa serie de vagos que llegan a quedarse. No lo digo por ustedes, ustedes parecen gente buena, solo Dios sabe lo que la gente lleva en el corazón, sino porque en esta posada se ha quedado mucha gente y hemos tenido experiencias de todo tipo, buenas y malas —hace una pausa—. ¿Ustedes son evangélicos o de alguna religión?

—Católico —responde Antonio poco convencido.

Leandro no responde. Corta en pedazos pequeños la carne guisada.

—Bueno, usted al menos tiene esa preocupación. Yo no le digo a la gente que vaya todos los días a la iglesia, aunque sí deberíamos ir todos los días; pero les pido que piensen en Dios, en que Dios está en todo lo que uno hace, y si ustedes nos quieren robar, seguro es Dios el que los va a castigar, aunque yo sé, según sus palabras, si son verdaderos católicos, no nos van a dañar. De todas formas tenemos acá a Azafrán que, mal que bien, nos cuida y nos acompaña. Eso sí, como todos los perros deja su cagadero por todo el patio...

—¡Mamá! —dice Vera, avergonzada. Ha dejado de ver el televisor.

—Mija, si es verdad: al perro hay que recogerle la caca siempre.

Antonio mira, turbado, su comida.

—Porque hombres que nos cuiden, hace rato que no tenemos. Pues sí, está Aristides, que mal que bien viene y nos visita, se porta bien con Vera y con la niña, e incluso, cuando puede, manda a los visitantes a que se queden acá en la posada, menos mal; pero no tenemos a un hombre acá, alguien que ponga la mano dura.

—Ni falta que hiciera —dice Vera desde la sala.

—¡Claro que hace falta! ¿Usted cree que es lo mismo si uno está sola que con un hombre? No, no señora. Acuérdesse de cuando usted era pequeña, por allá en la finca, antes de que nos trasteáramos para acá. La casa llena de hombres era otra cosa. Vivíamos por allá loma arriba, yendo pa'l cerro de la Loba, ¿sí conocen? Esa tierra es linda, generosa. Teníamos unas ovejas, un ganado y unos cultivos de fríjol, habas, alverjas, maracuyá; y en la parte baja se daba chirimoya, café, incluso había unas matas de plátano. Teníamos lo que fuera. En ese entonces, Ismael, mi marido, Ricardo y Néstor, mis hijos, vivían con nosotros. Ismael falleció hace tres años, y Néstor... no se sabe, pero creo que también mi Dios ya lo tiene en su gloria —se persigna—, porque hace rato no sabemos de él. Tenía como quince años cuando se fue con las legiones, muchacho de impulso, como el papá. En cambio Ricardito, el menor, no era de mal genio; pero tenía un grave defecto: era muy picaflor, y dejó preñada a una muchacha que no debía y... Dios santo se lo llevó —se persigna otra vez—. Ahí fue cuando mi esposo bajó la cabeza y les entregó la finca a las legiones, porque necesitaban poner sus matas, ustedes saben, las matas esas de las que ellos viven. Pobre de Ismael. Entregarles la tierra lo fue consumiéndolo por dentro. Les ayudaba, cómo no iba a ayudarlos, si no los ayudaba terminaba como Ricardito —se calla un instante—. Hasta que se nos fue y nos quedamos sin hombres en esta casa. Nos quedamos como hojarasca sin árbol.

Tal vez Martín rasuró a esos jóvenes, tal vez él mismo rasuró al padre de Vera.

—No exagere, mamá. Hemos sobrevivido, ¿no? —dice Vera molesta.

—Ismael todavía estaba vivo cuando nos tocó bajarnos para acá —continúa doña Miriam, sin prestar mínima atención a Vera—. En esta pensión en la que no vivía nadie... Aunque acá sí vivía gente. Yo me acuerdo de haber visto gente salir de acá. ¿La señora era

misia Porras? —Sí, piensa Antonio, Adela de Porras. Adela era ahijada de su papá. La conocía desde que era una niña. ¿Habrá muerto?—. Pero cuando llegamos ya no había misia Porras ni nadie y, ¿saben qué?, nosotros no éramos los únicos que llegábamos: venían de las lomas otras gentes, de otras veredas, de otras fincas llegaban personas, y todos se iban metiendo en las casas desocupadas que nos habían asignado, porque eso sí, a cada familia se nos asignó una casa. Por Dios que las casas parecían hogares de fantasmas recién idos: las cosas estaban como si las acabaran de dejar así. Las ollas puestas en las estufas, las camas destendidas, las neveras conectadas zumbando. Ese televisor que está ahí, cuando llegamos, estaba prendido. Los armarios estaban abiertos con ropa colgada de los ganchos, como si la gente que se hubiera ido fuera a regresar... Era como si un chiflón de viento se hubiera llevado a toda la gente. Las cosas, a pesar de la ventolera, se habían quedado, como si este fuera el pueblo de las cosas y no de la gente.

—¿Y qué hicieron con las cosas que quedaban? —pregunta Antonio.

—Unas las dejaron: las camas y los armarios que tenemos en las piezas son los mismos que tenía la señora Porras. Ese mueble —señala su chinero— nos lo trajo Aristides. Otras cosas se las llevaron o las regalaron. Los vecinos decían que en esa ropa todavía había olores de gente, y como no se sabía si estaban vivos o muertos, pues era mejor botar toda la chiramenta. Además, qué miedo que un día volvieran a sacarnos. Imagínese: yo acostada en la cama de misia Porras y ella de pronto viniera a acostarse, a buscar su ropa, a comerse el arrocito que había dejado en la olla. Qué miedo. ¿Sabe de qué me acuerdo? Incluso botamos comida, santo Dios bendito, porque la comida era de los ausentes, y no nos íbamos a comer la cena de ellos por puro respeto. Que Dios me perdone: tanta gente pasando hambre y uno

botando comida, ¿se imaginan? Pero los muebles, las estufas, las neveras, eso sí se quedó. Nadie puede darse el lujo de botar una nevera. Incluso los platos, las ollas, los cubiertos que ustedes están usando son de la gente que vivía aquí antes.

Antonio observa el tenedor con comida que está a punto de llevarse a la boca.

¿Quién tendrá las sillas de la barbería? Seguramente, el nuevo barbero. O las habrán llevado a otra ciudad. Aunque no eran fáciles de cargar. No es que fueran sillas finas; incluso tenían abolladuras, y uno de los cojines estaba roto; pero eran sus sillas: la silla heredada de su padre, la que había comprado él y la que había conseguido con la ayuda de Martín. No es que quisiera volver a tenerlas, solo le gustaría ver sus tres sillas, su historia.

Leandro ha sacado cigarrillos para los dos. El humo hace sus dibujos, se sube a un cielo despejado. Unas cuantas estrellas manchan la negrura de la noche. Leandro se sienta en el pequeño escalón que se forma entre el patio y el corredor, se recuesta en una de las columnas de madera que sostiene el pasillo del segundo piso. El perro se ha acomodado junto a él. Del bolsillo, el negro saca una bolsa con pedazos de pan y le va dando al animal en la boca. Antonio intenta sentarse, pero el dolor de la rodilla parece haberse liberado por el frío, y no es capaz de doblarse. Se queda de pie, mira una enredadera encaramarse en la pared.

Ha reencontrado gusto en el sabor del tabaco. Incluso ha redescubierto esa sensación de los primeros cigarrillos fumados hace más de cuarenta años, siendo casi un niño, fumando con Álvaro, su hermano, en el patio de atrás de la casa. Recuerda la sensación vertiginosa del primer cigarrillo, el malestar, el placer. Álvaro, en cambio, con un poco más

de experiencia, tenía su atado de cigarrillos *Royal*, robados a su padre, y fumaba con clase; no como él, que ni siquiera sabía cómo sostenerlos o cómo pasar el humo. Cójalo como si estuviera cogiendo el pezón de una mujer, decía su hermano, mientras hacía el gesto con el pulgar y el índice de tener la pequeña carnosidad en sus dedos, y después meterla a la boca. Pero al ver la torpeza de Antonio, le dijo: cójalo, entonces, entre el índice y el corazón, como cuando se agarra una tira de cabello para cortar. Esa le quedaba más fácil: si algo había aprendido era a agarrar bien una tira de cabello para ser cortado. Había visto a su padre rasurar y cortar pelo desde que tenía memoria.

Unos pasos cortos se acercan. El perro bate la cola, sin dejar de mirar la bolsa de pan que Leandro lleva consigo.

—Disculpen a mi mamá. A veces no sabe callarse —una bolsa en los ojos opaca su rostro.

—La gente que no dice las cosas se va llenando de rabias, ¿cierto, señor Valbuena? —dice Leandro, acariciando al perro en la cabeza.

Antonio asiente.

—En el fondo es una buena persona —dice ella, quizás avergonzada—. Que pasen buena noche.

—Buena noche —Antonio se saca el sombrero y hace un gesto anticuado con la cabeza. Leandro la mira marcharse.

—Espere —Antonio le dice antes de que suba.

—¿Dígame? —responde ella, tratando de sacar una sonrisa.

—Quiero agradecerle por hablar con su mamá y ayudarnos —Antonio se siente tímido. Le sudan las manos.

—No agradezca tanto. Más bien, lleguen temprano mañana a la biblioteca y trabajen.

Los escalones de madera gimen tras su paso.

—Está como buena la chiquita, ¿no? —le dice Leandro con mirada taimada, apenas se acerca.

—No se pase. Ella ha sido muy amable con nosotros.

—*Es* buena y *está* buena —dice Leandro, malicioso—. Con una mamá así, para qué juguetes.

Antonio se incomoda.

—Respétela, hombre —le reprocha al negro.

Leandro se queda observándolo.

—Esa muchacha ya tiene dueño, señor Valbuena.

—Ya sé —repone Antonio.

—El dueño anda cuidándola, vigilándola. No se meta en ese lío. Mire que no hay peor cosa para uno de esos tipos que una traición.

—Usted qué sabe.

—Yo sé —se acerca a él. Luego le susurra—: La mujer del jefe no se mira ni se huele y mucho menos se toca —acaricia al perro y luego le vuelve a susurrar—. Yo vi cómo le pegaban su tiro en la cabeza a dos o tres que intentaron meterse con las mujeres de los propios.

Ojalá, piensa, fuera diez o quince años más joven, ojalá pudiera llegar a ella sin cojear, sin canas, sin los achaques de la edad. Treinta años menos y no tendría que ocultar su tenebrosa historia, y seguro la invitaría a quererlo, a desearlo, así como él ha empezado a desearla. Quizás ella aceptaría, si fuera mucho más joven. Sabe que a ella no le es indiferente, pero no hay duda de que lo ve como a un hombre mayor: le siente ese aire de paciencia y calidez que guardan los jóvenes amables cuando hablan con los viejos, es la forma en que disfrazan su pesar, su lástima. ¿Será posible, a esta edad, sentirse deseado otra vez? ¿Ella estaría atenta a sus requiebros, a sus palabras? Debe ser aterrador estar desnudo frente a ella o tenerla desnuda frente a él. ¿Cómo acariciarla?, ¿cómo besarla? Carmen lo odiaría si lo viera acostado junto a ella.

—¿Sabe a quién se me parece? A una mujer de esas japonecitas todas misteriosas de las novelas de Kawabata —dice Leandro, de pronto, mientras el perro se echa a su lado.

—¿Ah?

—Una de esas peladitas bien lindas, nobles como ellas solas, llenas de un fuego interno, como voraces.

—Esta no es tan noble —repite Antonio

—No, pero tiene su misterio y tiene la cara como japonesa, ¿no?

Ahora que lo piensa, sí tiene un poco rasgados los ojos. El perro se mete entre los dos.

—Hay una en *Mil grullas*, así se llama el libro. La muchacha es una mamacita, una bizcocha, señor Valbuena, de esas mujeres que le quitan el aire con solo mirarlas, que lo ponen a temblar con verles las uñas perfectas de las manos, ¿sí? En un momento, están en la

ceremonia del té, una vaina bien japonesa, y la muchachita es la encargada de poner las tazas y arreglar las hojas. Eso es todo un complique, ¿sí? Y el man, el protagonista, se la pasa mirándola, mirándola. Ella lleva un pañuelito con un dibujo de mil grullas, y la nenita, toda llena de sensualidad, va sirviendo el té, despacito, con una gracia, con una sabiduría... qué ricura —hace una pausa, imaginando quizás a la mujer del libro—. ¿Se imagina estar con una japonesa?

—Pues... no, nunca he pensado en eso.

—Señor Valbuena, eso debe ser la maravilla. Esas mujeres son expertas en todo lo que se trata del sexo.

—¿Cómo sabe? —dice Antonio, un poco divertido.

—Porque he leído que esas mujeres se las saben todas en la cama.

—¿Y todo lo que ha leído es verdad?, ¿no será carreta eso?

—No sé, de pronto sí. Pero es bacano pensar que lo que uno lee existe, que es verdad en algún universo, en otro espacio, ¿sí? Bacano pensar que uno se puede levantar a una japonesa, una sardinita de belleza tan asfixiante que le quita el aire, que lo vuelve chicuca con su belleza, o que Remedios la bella pasó volando el otro día por el cerro de la roncadora, o que cuando yo me muera voy a charlar con esos muertos de Comala antes de podirme por completo.

—Eso son puras mentiras.

—Mejor vivir en las mentiras.

—Es mejor estar con los pies en la tierra.

—¿Para qué? Para qué esforzarnos por entender esta mierda de realidad, señor Valbuena, si siempre vamos a ser aplastados por la misma miseria, la misma violencia. Más en este país en que la realidad no deja de recordarle a uno que siempre está jodido, ¿sí?

—De pronto la realidad cambia, las cosas mejoran.

—Eso sí que es mentira, señor Valbuena. Eso sí es una ilusión.

—Pero tiene que haber algo... una esperanza.

—No, no sueñe, señor Valbuena —dice Leandro, acariciando al perro, quien ahora está echado con las patas levantadas y se deja acariciar la panza—. Por eso lo que toca es leer, ilusionarse con las esperanzas de los demás, así uno no se desilusiona con las propias, ¿sí?

Un repentino y suave temblor, acompañado de un rugido, se adelanta desde la carretera de entrada al pueblo. Desde la biblioteca alcanza a ver la cabeza humeante de una tractomula meciéndose como oruga; detrás, la retroexcavadora amarilla, carruaje metálico al que solo le falta un rey en su cubículo, y una aplanadora del mismo tono amarillo que lo hace pensar en un elefante. El camión acentúa su rugido y luego lanza un bostezo de humo. La caravana se mueve en dirección de la salida a San Lázaro.

Se ha sentido a gusto trabajando con los entropaños y los libreros. Los primeros dos o tres le costaron. Los últimos los hace con placer. Incluso ha ojeado un libro de carpintería y se ha hecho a la idea de que puede aprender. Vera le consiguió una pulidora, para ponerlo a prueba, dijo, y le pidió intentar arreglar las mesas. Aunque en la primera hizo un desastre, y tuvo que venir Leandro a explicarle con pulso sereno a manejar la máquina, la siguiente mesa ya le salió mejor. Tiene otras tres o cuatro mesas listas para pulir.

—¡Ya llegó la retro! —Alicia entra a la biblioteca, vestida con el uniforme escolar. Sus ojos cafés, abiertos en un gesto de sorpresa, le causan gracia.

—Ajá —responde. No han cambiado el uniforme. Le hace pensar en Feliciano recién llegada del colegio.

Al no encontrar a Vera, Alicia se dirige al fondo del salón, donde ahora están los libreros chicos, y donde Vera ha puesto los libros para niños. Pasa bajo un andamio en el que Leandro trata de reparar una lámpara.

—¡Cuidado, niña! —grita el negro desde las alturas.

Ella sigue derecho, sin dar la mínima importancia al llamado de atención, y empieza a buscar entre los estantes y los libros que aún están en el suelo, esperando a ser catalogados. Saca libros al azar.

—No le vaya a hacer desorden a su mamá —Antonio se acerca.

—Es que no encuentro el libro —afligida rebusca entre las pilas.

—¿Cuál libro?

Antonio deja el destornillador en el borde de la ventana, se limpia las manos en la camisa, y, cómplice, empieza a ayudarla con la pesquisa.

—*Juan chorlito y el indio invisible.*

—¿Así se llama?

—Tiene un dibujo de un niño y un indio montados en un caballo.

—¿De qué color es el libro?

—Azul con blanco.

—¿Grande?

Niega con la cabeza mientras los libros pasan con sus ilustraciones frente a sus ojos.

—Es como este, pero azul —le enseña un libro pequeño y anaranjado.

Antonio, arrodillado, rebusca entre los montones de libros infantiles. Alicia, con rostro preocupado, mira entre los estantes.

—¿Y no puede ser otro libro?

—Es ése el libro que me gusta —dice ella en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque hay un indio invisible.

—¿Y no sería mejor que el indio fuera de verdad?

—No —sonríe—, porque el indio ayuda a Juan Chorlito siendo invisible. Es un indio que nace de unos polvos mágicos y lo acompaña a todas partes, sin que nadie lo vea, y a Juan Chorlito ya no le da miedo.

—¿Por qué tiene miedo?

—Porque Juan Chorlito está solo. Cuando uno está solo siente miedo, ¿no?

—Puede ser —dice Antonio.

—¿A usted le da miedo estar solo? —pregunta ella, animada.

—A veces; a veces no.

—¿Usted tiene hijos? —lo mira curiosa.

— Sí. Dos —todavía cuenta a Martín.

—¿Y a ellos les da miedo que usted no esté con ellos?

—No sé. Ya son grandes.

¿Tendrá miedo Martín?

—A mí me da miedo quedarme sola. Me da miedo que la abuelita y mi mamá se me mueran en una explosión.

—Eso no va a pasar, no diga eso —la mira de reajo.

—Así fue que se murió papá.

—Pero eso fue hace mucho, ¿no?

—No me acuerdo de él. Mi mami dice que lo conocí; pero no lo recuerdo.

Rebuscan entre todos los libros infantiles y no lo hallan. Antonio decide buscarlo entre otros libros, imaginando ilustrados un indio y un niño montados en un caballo. No halla el libro de Alicia; sin embargo, descubre la vieja enciclopedia de carátula negra y letras blancas redondas.

Un tomo de esa enciclopedia debe ser el que llevó Martín: el tomo de personajes. La emoción lo atrapa. Toma los ocho volúmenes. Se levanta, no sin antes sentir una nueva punzada en la rodilla, y sopla la carátula del volumen superior. Acomoda los libros en una de las mesas que debe pulir más tarde, y empieza a revisarlos uno a uno. El primero tiene datos matemáticos. El segundo contiene mapas y tablas estadísticas. En el tercero encuentra fotos de gente famosa. Solo hasta encontrar la imagen de Jacqueline Kennedy con su cabello peinado en un delicado pliegue en la coronilla, siente que es el libro correcto. Cree que una quemazón llamea en su cara. Es el mismo peinado que Martín había dibujado. Busca entonces a Chaplin y luego a Cervantes. Toca con la yema de los dedos las fotografías, tratando de encontrar un trazo, una línea, buscando hallar en esas páginas el sonido del lápiz justo al lado, repasando los rostros. Tal vez pueda sentir la mano de su hijo al tocar los bordes de las páginas, tal vez sienta sus manos pasando las hojas, quizás el libro haya podido contener algo de su olor, de su mirada atenta, de su respiración. Al deslizar sus dedos sobre las páginas, quizás pueda arrebatarse al libro algo de la presencia de Martín, llevársela en la piel.

—¡Lo encontré, don Antonio! —Alicia se acerca a él con el libro en la mano—
¿Quiere que se lo lea?

—Léamelo, por favor —dice Antonio, agarrando con fuerza la enciclopedia.

Alicia se sienta junto a él, en el piso, abre el libro y hace que el encanto de las palabras surja entre los dos.

Cuesta subir hacia la posada. La rodilla es un dolor implacable. Lleva consigo el libro de carpintería y la enciclopedia de personajes famosos. Quiere verla lejos del caos de la biblioteca. Camina más despacio de lo común y una mueca de dolor se le viene a la cara cada vez que avanza. En un andén, toma un breve receso antes de continuar el viaje en punta.

—No se quede —dice Leandro, quien se mueve agitado, mientras fuma. Mira a su alrededor, esperando a que alguien se les acerque o les hable. En la mano izquierda lleva tres libros. Azafrán los acompaña a cierta distancia, aunque se entretiene con los postes, los olores.

Leandro dijo que era mejor salir cuando cayera la noche. Ha establecido, además, una ruta en la que no deben atravesar el parque, sino rodearlo, pasar una cuadra atrás de la iglesia, caminar una calle larguísima para después bajar un trayecto y llegar a la posada sin ser vistos. Es una vuelta tonta, piensa Antonio, y seguro que mucha gente los ha visto, los forasteros siempre se hacen evidentes. No tiene la voluntad para contradecirlo.

Ahora lo nota más paranoico. Incluso lo ha visto levantarse en la noche, mirar por la ventana de la habitación al patio por una abertura que deja la cortina. Cierra con llave y tapa con un trapo el borde inferior de la puerta ocultando quién sabe qué. Cuando el insomnio no

lo deja tranquilo, se levanta al baño, prende un cigarrillo y lee: por horas enteras, Antonio escucha las hojas pasar, acompañadas por un bisbiseo o un suspiro. El humo se escapa y danza un buen rato por el cuarto, iluminado por la breve luz amarilla, y llena el techo con ese aroma dulzón. El sueño le llega o el cansancio lo vence, quién sabe, y al fin el negro regresa a la cama. Duerme inquieto. Tampoco Antonio duerme bien. Los pasos de Leandro, los recuerdos, el humo: nada lo deja descansar.

Al llegar a la pensión, un vallenato acelerado resuena en la casa, y un aroma a perfume varonil fustiga el aire. No es sino hasta llegar a la sala y escuchar el ladrido de Azafrán, que entienden de qué se trata.

—Buenas buenas —dice Aristides, quien se encuentra sentado en la sala. Esta vez lo acompañan dos adolescentes, que al verlos llegar, de inmediato se ponen de pie. Llevan un arma negra, más pequeña que un rifle, colgada al hombro. Uno de ellos, moreno, de pelo crespo y corto. El otro también lleva el pelo corto pero liso, su piel un poco más clara. Son altos, mucho más altos que Antonio. ¿Son los mismos de la moto que cruzaba el parque el otro día?

—Buenas —Antonio responde cansino.

—Buenas, *don Jesús* —Aristides lanza una mirada voraz a Leandro.

—Buenas noches —Leandro responde intimidado.

—Pero siéntense, tómense un aguardiente.

Uno de los muchachos sirve en dos copas plásticas el licor. Los dos se sientan, en la sala, mientras los jóvenes se levantan y se acomodan en el comedor. Otro vallenato los

sorprende con su sonido alegre, sin sentido en esa reunión. Aristides ya lleva media botella de aguardiente.

Vera viene desde la cocina, se sienta en el sofá junto a Aristides.

—Salud —dice Aristides y los obliga a levantar las copas y brindar. Su rostro rubicundo hace que las canas se le vean más brillantes.

—Me dice Vera que van a San Lázaro a visitar a un familiar —dice de pronto.

—Sí, señor.

—Pobrecito el señor... ¿cómo es que se llama?

—Jesús Chivatá —responde Antonio, mirando a Leandro de reajo.

—¿Cómo usted? —mira a Leandro.

—Es el papá —dice Antonio, intercediendo por Leandro—. Yo soy el padrino del muchacho y parece que se nos va.

—Ajá —bebe otro trago—. Aunque yo no recuerdo a ningún Chivatá. Ni ningún Jesús.

—No se puede recordar todo —responde Antonio y se sirve otro trago.

—Tiene razón, no se puede —hace una pausa y ríe—. Aunque yo tengo buena memoria. ¿Se acuerda de que le dije que antes había un Valbuena?

—Ajá.

—Ya me acordé. Este Valbuena fue barbero. Como usted, ¿no?

—Coincidencia —dice con falsa serenidad. ¿Podría ser Martín?

—El señor Valbuena es barbero profesional —dice Leandro con voz rugosa—. No es cualquier barbero.

—Pues qué bueno, porque me sentaría muy bien una buena afeitada. El barbero que tenemos no rasura bien. ¿Cierto?

Los dos muchachos sonrían y asienten. Su mirada tensa.

—Pero no tengo un espacio.

—Eso no importa —bebe otro trago—. Desde que tenga ganas y navaja para afeitar. Yo le pago. ¿Qué le parece si vamos de una vez a la escuela? Seguro que Fermín nos deja entrar.

—¿Ya?, ¿a la escuela?

—Ahí trabajo. Doy clases.

—Pero no tengo las herramientas conmigo.

—Seguro que debe tener una navaja por ahí, ¿no? —Aristides le clava la mirada.

Antonio, atenzado por los ojos de Aristides, se ha puesto de pie. La rodilla le vibra. Leandro, rodeado por los matones, se queda en la sala gobernada por sonidos de un acordeón y de percusiones que resuenan en toda la casona. El joven de pelo liso lo sigue con la mirada hasta que lo ve entrar a la habitación. Le parece haberlo visto apuntarle con el arma.

Han registrado la habitación. La ropa está fuera de sus mochilas escolares, su estuche de cuero está abierto, y han cambiado de lugar la navaja y el pomo. Los libros están desparramados en la cama de Leandro: algunos permanecen abiertos; otros aguardan bocabajo con las hojas dobladas.

Deja sus dos libros bajo la almohada, temiendo no volver a verlos. Agarra su estuche, no sin antes acomodar la navaja y el pomo en sus respectivos lugares.

Doblan siete veces las campanas, de camino a la escuela. La noche, puntual, ha cobijado las nubes y el cielo. Las lámparas de luces ambarinas se suceden sobre el andén. El frío pasa en ráfagas. Antonio se ajusta más el sombrero y se abriga con la ruana. Aristides camina junto a él. Parece no sentir el aire de páramo que atraviesa sus cuerpos. Atrás de ellos, Leandro viene en medio de los dos jóvenes. El paso aletargado de Antonio los somete a la lentitud, a ser una procesión torpe. Así el silencio se hace más pesado.

—¿Qué le pasó en esa pata? —irrumpe Aristides.

—Se me ha hinchado la rodilla desde que llegué.

—Deben ser los riñones —Aristides mira adelante. Sigue con paso calmo el renguear de Antonio.

—Debe ser algo que comí.

La ancha y negra puerta del colegio se ve un poco sombría gracias a una lámpara curva de luz blanca que estalla en el portón. Aristides golpea en una pequeña puerta lateral, también negra, y un hombre de baja estatura, con gorra roja y ruana café les abre la puerta.

—Don Aristides —una voz gangosa. Varias arrugas marcan su frente. Su nariz grande, ganchuda, le da un aire de duende. Desde su cuchitril, un ruido de televisor se levanta. De una cacerola, un olor a pollo se viene en remolinos.

—Nos vamos a hacer en primero B.

El empedrado de los corredores le resuena en un punto de la rodilla, y el dolor lo hace detenerse. Aristides parece querer ayudarlo, pero se detiene. Unos segundos después, Antonio se recupera y avanza sostenido de la pared. Cojea.

En el salón, está lista una silla alta de oficina, con rodachinas. Aristides se acomoda.

—Lo veo pálido, don Antonio. Déle un aguardiente.

El joven de pelo liso sirve el licor en copas para cada uno de los asistentes. Antonio se ha acomodado en dos pupitres y estira la pierna. Siente el agradable calor en la garganta al paso del licor, lo reconforta. También siente alivio en la pierna.

Leandro se encarga de traer agua fría y caliente en un par de tazones que el vigilante les ha prestado. Antonio dobla sus mangas y afila la navaja. Aristides espera sentado mientras los otros dos vigilan. Le parece haber escuchado voces y pasos en los corredores o en los jardines que dividen una sección de salones de otra. Antonio cree sentir miradas en la oscuridad, en las plantas. ¿Serán los pasos y las voces de los muertos?

—Usted disculpe que no le haya conseguido un mejor espacio —Aristides descansa su gran peso sobre la silla—. A esta hora es difícil conseguir el local del barbero.

—¿Por qué no le gusta el otro barbero? —Antonio acomoda las herramientas en orden.

—Verá, don Antonio: Mendieta es un buen hombre y ha sido buen colaborador durante muchos años; pero últimamente no está cortando bien —hace un gesto de decepción—. Ha perdido el tino.

—No está cortando como se le pide —Antonio repone.

—Exacto —Aristides echa una mirada cómplice al de pelo crespo. Hace una pausa y de pronto pregunta—: ¿Usted se piensa quedar después de ir a visitar a su amigo?

—No —Antonio coloca un pañolón blanco en el cuello de Aristides—. Me están esperando.

—¿La familia?

—Sí.

—Dígales que se vengan.

Antonio sonríe.

—Acá en Refugio hay todo lo que ellos necesitan —dice Aristides en tono politiquero.

—No creo —aplica un poco de agua tibia en el rostro seco.

—Acá hay tranquilidad. Por allá en las ciudades no hay.

—Allá también tenemos nuestra tranquilidad.

—Bueno, es el mismo país, ¿no? Aunque a veces se me hace que en las ciudades hay un país, y por acá en las montañas, hay otro —Antonio rasura su mejilla izquierda—. Acá no tenemos esa contaminación ni el ruido de los carros, acá es tranquilo y está bien cuidado. Acá hay seguridad por todas partes y gente noble. No hay que preocuparse de ladrones ni bellacos porque acá solo hay gente humilde, trabajadora —suenan las navajas al rozar su rostro.

—En todas partes hay —seca Antonio la navaja en un pañuelo.

—Sí, pero acá la mayoría somos buenos. ¿No es así, muchachos?

—Ajá —responde el de pelo liso, sentado en uno de los pupitres.

—La mayoría de gente de este país es buena —Antonio arregla la patilla con un corte.

—No sé, don Antonio —Aristides entrecierra los ojos y se ve un poco más viejo—.

La verdad es que la gente ya no se pregunta qué es ser colombiano, ni qué es ser bueno o malo. Si usted se pone a pensar, la gente sabe que tiene que estar con los que mejor se planten y los que les ofrezcan mejores condiciones. ¿Sí o no, *Jesús*?

—Sí, señor —responde Leandro con cabeza gacha.

—Pero a veces la gente se engaña —el dolor en la rodilla perfora su equilibrio y se siente tambalear. Se recupera y pone el peso en su pierna izquierda—. A veces los que primero se plantan, tienen raíces podridas.

—La cosa no es tan grave.

—Se me hace que sí es grave —Antonio lo mira a los ojos, tiene la navaja en la mano.

Un silencio.

—Pueden tener raíces podridas, pero después cambian —dice Aristides, mirando al techo—. Fíjese, yo hace años era un pobre muchacho que andaba por allá en el monte haciendo barbaridades. Pero vi que la juventud, mis hermanos, mis primos, estaban en problemas: se estaban dejando convencer por ideas que no son, y entonces dejé de ser malhechor y empecé a dar clases para que los muchachos no se perdieran. Ahora, además de dar clases, trabajo para el alcalde, soy su asesor. Yo tenía raíces podridas, pero me las arranqué y he ido cambiando.

—Qué bueno —dice Antonio, poco convencido.

—¿No me cree? —Aristides levanta el brazo y detiene la afeitada.

—Como dicen por ahí: el cliente siempre tiene la razón —Antonio responde a su mirada con fiereza también.

La toalla caliente ha hecho callar a Aristides. Los dos jóvenes los rodean. Un silencio pesado se recarga sobre todos. Leandro y Antonio están sentados uno a cada lado del salón. Antonio deja descansar su pierna sobre un par de pupitres, siente una vibración que lo recorre. Luego se levanta y lo rasura por segunda vez. Aristides se deja hacer en silencio.

Antonio saca un pequeño espejo del estuche y se lo pasa. Aristides se contempla recién afeitado, toca su rostro.

—¿Sabe qué? Esperaba una mejor afeitada de usted, don Antonio Valbuena —dice Aristides y se pone en pie—. Me parece que usted no es el barbero que necesitamos.

Los dos muchachos se mueven rápido.

Les apuntan.

—¡Quiubo pues, hijueputas! —grita el de pelo crespo.

Se quedan quietos.

Los empujan.

Las armas apuntan en medio de su cabeza.

—¡No me mate! —Antonio apenas alcanza a subir las manos.

—Jefe, ya casi nos vamos —dice Leandro, rogando.

—Cállate, negro. No tenías por qué volver.

—Jefe, perdóneme, por favor, jefecito, yo no quería —mendiga piedad.

El de pelo liso tuerce el brazo a Leandro.

El de pelo crespo empuja a Antonio.

Salen al corredor.

Antonio no musita palabra.

Los llevan atrás del salón.

En aquel lote habían encontrado los cuerpos tajados.

Hay un pequeño grupo de hombres a quienes no alcanza a ver las caras.

Apenas distingue cuántos son.

Seis.

—Ya sabe qué les pasa a los traidores.

—¡Pero no es traición, jefe! —rodeado, Leandro atina a arrodillarse.

—¿Para qué te trajiste a este viejo hijueputa? ¿Quién te dijo que podías volver?

—Nadie, jefe. Pero es que tengo una promesa...

—¡Qué promesas ni qué promesas! Viniste fue a jodernos, sapo hijueputa.

—No, jefe, por Dios que no. Es un asunto mío —dice Leandro, rogando. Llorando.

—¡Acá nada es asunto tuyo, negro!

Al lado tienen una motosierra. El de pelo crespo la agarra.

—Mátame a estos hijueputas —dice Aristides con voz calma.

La motosierra hace un ruido atronador.

Antonio intenta correr pero se tropieza con el cuerpo de un hombre que lo deja caer.

En el suelo le da dos patadas.

El sonido parece taladrar su cabeza.

Lo van a cortar vivo.

—¡Jefe, no! ¡Se lo suplico! ¡Hago lo que quiera! ¡Lo que me pida! No nos mate

—Leandro pone las palmas de sus manos frente a ellos.

Aristides los mira un instante.

El moreno pone la motosierra en alto.

Los demás contemplan.

Unos ríen.

Son sombras.

Entonces, una voz penetra el ruido.

Una voz en el corredor viene discutiendo con el duende.

—¡Déjeme pasar, Fermín!

—¡Que no se puede!

Aristides, con un gesto, pide que apaguen la motosierra. Los otros tres hombres se difuminan en la noche. El de pelo crespo baja el aparato. Todo sucede en un instante, pocos segundos.

Es ella.

—¡Aristides!

—¿Usted qué hace acá, mi amor? Váyase para la casa —su voz es fría.

—No se quiso quedar afuera... —remilga el duende.

Los ve arrodillados.

—¿Qué está haciendo?

—A usted no le importa. Váyase para la casa.

—¿Por qué los va a matar?

—¡Que se vaya ya para la puta casa! —feroz el grito.

No alcanza a ver su rostro. Apenas reconoce la figura. Un silencio desconcertante aplasta la noche. Un insecto empieza a cantar. Todavía oye en su cabeza el zumbido de la sierra. Ella no se marcha.

—Mami, no les va a pasar nada —hace un gesto a sus guardianes—. Levántenlos.

El de pelo liso lo levanta en un solo movimiento. Antonio ha meado sus pantalones.

—¿Cuándo es que se van?, ¿mañana? —dice Aristides, de espaldas.

No responde. No le sale la voz.

Antonio, avergonzado, cojea en dirección a Vera. Ella estira un poco el brazo, una mano nocturna para guiarlos en la oscuridad.

El humo.

Acostado boca abajo, Antonio mira el humo salir del baño por la abertura de la puerta y escalar las cortinas. Siente dolor en la pierna. Debería correr, escapar, dar un rodeo al pueblo, cruzar el puente y esperar del otro lado del río mientras llega la aurora y aparece el bus o un jeep que lo saque. Pero lo deben estar esperando: si lo ven cruzar, no les costará nada soltarle un balazo. ¿Y Martín? ¿Iba a dejarlo entre esas montañas, a su suerte? ¿Qué más da? ¿Para qué regresar? Sin Martín, sin Carmen, ¿qué lo llama? ¿No será mejor entregarse, dejarse atrapar por embrujo de la muerte, dejar de perseguir esa vida fútil? Feliciano ya tiene una familia grande y suficientes problemas con salir adelante ella. No le hace falta un viejo en casa. Es más: ella podría vender las cosas de la barbería, rematar los pocos muebles que tiene en la pieza y sacar dinero de eso. Pero, ¿no sería injusto delegarle todo el peso de la muerte? Si él fallece, sería Feliciano quien tendría que encargarse del funeral, del entierro, de pagar el trasteo del cuerpo desde Refugio hasta Bogotá, ¿y con qué plata? Ni siquiera tienen un lote en el cementerio para acomodarlo. Además, sería injusto vaciar en ella la tristeza de todos los fallecidos de la familia. Debería irse, tratar de buscar una salida: si no se puede por el puente, cruzar el río a nado. Hay un punto en el que las aguas no son tan profundas y quizás alcance

a atravesarlo. Pero con esa pierna así, no aguantaría el esfuerzo. El río se lo llevaría. Tal vez así sea mejor: que la naturaleza se lo lleve y no un balazo o una motosierra. Se entregaría al río sin reservas.

Al abrir la puerta del baño, el sahumerio nubla el pequeño espacio de baldosas azules. Dos libros descansan en la cisterna. En el piso, dispersas como insectos fumigados, las colillas descansan con sus cabezas negras.

Leandro se mira al espejo, iluminado por un foco amarillo. De su mano derecha, parte una línea blanca de humo que corta la especie de sauna de tabaco. Sus ojos están enrojecidos. Su barba ha crecido, el rostro se nota demacrado, como si las arrugas le hubieran crecido en las últimas horas. Es posible.

—¿Por qué lo conocen?

—¿Sabe que hay un libro en el que hay un Leandro? —dice evasivo.

—No me venga con esa joda. ¿Usted es de ellos?

—Un libro en el que Leandro tiene un amigo, Vicente —insiste el negro—. Vicente tiene una ferretería. Leandro es pintor, un man pobre, así como yo. Pero Vicente y Leandro son buenos amigos. Vicente siempre le ayuda a Leandro... —calla—. Así como usted me ha ayudado a mí.

—Usted no es mi amigo.

—Si nosotros estuviéramos en ese libro, seríamos buenos amigos —hace una pausa—. A veces creo que yo vivo dentro de ese Leandro, un man bueno, que vive en un pueblito perdido quién sabe en qué sierra. Imagino que veo lo que Leandro ve: un amigo en Vicente, la bondad de los hijos de Vicente, un pueblo iluminado por un sol insaciable, unas

calles cortas con unas casas agradables, en otro país, en otro mundo —hace una pausa—. Veo los muebles viejos de ese pueblo dentro de esas casas, escucho en mi mente las canciones que ponen en la radio. Incluso veo el silencio que arroja la tarde. Suenan bichos, y unos pocos pasos de indigentes que se cambian de una banca a otra en el parque. Y luego viene la noche con sus misterios —hace otra pausa que exaspera a Antonio—. De pronto ese Leandro y yo somos el mismo. De pronto ese Leandro ha visto las mismas cosas que yo he visto. ¿Será posible salirse de uno mismo y ver a través de los ojos de los demás? Ojalá uno pudiera zafarse de su miserable vida y convertirse en alguien de esos libros, vivir sus vidas para no tener que pasar tanta desgracia.

—Dentro de mis ojos solo hay vacío —dice Antonio, cortante.

Leandro baja los párpados, tal vez buscando en la oscuridad a ese Leandro imaginado.

—¿Usted es de ellos? —pregunta Antonio— ¿Me va a matar? —Leandro mantiene los ojos cerrados—. Para mí habría sido mejor: morir ya, de una vez —murmura.

—No puede. Antes tengo que cumplir mi promesa —Leandro ha abierto los ojos.

—¿De qué carajos me habla?

—De la promesa que le hice a Martín.

—¿Así fuera muerto me debía llevar?

—*Tiene* que llegar vivo.

—Lo único que *tengo* que hacer es morirme.

—Sí, pero después de San Lázaro, después de que yo cumpla mi promesa.

—¿Usted es de ellos?

—Ya no.

Silencio.

—Ojalá usted fuera el Leandro de ese libro.

Antonio deja la habitación con la enciclopedia bajo el brazo. Camina hasta la sala y enciende el televisor. Lo deja sin volumen. Imágenes de cuerpos ocultos por plásticos negros, rodeados de militares. Cambia el canal y observa unos tigres luchar brutales en un riachuelo. Es una lucha corta, violenta. Uno de los animales queda herido por un zarpazo. Azafrán aparece, bate la cola. Siente un atisbo de alegría al ver el perro iluminado por la luz azulada. El frío intenso le incomoda la pierna. Se acuesta en el sofá.

Con la efímera luz, toca los bordes del libro. Abre las páginas, y en la que se ve el rostro del viejo Cervantes, se detiene. Lo toca, trata de buscar en el retrato una marca, una seña de Martín. Le parece sentir las líneas de un lápiz que bordea todo el rostro. Debió haberlo calcado. Quizás no fue Martín quien lo calcó, pero a él no le importa: lo que ve ante sí es a su hijo lápiz en mano, dibujando sobre esa cara una nueva realidad. Debió haber seguido su idea: la de hacer una mini galería en la barbería. Se iba a ver mal, pero al menos le habría dado gusto a Martín, lo habría hecho sentir dueño del local. Antonio es culpable de su partida. No lo obligó a irse, pero tampoco le dio la oportunidad de quedarse, de abrirse su propio espacio. Aunque trabajaban juntos, la verdad era que ni siquiera sabía con quién andaba. Tuvo un amigo en el colegio, pero ni siquiera se acuerda de cómo se llamaba. ¿Alfredo?, ¿Andrés? Siempre sumido en la barbería, siempre pensando en él, en su trabajo, en sus máquinas, en sus clientes. La familia estaba ahí, pero como una añadidura, como algo

a lo que se pertenece sin proponérselo. Tal vez dejó a su familia a su suerte. ¿Fue la enfermedad de Carmen un descuido suyo, también? Era probable. ¿Feliciana no se fue buscando un hombre que de verdad la acompañara, un hombre que la guiara por el mundo? Quizás era este viaje la única opción de redimirse. ¿Cómo decirles eso ahora que está lejos? ¿Cómo pedirles perdón? Si oraba o hablaba a las sombras, ¿ellos iban a escucharlo?

De pronto se abre la puerta. Antonio da un pequeño salto, esperando a que aparezca uno de los jóvenes que acompañaba a Aristides. Es Vera, quien viene cubierta por una ruana y lleva el pelo trenzado. Atraviesa su dedo índice vertical sobre su boca. Se acerca, en chanclas, a su lado. Él se acomoda en el sofá. Intenta borrar su tristeza.

—¿Se siente mejor?

—No sé. No sé si me pueda sentir mejor.

—No diga eso.

Ella se acerca.

—¿Por qué fue por nosotros?

—¿Usted no habría hecho lo mismo?

No fueron pocas las ocasiones en las que supo que alguno de sus vecinos iba a ser acribillado y no hizo nada por ir a buscarlo o avisarle, temiendo a la represión. ¿Cuántas veces aguardó a que las ráfagas se extinguieran en la noche, para después persignarse enfrente de un par de cuerpos a la mañana siguiente? Cobarde.

—¿Tiene algo de tomar? —la congoja le aprieta el pecho.

Vera va hasta el chinero y saca una botella de uno de los estantes. Es aguardiente.

Bebe dos tragos largos. No se le quita la angustia.

Ella descubre la enciclopedia.

—La tomé prestada. Iba a decirle para que me anotara.

—Está bien. A casi nadie le interesa un libro tan viejo —toma el libro y lo ojea—.

¿Para qué necesita esto? ¿No le sirve más uno de los nuevos volúmenes?

—Esta me gusta.

—Tiene rayones.

Antonio echa una mirada y observa las marcas descuidadas en una página en la que aparece un hombre con rostro asiático. Quizás sea una señal.

—Gracias. Si no fuera por usted, ahorita...

—De nada.

De pronto se abraza a ella.

—Don Antonio... —susurra sorprendida.

—Abráceme.

Ella, incómoda, acepta el abrazo.

La abraza con fuerza, tratando de aliviar la incertidumbre, de encontrar en ella algo que le dé vida. Ella lo abraza con debilidad.

La besa. Ella trata de esquivarlo, voltea el rostro.

—No se equivoque, don Antonio.

Él insiste. Ella forcejea. Un deseo brutal empuja su cuerpo. Sus manos buscan su cabeza. Ella trata de zafarse. Él presiona con las puntas de sus dedos su cuero cabelludo. La tira al suelo. Azafrán se entromete. Antonio lo espanta con una patada. Un aroma a guayaba viene de su pelo. Ella deja de batallar. Lo acepta. Muerde sus labios gruesos. Lame sus

dientes. Vibra la punta de su lengua. Baja los dedos hasta el cuello. Palpita. La piel tiembla. Sus pechos suaves. Sus hombros. La arrastra. No, don Antonio. No me diga don Antonio, Verita. Antonio. Verita. Le quita la pijama. Azul luz ilumina su cuerpo. Sus muslos. Su vientre. Ella lo amarra con los brazos. Siente sus dedos incrustados en la espalda. La besa. Lo besa. Don Antonio. Vera. La penetra. ¿Así? Sí, así. Corra este brazo. Béseme. Ciñe sus piernas sobre él. Su piel caliente. Mueva esa pierna un poquito, eso, así. ¿Así? Sí, don Antonio. Dígame Antonio. Antonio. Se estremecen. Una fuerza abrasadora, un rugir, una ráfaga, un enjambre.

Por un segundo ve una niebla. Un lago. Un vacío.

Azafrán ladra.

Silencio.

Se recuesta en su pecho, sobresaltado. Bestia sometida, llora.

Vera toma su ropa. Antonio se recuesta. Se aleja de él.

—¿Le da pena acostarse con un viejo?

—No sé cómo hacen todos los hombres para ser igual de pendejos —dice ella. Su ropa aletea en la oscuridad.

—¿Por qué? ¿Aristides le dice lo mismo? —el reclamo le sale casi infantil.

—¿De qué habla? —se ha detenido el movimiento. La voz es seca.

—De lo que todo el mundo habla.

—No me venga con esta estupidez... —Ella intenta levantarse, él le agarra la mano en la oscuridad.

—Déjeme.

—Dígame: hay algo entre usted y ese señor.

—¡No es su problema! —casi es un grito.

Azafrán gruñe a Antonio, cuida a su ama.

—Entonces sí, ¿no?

Ella sigue de pie. Él la tiene aferrada. No forcejean.

—Si estoy con Aristides es porque me toca —dice de pronto. La fuerza de su voz decae—. Tengo una hija pequeña que no tiene papá. ¿Cómo voy a salvar a mi hija si no es estando con él?

—¿Qué le pasó al papá?

—Eso a usted no le importa.

—¿Lo mataron?

Se mete entre ellos un amargo silencio.

Así son las reglas del juego —ella suspira. Luego su voz sale como zarpazo—

Pregúntele a su amigo.

—¿A quién?

—Él sí sabe cómo es la vaina acá. ¿No andaba con ellos?

Antonio calla.

—En cambio, usted... usted no sabe ni dónde está parado —dice ella con decepción.

—Estoy acá, con usted.

No la suelta. Su mano ya no está tensa.

—No, usted está quién sabe dónde —calla un momento—. Además, dentro de unos días se larga, y yo no voy a ser sino la pueblerina con la que se acostó.

—No diga eso.

—Usted se va a largar, y yo me voy a quedar con mi hija y mi mamá. Y con Aristides.

—Véngase conmigo —dice. Sus palabras no la quieren soltar.

—No —sentencia ella.

Con sumo cuidado, Vera abre la puerta. Las bisagras rechinan. Azafrán se marcha con ella. La llovizna repiquetea en el patio.

Es una mañana fría como todas. Las nubes se resisten a desaparecer e incluso se clavan tercas entre las colinas: quieren cobijar a La Roncadora. La cruz de San Marcos no es más que un deseo. Por ahí debe andar el sol.

El planchón del camión ya carga ladrillos y bultos de cemento. Dos jóvenes se lanzan ladrillo a ladrillo como si de simples pines de bolos se tratara y estuvieran haciendo malabares. La carpa de plástico negro cubre las estacas laterales. También un hombre mayor que ellos, pero de gran musculatura, sirve de director: les dice dónde ponerlos, cómo lanzarse los ladrillos, y se encarga de acomodar gigantes vigas de hierro en el suelo del camión. Rechina el metal de las vigas arrastrado sobre el planchón. En fila, en el andén, una serie de bultos esperan a ser lanzados.

Ellos, sentados en la tienda que sirve de terminal, beben cerveza sin ganas, en silencio. aguardan ansiosos, bajo la música escandalosa de una vitrola, a que el camión esté

finalmente listo para la partida. Una mujer joven y gruesa espera en una banca, a las afueras de la tienda, mientras dos niños corren por el andén.

Justo cuando la carga ya ha llenado el camión y apenas se ven breves espacios para los pasajeros, un niño de unos ocho años entra a la tienda ofreciendo estampitas de santos. Antonio, conmovido por los ojos del niño, toma una de las estampas de San Cristóbal y le paga con una moneda.

—Dicen que ya no es santo —comenta Leandro.

—¿O sea que los viajeros ya no tenemos protector?

—Así parece.

Beben un sorbo.

Una mujer mayor, dos señoras delgadas y tres niñas hacen una fila. El hombre musculoso empieza a recibir billetes, los cuenta. La anciana se sube en la cabina del conductor. También sube una jovencita.

Antonio y Leandro se acercan, no sin antes sentir la mirada inquieta de todos los pasajeros. Antonio saca un billete y bastantes monedas, paga la cuota. Se suben por la pasarela hecha por un tablón y se acomodan entre los costales. Una de las mujeres delgadas se despide de la otra y de las niñas. Besos sonoros. La otra mujer delgada sube por la pasarela seguida por las tres niñas. Se acomodan juntas: ella se sienta con la espalda recta y las niñas la rodean. Parece un árbol rondado por animales buscando amparo. Las niñas miran extrañadas a Leandro quien fuma de pie. Antonio descubre cansancio en los ojos de la mujer.

La mujer gruesa, al subir, hace balancear un poco el camión. Leandro le tiende la mano, y ella se apoya en él para entrar al planchón. Los dos niños se han subido tras ella,

divertidos al avanzar sobre el tablón. La mujer gruesa mira a la otra con amabilidad y se sienta en un par de costales del otro lado. Los niños se quedan de pie un rato. Luego se acomodan a sus pies. Tienen unos juguetitos de colores y los hacen girar en el piso sucio del camión. Antonio observa el juguete que simula un trompo y que gira en ondas hipnóticas. También las niñas y la mujer delgada miran el trompito. El ruido de la vitrola se detiene y entra una serenidad inmediata. La brevedad del silencio desaparece en cuanto la máquina vuelve a disparar otro tema que habla de una herida, traición y venganza.

Antes de que el camión se mueva, el tendero sale en fuga de la tienda.

—¿No se les olvidó pagarme?

—Ya le pagamos —responde Leandro, un tanto altanero.

—Me pagaron dos cervezas. Faltan las otras dos.

Antonio mira a Leandro.

—Páguele —dice Antonio.

—No tengo plata.

—Pero si le acabo de dar dos billetes. ¡Páguele!

—¡No me dio sino uno!

Antonio revisa sus bolsillos. No le quedan sino unas monedas. Baja del camión y paga con uno de los billetes que tenía reservados para el viaje de vuelta.

—Disculpe. Pensé que ya le habíamos pagado.

Los dos jóvenes ayudantes, uno delgado y de mostacho, el otro fornido y de rostro cuadrado, han subido el tablón grueso. El motor ya ruge. Luego los dos saltan obstáculos de costales, cemento, guacales con frutas, verduras, y se acomodan encima de los ladrillos, en el

extremo profundo del camión. Los niños los miran curiosos: seguro quieren encaramarse allá con ellos y descolgarse de los tubos que se arquean sobre el planchón. No deben tener más de quince años, piensa Antonio. El mejor presente es ser ayudante de camionero. El camión hace sonar el claxon y empieza a avanzar. Uno de los muchachos baja la carpa y el escenario queda casi a oscuras, apenas iluminado por chorros de luz que se avientan desde los rincones. Avanza unos cuantos metros y luego se detiene abruptamente. El fornido abre la carpa otra vez y la luz los enceguece un poco. Antonio observa y de pronto ve el rostro claro y los ojos de ella.

Uno de los muchachos baja las estacas de la salida y hace que Vera y Alicia suban las escalas. Vera le entrega al joven una caja de cartón atada con cabuya y una guitarra cubierta por un estuche de cuero negro. Aristides y sus dos guardianes las observan.

—Espérese que por la tarde me sueltan el carro —dice Aristides.

—No puedo. Tengo que llegar por la mañana —dice ella mientras saluda con un gesto a todos los pasajeros—. Más bien, cuando usted llegue a San Lázaro, me busca y nos devolvemos juntos.

—Pero, mami, cómo se va a ir ahí, con esa incomodidad.

—No se preocupe —dice ella—. Don Antonio me hace un campo.

Se sienta junto a él. Antonio la mira no sin antes recordarse dentro de su cuerpo. Siente un leve estremecimiento que se disipa de inmediato por la mirada rabiosa de Aristides.

—Nosotros se la cuidamos —dice Leandro.

—Al menos, llévese el celular —Aristides le entrega el aparato.

—Pero si allá no entra señal, hombre —sin embargo, ella recibe el aparato mientras niega con la cabeza.

Alicia se sienta junto a Vera. Habla con una de las niñas. Antonio la mira, y ella responde a su mirada con una sonrisa.

—¿Pensaron que nos iban a dejar botadas? —dice Vera, acomodada en la caja.

—¡Cómo se le ocurre! —dice la mujer gruesa—. ¿Va para la escuela?

—Ya tocaba, misia Magda. El derrumbe no me dejó salir de acá, y allá tengo descuidado el programa.

—¿Qué hace allá? —dice Antonio en voz apenas audible.

—Presto libros a la escuela. Allá no tienen biblioteca, ¿cierto? —las niñas asienten bajo la mujer árbol—. Voy y les leo cuentos o poemas; también cantamos. Con eso los niños y yo pensamos en cosas diferentes.

—Siquiera vino —dice Esperanza, la mujer árbol—. Con eso no nos paran.

—¿Cómo así? —pregunta Leandro, que ha estado atento a la conversación.

—Con la mujer de Aristides, nadie se mete.

Antonio siente un estrujón.

—La virgen nos la mandó, hija —dice misia Magda.

El camión avanza por la última cuadra pavimentada del pueblo. Se queda la calle con el parque de fondo. Solo se ve Aristides, parado en mitad de la calle con la mano en alto, entre sus dos guardias. El muchacho fornido cubre el cuadro con la capa y retorna la oscuridad a ellos.

Bultos, ladrillos y costales brincan agitados por los desniveles de la carretera. Un rastro de polvo se cuela no solo por el hueco en arco del fondo, sino por las grietas que la carpa concede. Una luz tenue y polvorosa los cubre. Los niños apenas ríen con el zarandeo. Las dos mujeres hablan de quién sabe qué personas y veredas.

Leandro se ha sentado en uno de los bultos de arroz, justo al lado derecho de la entrada. Antonio está a su lado, acomodado sobre un costal blando del que no puede decir de qué está lleno, y Vera se ha abierto un lugar junto a él. Ella lleva el pelo agarrado con una hebilla grande de cuero, simula una media cola. El pelo, al parecer aún húmedo, emborracha con su olor a guayaba. El calor de su cuerpo se avecina. Antonio trata de evitarla, mas su presencia joven y su voz alegre, que se ha unido a las de las otras mujeres, lo intranquilizan. El balanceo ha hecho que Vera tímidamente ponga su mano izquierda cerca de la suya.

Siente su meñique cerca.

Instintivamente lo roza.

Ella, sin dejar de ver o charlar con las mujeres, aleja su mano. Él alcanza a poner su dedo sobre el de ella.

Una abrasadora chispa le recorre el dorso.

Confusa, ella aleja su mano. Antonio, entonces, aprovecha un salto del camión y pone sus dedos sobre los suyos. La acaricia apacible. Ella lo mira enrarecida y desliza su mano fuera de la de él. ¿No quiere tocarlo? ¿Será que no ha sentido nada por él? Se siente un adolescente aprendiz del deseo.

El camión parece quedarse atascado. Los muchachos de inmediato desajustan la carpa y saltan desde la puerta de estacas. Parecen volar. A una distancia media se alcanzan a ver los

campanarios de la iglesia y mucho más lejos las torres metálicas del puente. Antonio observa la carretera y nota las hendeduras de llantas marcadas que se acercan hacia ellos. Los muchachos luego vuelan hacia las laterales. Se oyen voces y sus pasos alejándose. Leandro saca la puerta de estacas y baja.

Mientras la tripulación se encarga de arrellanar el terreno, Antonio, con permiso, saca la guitarra del estuche.

—No sabía que tocara.

—Tengo mis secretos.

Afina la guitarra mientras el conductor y los jóvenes voladores pasan junto al camión, como tres reyes magos en fila india, cargados de rocas grandes y aplanadas.

—¿Qué pasa? —le pregunta, mientras ve pasar a los jóvenes.

—Es el derrumbe. La carretera todavía debe estar pantanosa —ella lo mira inquieta.

Antonio, entonces, entona *Alicia adorada*, y Alicia se alegra. Vera lo acompaña en la voz. Tiene una voz alta, agradable. Le sale bien el coro. Los niños entran en una especie de hipnosis gracias a la música. Unos pocos aplausos, y Antonio comienza otro tema: “Porque no engrano los ejes/ me llaman abandonao”. La mujer gruesa esta vez se les une al coro. Cantan con alegría, con fuerza. Se divierten.

Luego aparecen los muchachos voladores y Leandro. Ya han puesto las rocas en el camino. El camión avanza.

—Ese fue uno de los derrumbes que se unió con el río—le dice el joven fortacho mientras avanzan.

Antonio sigue con la mirada la huella de un barro oscuro y denso que está a punto de secarse. El río negro seco lleva su mirada hasta la deformación del derrumbe estrepitoso en un cerro a menos de un kilómetro. La mancha negra parece haberse tragado parte del terreno y haberse extendido como tinta sobre el tapete verde. Rocas de río aparecen sembradas como sandías sobre la negrura. La fuerza del río debió haber sacudido el cerro, éste se desmoronó, y la creciente se deformó hasta sacar esta vena negra fuera de su cauce.

Quizás un kilómetro después encuentran la retroexcavadora y la aplanadora durmiendo la siesta a la vera del camino. Una casa con paredes de tabla alberga a cuatro obreros sentados en una banca, cubiertos bajo un largo alero de zinc. Se curan el sudor con las mangas, beben cerveza y miran el camión detenido. Sus rostros enrojecidos parecen encontrar descanso en el asilo pasajero del hogar. Una mujer se acerca al camión y entrega un paquete al conductor, quien seguramente se encarga del correo y demás encargos de la región. Antonio observa las máquinas y descubre a un chiquillo parado en la pala gigante de la retroexcavadora, un niño en la boca del dragón. Atrás de él, una niña pequeña con el cabello agarrado con dos moñas y otro chico más grande, saltan sobre el cilindro gigantesco de la aplanadora: intentan despertar al ogro de su siesta. Los obreros dejan que los niños se aventuren sobre las bestias. Un débil olor a hollín todavía se enrosca en el aire. Quizás los monstruos no estén completamente dormidos.

Vera sonrío. Su boca detiene el tiempo.

Allanada hasta una cumbre, la vía se desgaja de nuevo. Los jóvenes voladores salen del camión a trampear el camino destajado. La capa queda en lo alto. Antonio entonces puede

ver en una de las montañas colindantes un grupo de hombres armados que avanza a paso firme. Desaparecen en la tierra, tragados por la espesura. Parecen una ilusión óptica. Buscando confirmar, le echa una mirada a Leandro, y este le devuelve un gesto de preocupación.

—Deben venir de San Lázaro —se atreve a decir Vera en tono serio. Ha estado al tanto del grupo de hombres.

Las mujeres echan una mirada rápida y confusa, rebuscan el rastro de los armados en las montañas.

—¿No que se iban? —responde Esperanza, rodeada con sus tres niñas ojeras y agotadas.

—Esos no se van nunca —dice la mujer gruesa, mirando hacia el verdor y con uno de sus hijos, vencido, en los brazos.

Antonio se levanta de su costal y observa la montaña. Un cañón largo se abre en el terreno, alejando la colina de la carretera. Las nubes agazapadas no permiten al sol cruzar el cielo, y un aire frío se viene desde el paisaje.

—Va a llover —sentencia misia Magda.

La carretera en su descenso oscila pausadamente. Vera se ha quedado dormida en el brazo de él. Leandro, sentado también, descansa recostado contra las estacas laterales. Observa la carretera por una rendija que él mismo ha creado al doblar la carpa. Los jóvenes voladores en silencio y aquietados esperan cualquier tropiezo para volver a lanzarse al vacío. El silencio del trayecto apenas se interrumpe por la voz del conductor y la voz de la mujer mayor que habla con él en la cabina. Antonio oye un rumor, a veces reconoce palabras. No

podría decir de qué hablan. Observa la carretera por la misma rendija que Leandro ha dejado. Al alejarse de una curva, descubre la carcacha oxidada de un auto. Es un esqueleto vinotinto de una camioneta. Quién sabe desde cuándo ha estado en ese camino. No debe ser tanto.

Hasta donde la memoria le alcanza, la única forma de subir a San Lázaro era en mula. Para él fue un recorrido de catorce o quince horas insufribles desde Refugio. El camino de arrieros buscó ser carretera; pero los derrumbes y deformaciones del terreno siempre obligaban a volver a las mulas, las únicas valientes que se atrevían a avanzar.

Tenía trece años cuando vino con su padre a San Lázaro. En ese tiempo, era un caserío perdido entre la llovizna inquieta. En mula, se adentraron por estos mismos recorridos, pasando la noche en una posada para viajeros. Venían a pagar una promesa. Antonio había enfermado de la piel: una costra horripilante le había nacido en el brazo derecho, y ninguna medicina lo había ayudado a curarse. Su padre lo prometió a San Lázaro, y si se curaba, los dos irían en peregrinación hasta la capilla del caserío. Decía su mamá que por esas yagas se había quedado flaco. Incluso ahora con cincuenta y siete años seguía siendo un hombre delgado.

Su padre era un hombre más bien conversador, amable, no como él, que es más bien tímido y apartado. En cada lugar hacía un amigo y siempre había alguien que le invitara una cerveza y alguien que quería conversar con él. Antonio, en cambio, no tiene el don de la conversación. Es buen oyente, si no, no sería barbero; pero no es muy buen conversador. Le cuesta.

En aquel viaje, la mula dócil llevaba en el lomo panela, arroz y carne seca. En una posada a mitad del camino, el padre regaló dos panelas y afeitó al dueño, un hombre robusto, alto, de pelo castaño y bigote delgado, quien les ofreció un plato de arroz con dos piernas de gallina que más bien parecían de paloma. En fogón de piedra y leña, la posadera les preparó un agua de panela con limón que todavía echaba burbujas cuando se la pusieron en la mano. Reconfortante el dulce sabor de caña, mientras el viento frío empujaba desde todas las esquinas. Recuerda querer quitarse la ruana, acalorado por el caldo y el agua de panela, pero su padre le sentó un coscorrón obligándolo a permanecer cubierto. Se asaba dentro de la lana, pero tenía que ocultar las llagas para no asustar a nadie. Luego el padre bebió cerveza con el posadero y otros dos campesinos, y él se quedó dormido en medio de las carcajadas.

El camino llegaba al punto más difícil al descubrir la última loma y un empinado zigzag. Mientras se iba escalando, abajo se veía un río sonoro, fuerte. Al llegar a San Lázaro, agotados, se acercaron a una casa humilde de la que salió una mujer, mucho más joven que su madre, con una niña de tres o cuatro años en los brazos. Otro niño mocososo, de cinco o seis años, se paró junto a ella, en el marco de la puerta, el hombre del hogar. Recibieron al padre con serenidad y unas cortas muestras de cariño. La mujer miró a Antonio con temor, pero una simple palabra del padre la había reconciliado con sus miedos y puso en la mano en la cabeza de él como si Antonio fuera un sobrino, un primo. Pasaron la puerta y como ya la noche se acercaba, decidieron armar camas. Él tuvo que dormir en una colchoneta, en una especie de sala. Su padre durmió en la habitación de la mujer y los dos niños.

En la mañana, salieron a la capilla antes de que la única campana tiritara. Entraron bajo un sol acongojado, triste. Una peregrinación de cuatro o cinco personas avanzó hacia el altar, quizás había llegado ese día al amanecer o la noche anterior, y él no los había escuchado. Dos de ellos traían el rostro oculto. Oficiaba un sacerdote joven que a esa hora llevaba el cabello húmedo, peinado con una línea en el centro de la cabeza. Recuerda haber comulgado y, junto a su padre, haberse arrodillado ante San Lázaro. No sabe si fue la imagen del viejo huesudo en muletas, o si fueron los perros flacuchos que le lamían las heridas horripilantes, el viaje o la capilla, de pronto se sintió mareado. Quizás se imaginó a sí mismo condenado a verse así alguna vez. Había mucho por agradecer.

Se quedaron un día más. Su padre afeitó y cortó el cabello a varios hombres que llegaban con su fusil rústico al hombro. Antonio, aprendiz en ese entonces, peluqueó a varios jóvenes que le pidieron que les cortara igual que los adultos. Más tarde, el padre entró a un salón y le pidió a Antonio que esperara fuera. Se quedó sentado a la entrada mientras escuchaba consignas y voces violentas que exigían muerte a los chulavitas. ¿Era esa guerra la misma de estos días?

Esa noche, el padre se embriagó con varios de ellos en una tienda. Tocó y cantó varias canciones, hasta que el alcohol ya no lo dejó coordinar las manos. A Antonio le tocó llevarlo colgado sobre sí. La mujer abrió la puerta del rancho, le ayudó a descargarlo sobre una cama amplia. Entre los dos lo desvistieron, como si cada uno fuera responsable de él. Durmió en la colchoneta mientras los ronquidos de su padre estremecían la noche.

Él no le pidió guardar secretos. Antonio no dijo palabra sobre la mujer o la reunión.

Al día siguiente regresaron a Refugio.

Con las dos mulas ligeras, cargando ocultos entre los costales unos panfletos, su padre y él avanzaban por un camino arenoso.

—¿No hay otra forma de llegar? —preguntó el joven Antonio ya cansado.

—De pronto. Pero este es el camino que nos toca.

—Ojalá nos llevara un carro.

—Por ahora toca a pie, de pronto más adelante pasan carros.

Hizo una larga pausa mientras arreaba una de las mulas. Era una mañana clara, el cielo sin una nube. El río cantaba en algún lugar, los pájaros se llamaban desde todos los árboles y se contestaban alegres los silbidos. Una bandada de pericos pasó burlona sobre ellos. Su padre se quedó viéndolos y soltó una carcajada.

—No se sabe cómo es el camino hasta recorrerlo —dijo su padre, como hablándose a sí mismo. Luego chifló y las mulas pararon las orejas, atentas a las órdenes del arriero.

Un año más tarde, su padre murió acribillado.

Entre las piedras se agita el rumor del agua. Ramas de árboles bajos cubren ambos lados de la cañada. Una brizna de aire las estremece y las desviste a medias. Caídas, las hojas secas se dejan llevar por el fluir. Como frágiles barcos bajan por el torrente y luego son hundidas en el choque de una piedra, en una espuma que sobrepasa su levedad. Antonio se acomoda la ruana y se frota las manos. Una capa fría, un hálito triste del páramo, desciende por la cañada. El río es delgado, susurra y pareciera conservarse en estado puro. Su nacimiento no debe estar tan lejos. Mas, al otro lado, algo que parece un calcetín blanco, un empaque plástico de color amarillo y un par de botellas muestran la presencia humana.

Luego, el zigzag mecánico se repite en pulso exacto. El río se va quedando en el fondo, y la carretera se ve como una rampa en ascenso. El motor del camión bufa, atormentado. Esperanza, la mujer delgada, cierra los ojos. Emocionados y nerviosos, los niños gritan cada vez que el camión da una curva y parece inclinarse hacia el vacío. A Antonio lo acomete una náusea. Decide agarrarse fuerte y no mirar. Vera, a su lado, se ríe de él.

—Ya casi. No se nos vaya a guasquear acá.

Leandro pierde su mirada en el fondo del abismo.

San Lázaro los recibe con una llovizna pequeña e intensa. El frío, ahora insoportable, parece quemar los poros. Siete hombres mayores, campesinos de ruana y abultados vientres, esperan detrás del camión el descenso de los pasajeros y la carga. A la derecha, música de carrilera se desgañita desde la entrada de un lugar, una tienda, que habrá servido de sala de espera. La entonación de los hombres es un cántico raro, como si la boca estuviera a medio cerrarse.

Magda es recibida por un abrazo encalambrado de un anciano en ruana, con un sombrero marrón en mal estado y cara enfermiza. Sus hijos, cansados del trayecto, solo atinan a buscar un alero para no mojarse. Esperanza desciende con su muchachada y saluda a una mujer mayor tan delgada como ella. Las tres niñas rodean a la mujer mayor como polillas bajo una lámpara alta y curva.

Antonio y Leandro, con los pies en la calle sin pavimento, ayudan a Vera y a Alicia a bajar. Antonio se encarga de la caja de libros.

—Venga, yo llevo los libros —dice Leandro—. Usted está cojo.

—Yo puedo —agarra la caja con más fuerza.

—Usted verá.

Una mujer cubierta con una especie de capa, se acerca desde la tienda y agita su mano de manera infantil. La capa, bolsa negra de basura cortada en uno de los pliegues, cubre la cabeza y parte de su espalda. Sosteniendo su plástico con ambas manos, se acerca y da a Vera un sonoro beso en la mejilla.

—Noelia, ellos son unos amigos de Bogotá —Vera se cubre un poco de la llovizna.

—Mucho gusto. Bienvenidos —les da la mano un poco húmeda, mientras con la otra sostiene la caperuza. Hace una sonrisa ridícula, un gesto forzado—. ¿Es la primera vez que vienen por acá?

—No —responde Leandro antes de que Antonio cometa alguna imprudencia —. Vinimos hace tiempo—. Ya ha sacado su paquete de cigarrillos.

—Tienen un familiar enfermo en el hospital. ¿Cómo es que se llama? —pregunta Vera.

—Jesús Chivatá.

—Hmmm —Noelia se toma el mentón y hace un gesto un poco exagerado—... No me suena; pero ahorita preguntamos en el lazareto. —Ahora que se ha quitado la capa, se ve su cabello oscuro atado en una moña. Tiene un leve bigotillo.

Caminan bajo el alero por un momento y luego se avientan bajo la llovizna. Con la caja de libros en la mano, Antonio avanza al final del grupo. El barro se queda en sus zapatos. Noelia los guía de salto en salto para evitar el terreno más encharcado. Ella habla con rapidez. Antonio escucha al mismo tiempo la música, ahora lejana, la voz aguda y acelerada de Noelia y la llovizna chisporroteando en su sombrero. De vez en cuando, Vera le responde, asiente. Casi todo el tiempo es Noelia quien habla, descargándose de historias y comentarios de personas que él no conoce. Habla como si hace días no hubiera podido soltar palabra. La pierna, aún lastimada, se estremece ante el esfuerzo. La náusea parece haber aumentado. Se le ha quedado pegada en las tripas.

En la época que vino con su padre, el caserío era más pequeño. La primera y casi única calle, empezaba justo al lado de la parroquia. Ahora nota que han avanzado dos

cuadras, todavía sin pavimentar, y falta una más para encontrarse con la calle en ascenso sobre la que se hizo la iglesia. Para llegar a la casa de la mujer de su padre, hubieron de arrear las mulas frente a la iglesia y subir la pendiente unos doscientos metros, hasta dar con otra calle horizontal, empedrada quizás desde los tiempos de la Colonia. Recuerda el rostro pálido de la mujer, su cabello castaño claro, casi rubio, ondulado. Su mirada acuosa. El mocoso delgado con la cara de su padre, pero con los ojos cristalinos de ella. La niña con cabello lacio, quizás. ¿Seguirá viviendo?

Unas casas antes del parque principal, notan el vaivén de las puertas del lazareto. Una mujer de rostro enfermizo sale sostenida por una muchacha.

—¿Quieren que busquemos a don Jesús de una vez? —dice Noelia, entreabriendo la puerta del lazareto.

—Dejemos esta caja en alguna parte y ahí sí entramos —replica Leandro, cortante.

—Vengan, pues —dice Noelia con voz aguda y amplia sonrisa.

Caminan bajo el alero del hospital, y luego, a la izquierda, viran por una calle más embarrada que las anteriores. Pasan bajo un arco de enredaderas goteantes y luego atraviesan un corredor cubierto por unas tejas plásticas. Un sendero de ladrillos les quita la sensación de hundimiento. A la izquierda, un pequeño jardín de juegos con pasamanos, una rueda giratoria y troncos alineados, se mojan. Atrás, la lluvia baña un balancín de hierro y un rodadero.

Pasan a un salón iluminado con luz blanca, y al fin descarga la caja en un escritorio. El salón tiene unas mesas de madera y unas sillas plásticas pequeñas. En las paredes, un dibujo de dos niños que, con ojos y peinados irregulares, caminan por el campo. En un

estante, atrás, unos pocos libros separados. Además, hay una serie de baldes y palanganas espaciados en los que caen goteras a un ritmo desigual.

—¿No les han arreglado el techo? —pregunta Vera.

—Nada.

—Hable con el alcalde.

—Desde el último hostigamiento nada que vienen a arreglarlo.

—¿Hostigamiento? —pregunta Antonio.

—Usted sabe... el último ataque —responde ella, un tanto avergonzada—. Llovieron balas desde todo el páramo. Duramos encerrados como tres días.

Callan.

—Algo se debe poder hacer con el techo: taparlo con un plástico o con brea, con algo —hay inquietud en la voz de Vera.

—Ay, Verita, como si usted no supiera que la plata es para todo menos para la escuela —Noelia sonrío un poco triste.

—Vamos al lazareto —dice Leandro de pronto. Ha permanecido cerca de la puerta.

—¿Los acompaño? —Noelia vuelve a tomar su capa.

—No hace falta —sentencia Leandro.

Antonio da la mano a la joven.

—¡Chao! Mucho gusto en conocerlo, sumercé —Noelia hace su falsa sonrisa.

—¿Nos vemos más tarde? —pregunta Antonio a Vera.

Ella lo mira con cierta frialdad.

—¿Me permite una palabrita, don Antonio?

Salen al corredor. La tierra remojada exhala su aroma. Se alejan un poco de la presencia de Leandro.

—Es mejor que ya no nos veamos, don Antonio —susurra ella.

—¿Es por Aristides? No se preocupe, yo...

—No es por Aristides —evita mirarlo.

Callan.

—Anoche usted fue muy especial conmigo.

—Anoche fue anoche, don Antonio. Hoy es hoy.

—Usted no tiene por qué seguir acá —contiene la rabia.

—¿Quiere que me vaya con usted?, ¿qué me vaya a Bogotá?, ¿a qué?

—A hacer algo diferente.

—¿Diferente? ¿Servir tintos o cocinar en un restaurante? ¿Voy a trabajar en una biblioteca teniendo apenas hasta noveno? Don Antonio, muchas gracias, pero no. Yo estoy bien acá. Aristides está de mi lado y yo del lado de él.

—Aristides no está del lado de nadie.

—No diga eso tan alto si quiere seguir vivo —mira a Noelia a través del vidrio—.

Además, él ya me prometió la Tesorería. Solo tengo que quedarme callada.

—¿Y usted le cree?

—¿Le creo a él, o a usted? —pregunta con ironía.

Se siente abrumado.

—Mire, anoche usted estaba mal, yo también y... ya —dice ella con calma.

—¿Y ya? —repone Antonio con amargura.

—Sí. Y ya —sentencia ella—. Váyase. Olvídese de Refugio.

Ella lo evita y regresa al salón.

—¡Chao! —Alicia se despide de ellos con una sonrisa mientras deja lavar su mano por una de las goteras.

—Chao —su voz brota apagada.

Leandro se adelanta bajo la lluvia hasta la saliente del hospital. La hoja de la puerta se bambolea, y él desaparece. Antonio lo sigue. De pie, frente a una pequeña recepción, un hombre mayor pregunta por alguna persona a una jovencita de lentes y cabello crespo esponjado. Leandro ha seguido hacia la izquierda, evitando la mirada de la recepcionista. Una fila de sillas plásticas, simulando una sala de espera, se recuestan contra la pared en un salón contiguo a la recepción. En uno de los extremos de la fila, hay un hombre viejo con una herida en la pierna. A su lado, hay un niño sosteniendo una metralleta.

Al verlos, Leandro simula ir a la recepción, se da media vuelta rápidamente, y sale. Antonio lo ha seguido como un perro. La recepcionista los ha observado con sospecha.

—Mierda —Leandro saca con enojo un cigarrillo. Lo enciende.

—¿Nos íbamos a quedar ahí?

—Era la idea. Ahora sí nos jodimos.

La llovizna ha cedido, mas no el frío, que ahora golpea en ráfagas despiadadas.

—¿Qué tal la escuela? —Antonio no se ha sacado a Vera de la mente.

—No, esa Noelia, es muy bocona —. Piensa un instante—: Aunque está como rica, ¿no?

Antonio mira hacia el parque.

—Conocí a alguien hace tiempo.

—¿Es de confianza?

—En esa época, sí era.

El parque está construido en tres niveles horizontales que parecen tres grandes escalas. A cada lado de los niveles, corren paralelas una serie de escaleras hechas en cemento. Sobre la cancha de microfútbol, en el primer nivel, se extienden una serie de charcos hondos, estáticos, a la espera de un sol que los haga volar. En el segundo nivel, surge una tarima cubierta por tejas de aluminio y, enfrente, una pequeña plaza vacía. En el tercero, hay una especie de jardín con pequeños árboles equidistantes sobre un césped verde oscuro crecido por las lluvias.

La puerta de la iglesia, hecha en madera, se extiende a medias detrás de la tarima, hacia un lado. Al entrar, notan cómo se yerguen dos series de andamios, uno a cada lado de la corta nave. Las bancas amontonadas parecen ataúdes. Los andamios le hacen pensar en árboles secos que se extienden hasta lo alto. Un hombre en el andamio de la derecha silba una canción mientras hace reparaciones. Leandro se queda de pie, junto a la pila de bautismo, a un costado de la entrada. Se resguarda en la oscuridad. Antonio avanza a pasos lentos. El olor a pino de las bancas se mezcla con los de tierra húmeda, cemento blanco y un rezago del aroma a incienso. Observa el techo a su mano izquierda, donde la columna de andamios se entronca. En el piso, descubre varias goteras que impactan el agua en platonos plásticos. La iglesia debe haber recibido heridas en el ataque reciente.

Al fondo, un ambón vacío, cubierto con una tela protectora verde. Un cristo crucificado mira al pequeño presbiterio. Al lado derecho, en una esquina, en una especie de capilla, San Lázaro aparece sostenido por las muletas, destellante gracias a la mezcla de luces amarillas y blancas. El rostro del santo, barbado y arrugado, se alumbra con una suave luz venida de una ventanilla lateral y unas cuantas veladoras esparcidas a sus pies. Sus piernas manchadas, lamidas por dos perros —el de la derecha, blanco; el de la izquierda, marrón—, son iluminadas también por las veladoras. Las lenguas de los animales, de color rosa, lamen los puntos rojos de las heridas. Las costillas marcadas en su torso semidesnudo, reciben la mezcla de las dos luces dando un aura tenebrosa a su presencia. En su cabeza de cabellos blancos, lleva atada una cinta púrpura. Su coronilla es adornada por una estrella de hierro dorado. Tiene un agujero del tamaño de una bala en el brazo izquierdo.

San Lázaro observa el rostro de dos mujeres mayores arrodilladas a sus pies, cubiertas por chales negros. Una de ellas le habla en voz baja. La otra no musita palabra, solo lo mira a los ojos pidiendo quién sabe qué milagro con la fe del silencio. A cada lado del santo hay varios papeles de diferentes colores, notas de agradecimiento escritas a mano.

Antonio, de pie un poco atrás de las mujeres, trata de buscar la mirada de San Lázaro. No sabe qué pedir o agradecer. ¿San Lázaro resucitará a Martín? Si Antonio hace una promesa, como su mismo padre hizo cuando él estaba enfermo, ¿podría el santo herido devolverle a su hijo? ¿San Lázaro va a devolverle la fe?

San Lázaro no responde.

No hay ninguna presencia humana a las afueras de la iglesia. ¿Dónde está el ejército? ¿Dónde aguardarán las legiones? Leandro observa en varias direcciones y luego enciende

otro cigarrillo. Antonio esta vez le pide uno. Un frío miserable se acerca por sus espaldas. Su rodilla se ve envuelta por una molestia, y un agudo dolor lo empieza a puntillar. Tratando de evitar el frío, comienzan a ascender por las escalas. El dolor se hace más intenso. Debe sentarse. Junto a las plantas del jardín, solo hojillas y pétalos caídos se derraman sobre el verde.

—Usted está como mal de esa pierna. No sé si podemos llegar.

—¿Cómo así? —dice Antonio, extendiendo la pierna—. Ya hicimos lo más; nos falta lo menos.

—La caminata es bien arriba. No sé si usted aguante.

Antonio saca varios billetes del bolsillo.

—Eso es lo que quiere, ¿cierto? Ahí está la mugre plata —le pone los billetes en la mano húmeda.

Leandro guarda el dinero y lo ayuda a levantarse.

—La plata es aceite que afloja cualquier tornillo —dice Antonio, y un rictus de dolor se le impone en la cara.

Ascienden, Antonio sostenido por Leandro, hasta la calle horizontal, en la parte alta del parque. Desde allí echan una mirada: una montaña parece un enorme pilón de azúcar morena, acariciado por nubes lechosas. El sol, confundido, es una bola color crema que se dirige hacia una cordillera dibujada en orden preciso hasta donde la vista se pierde. La ilusión de un valle acompaña la cordillera cubierta de cenicientas nubes estáticas. Un aroma a limonero interrumpe el olor del tabaco.

Tras unas de esas montañas está Refugio. Tras muchas otras, Bogotá.

El portón de metal acanalado lo desconcierta. Según recuerda, la mujer vivía en un rancho de paja, y la puerta eran unos listones grises, verticales, pegados con clavos. Toca a la puerta.

Después del tercer toque, cuando están a punto de irse, unos pasos cortos se acercan. Una muchacha de rostro aindiado y cabello suelto y liso abre. Lleva un trapo en la mano y un saco remangado. Guarda silencio.

—Buenas —dice Antonio en tono familiar—. ¿Cómo le va?

—¿Qué venden? —pregunta la muchacha, sin rodeos.

—Nada... yo...—desarmado por la mirada intensa, pasa un momento de confusión—. ¿Está la señora Alcira?

—¿Para qué? La señora Alcira no está —la muchacha se pone el trapo en el hombro y coloca sus manos en la cintura.

—Mire, usted no me conoce...

—No, no lo conozco.

—Ya sé... pero lo que quiero decirle es que la señora Alcira sí me conoce.

—¿De dónde? Acá somos católicos. Si le viene a hablar a la abuela de religión...

—¿Es su abuela?

La muchacha calla de pronto, mira hacia el fondo del zaguán y los vuelve a mirar con molestia.

—¿*Qué* quieren? —hay rudeza en su voz.

—Por favor, dígame que Antonio, el hijo de Severino Valbuena, viene a saludarla.

—¿Severino Valbuena?

—Solo dígaselo.

El portazo lo deja con ansiedad en la boca. Escucha sus pasos rápidos irse tras el zaguán.

Un rato después, una mujer mayor, un poco delgada, abre la puerta.

—¿Antonio?

—Señora Alcira.

Se miran buscando reconocerse. Su cabello es blanco casi por completo, excepto por unas rezagadas líneas de aquel castaño claro de su pelo. Ahora lo lleva corto, peinado con una raya del lado izquierdo; con la edad ya no crece igual. El paso del tiempo ha arrugado su tez. Sus ojos acuosos están casi ocultos atrás de las ojeras profundas. Son verdes. En su memoria, ella era alta, casi tan alta como su padre. Ahora debe inclinar un poco la cabeza para verla bien.

—Pasen, pasen. Están emparamados.

Antonio zapatea, y el barro se queda grapado en el suelo. Leandro lo imita. El ruido de sus pies produce un pequeño eco en el corredor. Antonio se quita el sombrero y sacude la ruana. Leandro hace lo mismo con su chaqueta, que esparce gotas por el suelo. Dejan sus mochilas escolares en el piso del corredor.

Los ojos curiosos de la mujer lo observan como si estuviera descifrando un rompecabezas.

—Tenés la misma cara de tu papi.

Le pide entrar a un cuarto a mano derecha del zaguán donde hay mejor luz. Le pide sentarse y luego vuelve con unos lentes que se resbalan por su nariz.

—Sos el fantasma de Severino: el saco de paño, la camisa elegante y flaco como silbido de culebra.

Los ojos verdes se ven enormes aumentados por los lentes.

Leandro, parado en la puerta, sonríe al ver la escena. A  el se acerca la jovencita del trapo, quien mira todo con cierta molestia.

—Abuela...

—Ang elica, traeles unos tintos a tu t o Antonio y al amigo.

— Ella es mi sobrina?

La mirada inteligente de doña Alcira lo sorprende. Sonríe.

— Cu anto tiempo cre s que ha pasado?

Una combinación del cantadito de la zona con su fuerte acento, quizás caldense, sale en su voz. En el armario de la habitación hay pegada una serie de afiches de cantantes.

— Pas  algo más con la muerte de tu papá,  una herencia?

—No, doña Alcira. Usted sabe que mi papá no tuvo plata.

—Eso sí: Severino fue y será un vaciado. Seguro que all  arriba sigue peluqueando bobos de gratis.

Leandro se carcajea. La mujer lo hace pasar a la habitación.

— Y este amigo tuyo?,  no dirás que es tu conciencia!

—Soy un amigo nom s, mi doña.

—Igualito al papá: amigos en todas partes.  Te acordás, Toñito, de todos esos amigos que tenía tu papá? Desde la entrada del pueblo hasta acá, se alcanzaba a encontrar con quinientos amigos, y eso que este pueblo debe tener unas seiscientas personas, y como todo

el mundo lo quería, en cada esquina le invitaban una polita, dos politas. Me tocaba traerlo casi a rastras. Creo que cuando al fin llegaba acá, ya se había tomado al menos diez petacos de cerveza él solo.

Antonio reía al acordarse del tambaleo de su padre, de su forma agreste de beber. Quién sabe cuántas veces la mujer tuvo que cargarlo por esas cuestas para arrojarlo luego en la cama.

—Entonces, ¿por qué viniste, Antonio?

—Por una promesa.

—¿Prometiste a alguien a San Lázaro? ¿Todavía alguien le tiene fe? Hace años, don Leandro, acá había peregrinaciones larguísimas.

—Me acuerdo —dice Leandro, ahora sentado en una silla muy cerca de ellos.

—¿Usted ya había venido?

—Sí, alguna vez estuve por acá.

—¿De peregrinaje?

—Más o menos, mi doña —Leandro pasa su mirada por la ventana, evitando así los ojos curiosos de doña Alcira.

—De eso era que vivíamos acá: de los peregrinos. Ya no. Ya no sé de qué es que vivimos.

Silencio.

Antonio y Leandro beben el café hecho con panela y canela. El aroma de los tres ingredientes y la calidez de la taza, crean un ambiente placentero. Ella los escruta con sus ojos aumentados. Observa, sobre todo, a Antonio.

—¿Llegaron en el camión de Emiro?

—Sí, aunque casi no llegamos.

—Ya sé. Pero no se demoraron casi. Acordate de cómo era esto antes: andar en esas hijuemílicas mulas todas esas horas... Se llegaba con la raya borrada. Por eso era que nadie salía de este pueblo. Ahora sí: la gente va y viene. Bueno, los pocos que quedamos.

—El camino estaba difícil —dice Leandro, cansino.

—Ya nos había corrido la voz Jorge, el novio de Angélica —doña Alcira observa la nieta con mirada cómplice.

Angélica por fin gesticula algo parecido a una sonrisa.

—Vino antes de que ustedes llegaran. Un muchacho buen mozo, llevaba puesto el camuflado. ¿No lo vieron?

Pasa una inquietud entre ellos.

—No lo vimos.

—Cuando vuelva se lo presento. Es lo más de querido.

—¿Cuándo vuelve? —Leandro se ha desacomodado. Parece estar a punto de levantarse.

—Mañana en la mañana —Angélica interrumpe desde la puerta.

—Ya casi —doña Alcira mira por la ventana y se sube los lentes un poco—. Acá los días se acaban rápido.

Beben un sorbo largo de café.

—Ve, oíste Toñito, ¿qué más de Martín?

Antonio la mira sin comprender.

—¿No se llama Martín tu hijo?

—¿Lo conoce?

—Claro. Por acá estuvo.

—¿De verdad? —se le corta el aire.

Leandro la observa, inquieto.

—¿Qué hacía? ¿Dónde lo vio?

—Pues trabajaba, Toño, ¿qué más?

—¿Peluqueando?

—¿Peluqueando? —la mujer suelta una risa mordaz—. ¡Cortando cabezas, más bien!

¡Con las legiones trabajaba, Toño! ¿Con quién más?

Siente el café devolviéndose.

—¿No digás que no sabías, Toño?

—Sí, sí... —se levanta de pronto. La náusea le recorre la garganta—. ¿Me presta el baño?

—Angélica, decile a tu tío dónde queda el baño.

Avanza unos pasos hacia el corredor. La pierna no lo sostiene.

Resbala.

—¡Ay, Jesús!

Alcanza a escuchar el grito de doña Alcira, antes de que su cuerpo golpee el suelo con un sonido seco.

Siente unos toquitos en el hombro.

—Vamos.

Leandro se acomoda los zapatos en silencio. Antonio se descobija, lo imita. No pronuncian palabra. Se cuelga el maletín verde de escuela, no sin antes acomodar la enciclopedia de imágenes sobre la que Martín dibujó y el libro de carpintería. Leandro, agachado, arma su equipaje: también lleva varios libros consigo.

Escribe “Gracias” en un papel que luego deja doblado sobre la cama.

Abren la puerta. Las bisagras chirrían. La noche hiela el silencio. Dos o tres grillos valientes desafían al frío con un tímido trino. Leandro se adelanta.

En cuanto lo ve avanzar, recuerda un sueño: él caminaba por la calle que conduce de su pequeño apartamento a la barbería. Iba a pasar el puente peatonal. Llevaba tres peces dorados en una pecera redonda.

Faroles amarillos alumbran sus pasos. El helaje le lacera el rostro y las manos. Se frota un poco. Luego, un resquemor lo atraviesa al imaginarse a Martín con una motosierra prendida en la mano. Carajo. Leandro escoge no pasar por la calle empedrada, sino avanzar por el andén. Sus pasos no resuenan. En cambio, los zapatos de Antonio taconeán.

—¡Shh! —Leandro hace un gesto.

Antonio intenta moverse con sigilo. Cuando encuentran un terreno sin cemento y pasto crecido, Leandro de inmediato se lanza a caminar por aquel. Lo llama con la mano. Sin ruido, avanzan más rápido. Al llegar al parque, las luces ámbar bañan los tres niveles. Se detienen en la esquina, resguardándose tras un muro. Leandro vigila.

—Vamos a pasar frescos, tranquilos, sin hacer ruido —susurra. Mira los pies de Antonio—. Le va a tocar quitarse los zapatos o caminar en puntas.

Decide irse en puntas. La neblina se mueve lento, aliento de la noche. Paso a paso, respiración a respiración. Despacio. El ladrido de un perro, perdido en alguna cumbre, los alerta. Se detiene la marcha. Aguardan dos, tres segundos largos en completa quietud. Leandro hace un gesto. Continúan. El ladrido del perro vuelve a sonar. Al fin, la calle empedrada termina. Un camino lodoso se abre ante ellos.

Leandro aprieta el paso. Esta vez no importa pisar el barro. Antonio se hace a su lado. El camino es oscuro, excepto cuando las nubes se conduelen de ellos y dejan colar el titilante fulgor de las estrellas. Un perro les ladra desde una casa, y a éste se unen otros dos: un galimatías de ladridos. Entonces, Leandro avanza a paso recio. Intenta seguir el ritmo, mas la rodilla vuelve a quejarse y debe parar. Saca fuerza y se lanza tras el negro, cojeando. Observa adelante la sombra que apenas se distingue por el cuello de la chaqueta, que brilla un poco por la luz nocturna.

El cielo se despeja, y el camino se ve en una especie de hondonada que desciende un tramo y luego vuelve a subir. Las estrellas, miles, aclaran la forma de esa senda embarrada, vigilada por estacas y alambres de púas a lado y lado. Leandro le ha sacado una buena

ventaja. Se detiene, se gira, lo espera y exhala un vapor leve en sus manos. Antonio respira agitado.

Doliéndose de la rodilla, llega hasta él.

—Tiene que apurarse —susurra, al fin.

—Espéreme, hombre —su voz se ahoga.

—Pueden pasar por esta calle en cualquier momento. Todavía nos falta, ¿sí? Tiene que moverse como pueda, si no...

—Pero si todavía no he visto las legiones.

—Todo San Lázaro es de las legiones. ¿No se dio cuenta? —susurra Leandro, molesto.

Antonio suspira con aire entrecortado. Suda.

—¡Muévalo que la subida es larga! —dice Leandro con un grito apagado.

Leandro vira a la derecha y traspasa una estrecha entrada hecha por dos troncos. Con dificultad, Antonio franquea el agujero. Es el inicio de un sendero angosto que se empina entre los matorrales. Las ramas humedecidas aromatizan el camino. El camino fangoso remonta la montaña, a veces entre curvas erráticas que parecen tajar el cerro de lado a lado, otras sobre cuevas empinadas que sacan chispas a la rodilla de Antonio.

El cansancio los ha hecho bajar el ritmo. Leandro también suda. Se detienen un instante. Se acurrucan atrás de un árbol enano. Los ojos del negro están un poco desorbitados.

—De aquí hasta arriba, ni por el carajo se le ocurra adelantarse. Yo voy primero. Usted me sigue. No se quede. Si quiere ir a mear, le toca ya; después no podemos parar. Y rece para que no nos encontremos con ellos. ¿Sí?

Antonio asiente. Exhala un largo suspiro.

Atrás, el cielo deja colar una aclarada mancha lechosa. El alba bosteza sobre las montañas. Leandro, al ver el cambio de luz, se lanza a caminar aprisa. Intenta seguirlo por una cuesta en la que se alcanzan a ver unos cuantos frailejones. Desde allí, ve las luces de San Lázaro. El pueblo se ve borroso gracias a una nube acarreadora de llovizna.

Frufrú son sus pasos sobre pajonales extendidos como mantas verdosas por la senda. Antonio se cubre las orejas con ambas manos. El frío le cala los dedos, y debe, por momentos, frotárselos. El sombrero lo protege un poco. Se ha acostumbrado a su renquera. Leandro parece haber tomado un nuevo aire en aquella altura y ha recuperado el ritmo de caminata, siempre adelante. Parece no querer estar cerca de él: quizás sea blanco más fácil al andar con un cojo.

Un abrevadero gorjea en la distancia. Al dar la vuelta, una cañada, minúscula desde aquella vista, culebrea al fondo de un valle que se abre entre varios cerros pardos. Leandro empieza a descender por una especie de trocha que debe existir bajo los pajonales. Una banda de aves negras sale espantada de una arbolada. Planean en redondo y luego se dejan caer sobre un lugar cercano a la tercera montaña que en el valle se dibuja.

Entonces suena una ráfaga de metralla.

Los dos se atrincheran entre los pajonales. Otra ráfaga responde desde algún lugar. Suenan disparos espaciados, golpes. La metralla repica entre los árboles. No sabe de dónde salen los disparos; pero no puede ser de muy lejos. Quizás el eco acerca el sonido de las balas. Están cerca. Estalla algo que remueve la tierra, y una llamarada se enciende en una loma.

—Mierda —dice Leandro—. Por eso tanto silencio.

Arrastrándose, avanzan hacia la cañada. Atraviesan matorrales de ramas punzantes. Siente el picante olor a pólvora.

Deben encorvarse y seguir a paso presuroso. Se siente mareado. El hambre le sacude el estómago. No se atreve a detenerse: ellos pueden cercarlos desde cualquier flanco.

La loma termina, y encuentran, al fin, el abrevadero de agua diáfana. Un grupo de peces grises se espanta con el primer manotazo. Su rostro se refleja agitado. Bebe a borbotones, sediento. Glacial, pasa el líquido por la garganta. Se lava la cara.

Otro estallido replica, ahora más cerca.

—Tocó coger el camino largo —dice Leandro, secándose con la manga.

Bebe un sorbo más.

El sonido de la metralla insiste en perforar el silencio.

Se adentran en un terreno fangoso, oscurecido por unos cuantos árboles. Por momentos, el fango le llega hasta la cintura. Tropicieza y alcanza a tragar algo de barro. Todo el tiempo avanza temeroso, siguiendo a pies juntillas los movimientos de Leandro. El negro se cerciora de sonidos y olores. Parece un animal de caza listo para actuar.

Los disparos se oyen más lejanos. Salen del pantano y, sin darse un instante de descanso, Leandro decide avanzar entre la maleza, hacia el lado opuesto de donde suenan las detonaciones. La tierra es dura y fría. Reptan por una cuesta. Luego descienden hasta llegar a un pequeño descampado con matorrales largos. El frío les ha calado los huesos. Tiemblan.

Leandro mira confuso en todas direcciones. Aprieta los labios.

—¿Qué pasa?

—No reconozco esto —se refriega el rostro.

—¿Cómo así?

—Se me confunde el recuerdo.

—¿Adónde vamos? —es casi un grito.

—Vamos... y ya —lo nota indeciso. Se devuelve un trayecto. Regresa.

—¿Sí sabe a dónde vamos? No me vaya a salir con que estamos perdidos.

—¡Sí sé, puta vida! ¡Sí sé! —Leandro lo apuñala con los ojos.

—¿Entonces qué?, ¿o es que no me quiere llevar?

—Déme un momento. ¡Un segundo! —dice el negro con voz tensa.

Callan.

De un árbol les llega el cántico de un ave. Leandro se acurruca. Antonio lo imita de mala gana. El negro saca de su maleta un par de naranjas.

—Coma. Me las dio su madrastra anoche.

Siente dolor en los dedos al desvestir la fruta. Los gajos ácidos le saben a dicha. Están amparados por dos árboles flacos que antes no había notado. Los pajonales los ocultan casi por completo. La luz de la aurora atraviesa e ilumina las cáscaras de las naranjas.

En su mochila abierta, alcanza a ver el título de un libro.

—*Esperando a los bárbaros* —lee Antonio, sacando el jugo a la fruta—. ¿Es el de la barbería?

—Aún no lo acabo —Leandro mira el libro. Piensa un instante—: Todavía los estoy esperando —hace un mohín parecido a una sonrisa.

El eco de un disparo aletea a la distancia. Giran sus rostros hacia el lugar de donde parece haber salido el sonido.

—¿Cuánto va a durar el combate? —Antonio busca el rastro de la bala en el aire.

—Eso depende. No parecen pelotones grandes. Diría que en un rato ya terminan. Si no es que ya terminaron.

Su barba punzante ha aumentado de tamaño. También el pelo le ha crecido.

—¿Por qué no me dijo?

—¿Por qué no le dije qué? —el negro succiona su naranja.

—Lo de Martín.

Reflexiona.

—Yo creí que usted ya sabía —escupe una semilla.

—No.

—Si le hubiera dicho desde el principio que Martín era de las legiones, ¿usted habría venido?

—No sé. De pronto no.

Leandro lo mira con resignación, sostiene la cáscara en la mano. Se levanta. Mira en redondo y luego recoge su maleta.

—Ya me acordé —dice y lanza la cáscara a los matorrales.

Descienden por un trecho largo y resbaladizo. Lo único que hay a su alrededor es un camino pastoso. Hay huellas. Los armados debieron pasar por ahí. Puede ser que regresen por este mismo camino. Descienden hasta una quebrada de aguas claras y andan por una mínima playa arenosa, junto al agua.

La vegetación abarca este lado del valle. Malezas y plantas pequeñas crean una pared verde que respira el día. Del lado izquierdo, los helechos se descuelgan sobre la transparencia del agua. Hermanas la tierra fangosa y el agua ensimismada. Más adelante, el paso de agua ha gastado el pie de la colina y ha creado una especie de saliente natural, un peñón como nariz, que da sombra al riachuelo. El pie de la nariz es roca oscura, brillante por el descenso de gotas que se deslíen del musgo aferrado a la roca. La saliente se viste con diversos bulbos de hojas alargadas, de un verde más claro que el del musgo. A este lado, la pared de pajonales cubre la colina.

La playa desaparece gracias a que una cascada blanca, a la derecha, se lanza desde unos siete metros en línea recta. El agua, imparable, da de lleno en una masa de piedras. Se abre una vertiente ancha en la que plantas acuáticas se dejan peinar por la quebrada. Luego la cascada se une con la cañada principal, inundando cualquier paso posible y creando un pozo no muy profundo, ancho y difícil de cruzar.

Leandro salta primero en un par de rocas pequeñas, luego escala una roca grande y ocre, para finalmente lanzarse, en un movimiento felino, al otro lado del paso de agua transparente bajo sus pies. Angustiado, Antonio pierde a Leandro de vista. Sabe que no

podrá hacer semejante acrobacia. Se acerca a la vertiente e intenta pisar la primera piedra; pero sus zapatos de suela lisa patinan. Antes de caer, retrocede. El agua, desentendida de sus zozobras, sigue corriendo.

Leandro aparece al otro lado del pozo. Hace un gesto contrariado. Toma impulso y salta a la roca ocre, se devuelve. De ella se deja caer tímidamente sobre las otras dos. A mitad de camino se detiene, sobre el centro mismo de la vertiente, parado sobre dos piedras negras sedosas.

—¡Hágale! —le extiende una mano.

Se aferra a esa mano, sintiéndose un poco estúpido. Leandro sostiene su paso tembleque, mas no lo deja desequilibrarse. Lo deja en mitad de la quebrada y se lanza sobre la piedra ocre, como un jaguar. La rodilla de inmediato se retuerce, negándose a hacer la pirueta. Leandro se acomoda y, desde la parte más baja de la piedra, le tiende ambas manos. Antonio las agarra, y de un solo jalón, el negro lo trae hacia sí. Intenta encaramarlo en la roca; pero el peso de Antonio le gana, y el pie se hunde en el agua helada. Un frío ardiente se le incrusta en el tobillo. De inmediato, Leandro lo sube con fuerza asombrosa, y quedan los dos encima de la roca. Del zapato brillante de Antonio, el agua escurre. Leandro desciende de un salto y, después de caer, le vuelve a extender la mano. Esta vez, orgulloso, no la acepta, y baja muy despacio de la roca. Pone su pie mojado sobre una piedra negra, y da un corto brinco hasta el otro lado. Duele un poco la rodilla; pero el frío instalado en el pie se lleva toda la atención.

Se quita el calcetín empapado, lo escurre, busca otro en la maleta y empieza a caminar tras el rastro de Leandro, quien lo espera más adelante. Fuma de pie, observa la montaña rajada por la cañada y un cielo de color papel.

—Estoy viejo —maldice.

La cañada termina y da paso a una lagunilla color ébano. Un par de colinas la rodean. No es muy ancha, aunque sería imposible darle la vuelta completa porque en varios puntos no hay por dónde pasar. Parece un cráter antiguo repleto de agua, un pozo gigantesco en medio de la nada. Una bruma tenue se abalanza sobre la lagunilla, negando al cielo el derecho de reflejarse en ella.

En la otra orilla, descubren un pequeño grupo vestido de camuflado. Los dos se lanzan al piso. Regresan a esconderse a la entrada de la cañada. Se parapetan entre las rocas. La cortina de niebla danza sobre la superficie del agua. Tres de los uniformados se desnudan y se lanzan mientras el resto vigila. Se bañan. El agua debe estar helada. Luego, otros tres hacen la misma operación. Al final, quedan dos mujeres. Se desnudan. Se sumergen. Salen. Se visten. Se van. Sucede rápido.

Unos minutos después de que el grupo se ha perdido de vista, Leandro rodea la laguna unos metros, en sentido contrario de las manecillas, y, agachado, empieza a ascender por una colina terrosa. Antonio, tras él, gatea.

La bruma, entonces, se desmorona sobre ellos, enturbia su vista. De vez en cuando, la mancha blanca pestañea, y Antonio ve la figura de Leandro escalar. Intenta seguirlo como un

perro a su amo. La tierra tosca le lastima las manos heladas, temblorosas. La bruma espesa de pronto cubre su horizonte, y su vista no es más que una ceguera blanca.

Vencido, se entrega a la niebla.

Se acuesta en el camino empapado.

¿Carmen?, ¿Martín? Le parece oír sus voces. Lo llaman. Vienen.

La bruma se dispersa y deja entrar la aparición de Leandro. Desde lo alto, lo observa. Como un faro, aguarda de pie para guiarlo.

Unos metros más adelante, en una especie de círculo, Leandro lo espera en el inicio de una planicie de tierra oscura. Varios frailejones de tallo mediano circundan un terreno cubierto con un musgo fino. El tapete de musgo parece cubrir una serie de rocas plantadas. Le parece ver un nido de huevos verdes.

Una chispita se desprende del cielo nublado. Ya no importa mojarse. Leandro dobla las rodillas y se agacha. Antonio lo imita, toma aire. Miran el nido verdoso traspasado por la llovizna que colorea el musgo con tenues gotitas de agua.

El ruido de su respiración se calma.

Una sensación atrozadora lo embarga.

—Es acá —dice Leandro, sacándose la mochila y dejándose caer a las afueras del nido.

El musgo se desprende al tocar las piedras. Las levanta y las acomoda al lado. El nido ahora es una especie de cuadro relleno con tierra gris y gredosa.

Antonio entierra la mano.

Leandro le pide la navaja para cortar dos hojas filosas de los frailejones. Las usa como palas.

La chispita de agua se detiene por momentos, para luego regresar, soplada por un viento gélido. La tierra se siente pesada, o quizás es el cansancio el que no le permite hacer un mejor esfuerzo; mas una voluntad absurda lo hace seguir buscando.

Antonio raspa con las uñas, escarba como animal, con la mirada perdida en el terreno. Un pequeño hueso aparece.

—Putra madre...

Pone el pedacito blanco fuera del hueco.

Entonces descubre el cráneo de lo que parece haber sido un perro. Asqueado, Antonio se levanta y escupe fuera de la huesa.

Leandro ha permanecido paralizado, mirando la escena. Tiene un gesto enfermizo.

Un silencio.

La llovizna.

Antonio, un poco repuesto, busca algo con qué remover el terreno. Lo único que encuentra es la enciclopedia de fotografías. Coge el libro, imitando a una pala, y empieza a horadar el terreno.

Un hueso humano.

Un esqueleto desfigurado.

Tres esqueletos partidos en partes, esparcidos por todo el espacio.

Un cráneo tiene un hueco pequeño a un lado.

Luego los cortos huesos de un pie se desgajan en la tierra gris.

Un tercer cráneo, todavía con cabello.

Antonio alcanza a vomitar fuera de la huesa.

—Dios... —dice sintiendo las arcadas atravesándole el pecho.

Leandro permanece paralizado.

—¿Cuál es Martín? —dice acucillado, llora, escupe.

Leandro inmóvil.

—¡Jueputa!, ¿cuál es Martín?

—No sé... Uno de los de abajo.

—¿Cuántos son?

—Tres.

Leandro se agacha. Largas lágrimas le bañan la cara.

—No puedo.

—Ayúdeme, hermano.

—Yo puse las piedras...

Leandro solloza, arrodillado. Antonio lo mira desencajado.

—Yo puse la tierra...

Un silencio

—Yo fui el que trajo a Martín hasta acá... el que lo cortó en pedazos.

Antonio se desvanece.

Un cráneo lo mira. En sus ojos, el vacío.

—¿Por qué, hijueputa? —Antonio se levanta hacia él, lo embiste. Leandro recibe su golpe. No se mueve.

—¿Por qué? —Antonio llora. Lo golpea en la cara. Leandro no se defiende. Leandro no puede sostener la mirada. Tiene un gesto descompuesto.

—Mi niño... —cae sobre Leandro. Luego, se rueda por la tierra fría, helada.

Callan.

Como una aparición, un ave negra atraviesa la niebla.

No hay tiempo. No hay fuerza como la muerte que es capaz de detener el tiempo. Antonio parpadea. Sacando fuerza de quién sabe dónde, ha removido la tierra con la enciclopedia. Los huesos descansan tranquilos mientras una angustia incesante lo va cubriendo. Al llegar al tercer cuerpo, descubre un pedazo de tela verde, tela militar. El cráneo está más destrozado.

—Ése es —dice Leandro.

—¿Lo mataron con uniforme?

—Es él —dice Leandro con la mirada en los huesos—... Se le pegó un balazo en la cabeza delante de los demás porque quería desertar. Así como me lo van a pegar a mí.

Antonio mira los huesos

—No sea hijueputa —dice Antonio, desconsolado—... No sea...

Ulular de brisa se entromete.

—Perdone, señor...

—Martín era bueno —interrumpe.

—Todos somos buenos, señor Valbuena.

—Martín no se hubiera prestado... —lo ataca con un grito.

Mira el terreno. Las piedras como huevos, los restos.

—¿Para qué me traje?

Leandro clava los ojos en su rostro.

—¿Me va a matar?

Leandro se pone en pie. Se acerca a él. Mira hacia las colinas.

—Quiero que me perdone.

—No me joda...

—Déme su perdón, señor Valbuena.

La niebla se desenreda. El sol de media mañana se empieza a colar por entre unas débiles nubes. Una luz amarilla se estremece en los pajonales.

—No —Antonio se niega.

—Necesito su perdón...

—No tengo perdón. No existe. Aunque yo le diga que lo perdono, no es posible... Si Dios existe, pídale perdón a él. Pero no creo que esto se pueda curar con perdón.

—Entonces... cóbrese —Leandro le alcanza la navaja, se la pone en la mano—.

Prefiero que usted me mate y no ellos.

Mira el filo brillante.

—No.

A un lado de la huesa, ha extendido su ruana. Saca de su estuche de cuero negro su brocha de afeitar. Sacude cada cráneo, despejando la tierra que rodea las cuencas. Los sopla como si fueran cerámicas polvorientas.

En orden, coloca las osamentas con sumo cuidado, de cara a Leandro, quien continúa pasmado, sin movimiento. Huelen a humedad. Luego, saca una toalla roja. Toma hueso por hueso, costillas, columnas rotas, fémures fracturados y los frota un poco. Sopla tratando de sacar algo que ya no es evidente para los ojos, un polvillo, una miseria que quizás solo es visible para sus pupilas. Coloca los huesos uno a uno, al otro lado de la huesa. Hay una gran cantidad. Deja amarrados entre ellos pedazos de telas que se han resistido a podrirse.

Cuando ha sacado la mayoría de los huesos, hace un atado con la ruana marrón y con la toalla. Las cuencas vacías desaparecen y solo queda un bulto grande. Las osamentas chocan entre sí, suenan como maderos. Luego cubre el atado con su saco de paño.

—Tenían frío —dice.

Una serenidad lo atraviesa.

Cubre con manojos de tierra lo que cree es el esqueleto del perro. Lo cubre completamente, usando la enciclopedia, dejando el terreno removido. La tierra vuelve a ocupar su espacio antiguo.

Antonio forma las piedras, trata de armar el nido que Leandro había dejado. El nido completo ahora tiene un color pardo gracias a los rayos de sol que iluminan las piedras desvestidas de musgo. No llueve.

Tres cruces hechas con hojas puntiagudas de los frailejones, cortadas y arregladas con la navaja de la barbería, son puestas a un extremo de la huesa. Descansan en el piso, cubiertas tan solo por la sombra de un tronco verde azulado de un frailejón, que ondea sus agudas ramas con el viento helado.

Antonio coloca dos piedras sobre cada cruz para que no vuelen.

Sobre la última, coloca la enciclopedia.

A la memoria le llega el rostro de Martín cuando era niño. Su sonrisa, sus ojos.

Pone en su hombro el atado. Antes de irse, mira a Leandro petrificado. Sigue de pie.

Mira las piedras.

—¿Quiénes son los otros?

—No sé.

—¿Las familias?

—También las sacamos de Refugio —dice.

Antonio se mueve con dificultad. La rodilla hinchada; las manos quemadas por el frío. El peso de los muertos. Avanza despacio por la senda donde quedaron plasmadas sus huellas al subir.

Leandro, con un cigarrillo prendido en la boca, lo sigue como una sombra.

El sol ha logrado ventaja sobre las nubes, sopladas por un viento adormecedor desde el horizonte. Una claridad inusual quiebra su mirada. Debe entrecerrar los párpados por el brillo del verdor de las colinas a su alrededor. Al descender, la lagunilla se ve ahora azulada, espejo del cielo que al fin puede verse sosegado en el agua.

CURRICULUM VITA

Camilo Castillo-Rojas was born in Bogotá, Colombia. The second son of Francisco Castillo and Isabel Rojas, got a Bachelor Degree in Literature at the Universidad Nacional de Colombia in 2004. In 2006, he was accepted in the Master of Fine Arts in Creative Writing at the University of Texas at El Paso. While he was studding, he worked as Teaching Assistant at the Languages and Linguistics Department, where he designed, developed, and taught Spanish classes for native and non-native Spanish speaking students, including bilingual information and tools for acquisition of a second language. He was distinguished in the 27th annual Honors Convocation- 2009 at The University of Texas at El Paso as Outstanding Graduate Student in Creative Writing. Some of his literary pieces, short stories, and poems are included in important magazines like *Rio Grande Review*, *Arenas Blancas* and *Revista de Litetratura Mexiccana Contemporánea..*

Permanent Address: Calle 28B # 15-29 Apt. 401
Bogotá, Colombia